

CULTURA

4

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE CULTURA •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR.

CENTRO AMERICA

JULIO - AGOSTO

1955



CULTURA

REVISTA BIMESTRAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

MINISTRO:

DOCTOR REYNALDO GALINDO POHL

SUB-SECRETARIO:

DOCTOR ROBERTO MASFERRER

DIRECTOR:

MANUEL ANDINO

SECRETARIO DE REDACCION:

JUAN ANTONIO AYALA

Nº 4

JULIO - AGOSTO

1955

DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Pasaje Contreras Nos. 11 y 13.

SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Impreso en los Talleres del
DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 5 5

INDICE

	PAGINA
El Libre Albedrío (Primera Parte de los Apuntes para una Discusión) Julio Fausto Fernández.	7
Perfil en el Aire.—Alfonso Reyes Trigueros de León.	19
El Asilo Diplomático, Derecho Esencial del Hombre Americano Mauricio Cuzmán.	24
Dos Leyendas Indígenas Centroamericanas Salvadora Tigerino Rizo.	32
Dos Representativos de la Poesía Nueva en América Salvador Cañas.	36
Los Cinco Minutos de Mallarmé Alfonso Reyes.	43
Sonetos y Poemas Inéditos Vicente Rosales y Rosales.	49

Análisis Fenomenológico de la Instrucción	56
Manuel Luis Escamilla.	
Nuestra Epoca de Crisis Vista por una Novelista	67
Alberto Quinteros, h.	
Niebla	76
José Jorge Lainez.	
Grandeza y Miseria de la Gramática	80
Juan Antonio Ayala.	
Alfredo Espino una Vocación Poética	85
Victor Daniel Rubio.	
Dos Epocas en un Pintor	94
Alfonso Orantes.	
Nuestros Pintores.—José Mejía Vides	95
Enrique Araya, Humorista Chileno	103
Hugo Lindo.	
Once Naranjas	107
Alvaro Menéndez Leal.	
Antinomia Entre Cultura y Conducta	115
Luis Rivas Cerros.	
“Carpa Flores”	121
Rolando Velásquez.	
El Tiempo	133
Fernando Alegría.	
Posición y Problema del Artista y la Epoca	141
Juanita Soriano de Ayala.	
Comentarios Sobre la Labor del Departamento Editorial del Ministerio de Cul- tura	143
Notas y Noticias	154

SECCION SALVADOREÑA

BIBLIOTECA NACIONAL

SAN SALVADOR,

República de El Salvador,

C.A.

Colaboran en Este Número

JULIO FAUSTO FERNANDEZ.—Escritor, abogado y diplomático salvadoreño. Ha publicado: “Del Materialismo Marxista al Realismo Cristiano” (1953), “El Existencialismo. Doctrina de un Mundo en Crisis”, “Apuntes para una Reforma Universitaria”. Vive en San Salvador.

RICARDO TRIGUEROS DE LEON.—Escritor y poeta salvadoreño. Obras: “Campesinato”, “Nardo y Estrella”, “Presencia de la Rosa” (sonetos), “Labrando en Madera”. Director del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. Dirige “Filosofía, Artes y Letras”, suplemento dominical de “El Diario de Hoy”. Es profesor de Literatura en la Escuela Normal de Maestras “España”.

MAURICIO GUZMAN.—Abogado y escritor. Fué Embajador de El Salvador en Argentina. Es actualmente magistrado de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador. Ha publicado las siguientes obras: “La Política en la Ciudad del Hombre”, “La Federación Colegiada de las Repúblicas de Centro América”.

SALVADORA TIGERINO RIZO.—Profesora y escritora nicaragüense. Hizo estudios de pedagogía en Estados Unidos. Catedrática de la Escuela Normal de Maestras “España” y de la Escuela Normal Superior. Residencia: San Salvador.

SALVADOR CAÑAS.—Profesor y escritor salvadoreño. Fué Director fundador del Colegio “García Flamenco”. Reside en San Salvador.

ALFONSO REYES.—Escritor y poeta mexicano. Crítico literario, historiador, novelista, autor de numerosos ensayos. También ha sido diplomático y profesor. Ha

publicado más de treinta obras en prosa y en verso. Reyes celebra este año sus bodas de oro de escritor. Vive en México. D. F.

VICENTE ROSALES Y ROSALES.—Poeta y escritor salvadoreño. Ha publicado: "Euterpológio Politonal", "Pascuas de Oro", "Sirenas Cautivas", "El Bosque de Apolo", "Bocetos y Juicios Críticos". Vive en San Salvador.

MANUEL LUIS ESCAMILLA.—Salvadoreño. Licenciado en Pedagogía. Hizo estudios en las Universidades de Chile y de Guatemala. Fué Decano de la Facultad de Humanidades de Guatemala. Reside en San Salvador.

ALBERTO QUINTEROS, h.—Escritor salvadoreño. Comenta en la prensa diaria la actualidad nacional e internacional. Vive en San Salvador.

JOSE JORGE LAINEZ.—Escritor y periodista salvadoreño. Ha publicado un libro de cuentos: "Murales en el Sueño". Es Jefe de Redacción de "La Prensa Gráfica".

JUAN ANTONIO AYALA.—Escritor español. Profesor de Gramática Castellana en la Facultad de Derecho, de Lengua y Literatura Latina en la Facultad de Humanidades y de Lengua Latina en la Escuela Normal Superior. Colaborador de la revista mexicana "Filosofía y Letras". Reside en San Salvador. Actualmente es Secretario del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura.

VICTOR DANIEL RUBIO.—Profesor y escritor salvadoreño. Vive en San Salvador.

ALFONSO ORANTES.—Poeta y escritor guatemalteco. En diarios y revistas de Centro América ha hecho crítica literaria y artística. En 1935 publicó un libro de poemas: "Albórbola". Actualmente reside en San Salvador.

HUGO LINDO.—Poeta y escritor salvadoreño. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. Obras: "Poema Eucarístico", "Guaro y Champaña" (cuentos), "Libro de Horas", "Antología del Cuento Moderno Centroamericano", "Sinfonía del Límite". Es Encargado de Negocios de El Salvador en Santiago de Chile.

ALVARO MENEZDEZ LEAL.—Escritor salvadoreño. Vive en San Salvador dedicado al periodismo.

LUIS RIVAS CERROS.—Profesor y escritor salvadoreño. Director del Diario Oficial de El Salvador.

ROLANDO VELASQUEZ.—Escritor salvadoreño. Obras: "El Retorno a Elsinor", "Memorias de un Viaje sin Sentido", "El Bufón Escarlata".

FERNANDO ALEGRIA.—Escritor chileno, nacido en 1913. Egresado de universidades chilenas y norteamericanas. Su primer libro sobre "Lautaro", obtuvo el premio nacional de literatura en Chile. Ha publicado también: "Camaleón", "Ensayo Sobre Cinco Temas de Thomas Mann" y "La Poesía Chilena". Actualmente es profesor de Literatura en la Universidad de Berkeley, Estados Unidos.

JUANITA SORIANO DE AYALA.—Poetisa y escritora salvadoreña. Obras: "Primavera", "Por Todos los Caminos", "Voces sin Tiempo", "Más Allá de los Peces". En preparación: "Difícil Luz". Durante dos años fué secretaria de don Francisco Gavidía, preparando junto con él la publicación de "Sooter, o Tierra de Preseas" y "Cientos de Marineros". Vive en San Salvador.

EL LIBRE ALBEDRIO

(Primera parte de los apuntes para una discusión)

Por JULIO FAUSTO FERNANDEZ

I. — EL PROBLEMA.

- 1.—La discusión en torno del libre albedrío consiste en averiguar si las acciones del hombre son libres en su genuina raíz, o si están determinadas por causas anteriores a ellas. Se trata de inquirir, en última instancia, si la ley de causalidad es válida universalmente o si, por el contrario, el espíritu humano escapa a su dominio.
- 2.—Es ésta una polémica milenaria, tan vieja como la Filosofía misma, en la que liberoarbitristas y deterministas han echado mano a toda clase de argumentos.

II. — AMBITO DEL PROBLEMA.

- 3.—Se ha dicho que la discusión en torno del libre albedrío es, ante todo, un problema ético, porque a la Moral, más que a ninguna otra disciplina, interesa averiguar si el hombre es o no libre, pues en caso afirmativo será responsable de sus actos, e irresponsable en caso contrario.
- 4.—La afirmación anterior es falsa porque las disciplinas normativas no se ocupan de averiguar si el hombre es o no libre para obrar el bien o para ejecutar actos lícitos, simplemente dan por sentado el hecho de la libertad interior de cada uno y, en consecuencia, le atribuyen la responsabilidad de sus obras.

- 5.—Para la Moral el libre albedrío es un presupuesto lógico necesario. Una moral que partiese del supuesto de que el hombre al obrar se encuentra plenamente determinado por causas anteriores a su acto, no podría atribuir responsabilidad alguna al sujeto humano. Una tal moral tendría que reducirse a explicar los hechos y a perdonar al transgresor de sus normas. Comprenderlo todo y perdonarlo todo, sería el lema de esa moral, la cual, desde luego, dejaría de ser disciplina normativa o del deber ser, para convertirse en ciencia explicativa o disciplina del ser.
- 6.—Para el Derecho también el libre albedrío es un presupuesto necesario que sin él serían imposibles ciertas instituciones jurídicas fundamentales, como los contratos (tanto si son de derecho privado como si son de derecho público), la libre testamentación y muchas otras. Puede decirse que todo el Derecho descansa sobre el supuesto de que el hombre es libre para cumplir la ley o para infringirla.
- 7.—El Derecho Penal merece consideración aparte. Dentro de la Doctrina Clásica, la penalidad, lo mismo que la noción de delito y su división en delitos dolosos y culposos, las agravantes y las atenuantes del delito, todo, absolutamente todo lo referente al Derecho Penal, gira en torno al concepto del libre arbitrio. La Escuela Positiva representa el máximo esfuerzo (por dicha frustrado), de elaborar un Derecho Penal sobre la base del determinismo. Podemos afirmar que si la Escuela Positiva hubiese llevado sus postulados a las últimas conclusiones, habría disuelto el Derecho Penal: éste habría dejado de ser una disciplina normativa para convertirse en técnica jurídica, en psiquiatría, en medicina preventiva y curativa, en antropología, en sociología o en cualquiera otra mera ciencia explicativa. Las modernas tendencias del Derecho Penal tratan de salvar la noción de libre albedrío, aun cuando sólo sea en la parte mínima necesaria para erigir sobre ella el concepto de imputabilidad. Generalmente se admite que los actos humanos están, en diferente medida, determinados por causas anteriores y que en casos extremos pueden estarlo totalmente, pero que en el ápice de estos procesos causales hay siempre lugar para un mínimo de libertad.
- 8.—Sea ello como fuere, lo cierto es que mientras la Ética y el Derecho continúan siendo disciplinas normativas que apuntan a un "deber ser" ideal, y no meras ciencias de explicación de los fenómenos, tendrán que partir del supuesto lógico necesario del libre albedrío. Es más, todas las disciplinas intelectuales que se fundan sobre un valor (como la Lógica que se basa en el valor "verdad" y la Estética que estudia el valor "belleza"), tienen que partir del supuesto necesario del libre albedrío. En efecto, la validez de la Lógica como disciplina científica implica el supuesto de que el hombre puede pensar libremente: si los pensamientos humanos no fuesen libres, estaríamos autorizados a dudar de que fuesen verdaderos ni aun en el más mínimo sentido. Lo propio ocurre con la Estética: ninguna obra de arte se puede explicar exhaustivamente por la simple suma de sus elementos materiales; para explicarla como objeto artístico se hace necesario recurrir a ese elemento imponderable que es el libre espíritu creador del artista. ¿Qué

sentido tendrían la verdad y la belleza si al hombre no le fuera dable buscarlas libremente?

- 9.—De lo anterior podemos concluir que la existencia del alma, de su libertad interior y de su capacidad de pensar son supuestos de la Lógica, de la Filosofía Práctica (Ética y Estética), lo mismo que del Derecho. No es, por consiguiente, problema de estas disciplinas el ponerse a investigar si existe o no existe el libre albedrío: simplemente dan por supuesta su existencia.
- 10.—¿Corresponderá, entonces, a las ciencias particulares que tratan de explicar los fenómenos que ocurren en el cuerpo y en la psiquis del hombre dilucidar el problema del libre albedrío? Kant, con sobrada razón, afirmaba que en la medida en que consideramos a los seres humanos desde el punto de vista de la Biología, de la Antropología y de la Psicología, esto es, desde el punto de vista empírico de las ciencias especiales, no se puede dudar de que tanto en sus pensamientos como en sus actos están plenamente sometidos a la ley de causalidad. El biólogo estudia al hombre como a un ser sometido al proceso causal de la evolución de la especie, proceso que, en última instancia, se resuelve en factores tales como los de herencia, adaptación al medio ambiente y mutaciones concomitantes. El antropólogo ve al ser humano como miembro de una raza particular y destaca la influencia causal que en él han ejercido el acervo intelectual y emotivo propio de la raza a que pertenece, tomando en cuenta el grado especial de evolución alcanzado por dicha raza. El psicólogo tratará de explicar los estados de conciencia y las acciones del hombre como resultados de una cadena ininterrumpida de causas fisiológicas y psicológicas, en la que juegan preponderante papel determinadas tendencias congénitas que se desarrollan en cierto medio ambiente y que producen como resultado un carácter o un temperamento definido, al que pueden atribuirse tales o cuales gustos, ideas, prejuicios, acciones, deseos y pensamientos. La Biología, la Antropología y la Psicología no pueden enfrentarse con el problema del libre albedrío, porque para ellas es un presupuesto lógico necesario el principio de causalidad. Esto es así, porque todas las ciencias particulares que tratan de explicar los fenómenos de la naturaleza (y al hombre como formando parte de ella), se basan en el supuesto necesario de que la ley de causalidad es universal, válida para todas las regiones de la realidad y carente de excepciones. Lo anterior, sin embargo, no es obstáculo para que algunos filósofos tomen argumentos de las ciencias particulares, en contra del libre albedrío, sin advertir que cometen una petición de principios. En las conclusiones de las ciencias particulares va implícita una solución "a priori" del problema que se trata de resolver; tales ciencias han partido de la hipotética validez de la causalidad universal.
- 11.—¿Quién tiene razón, las disciplinas normativas que afirman el libre albedrío o las ciencias de la naturaleza que sustentan la tesis contraria? Este es el problema. Es evidente que sólo la Filosofía General, situada en el orden cognoscitivo por encima de la Filosofía Práctica y de las ciencias particulares, puede dar respuesta a la pregunta planteada. Aun

más: es a la Metafísica, parte céntrica de la Filosofía, a quien corresponde decir la última palabra en tan importante cuestión.

- 12.—La disputa entre indeterministas y deterministas es, esencialmente, una polémica metafísica. Los argumentos que los contendientes de uno y otro bando esgrimen sólo resultan válidos si se acepta como verdadera la concepción general del universo en que se apoyan. Esto quiere decir que tanto los liberoarbitristas como sus adversarios parten de principios metafísicos determinados. La parte medular del problema es de naturaleza metafísica; para darse cuenta de ello basta pasar revista a las cuestiones sobresalientes imbricadas en la milenaria polémica en torno del libre arbitrio. Nos daremos cuenta de que aquí se entrecruzan cuestiones sumamente importantes: el problema de la esencia del hombre; el de la naturaleza del espíritu y de sus relaciones con la materia; y el problema de la validez de todo el conocimiento científico basado en la ley de causalidad, para no citar sino los asuntos principales. En esta discusión, con más violencia que en parte alguna, chocan realismo e idealismo, espiritualismo y materialismo, monismo y dualismo, intelectualismo e intuicionismo, etc. ¿Podrá, después de esta enumeración, negarse el carácter metafísico de la disputa?
- 13.—El hecho de que la polémica (mientras se mantenga dentro del campo dominado estrictamente por la razón natural) sea resuelta por la Metafísica, no significa desconocer que algunos aspectos de la cuestión sobrepasan el campo de la Filosofía y caen de lleno en los dominios teleológicos. Esto quiere decir que el filósofo, en tanto que filósofo, debe abstenerse de discutir cuestiones como el fatalismo mahometano, la predestinación absoluta del calvinismo y el problema de la premoción física que sigue dividiendo a tomistas y molinistas; éstas son disputas teleológicas que no incumben a la Filosofía.

III — EL LIBRE ALBEDRIO ES UN HECHO EVIDENTE.

- 14.—¿Por qué las ciencias normativas, a pesar de los argumentos deterministas, siguen sosteniendo su inquebrantable fe en el libre albedrío humano? La respuesta es sencilla: porque el libre albedrío es un hecho evidente, de una evidencia psicológica indiscutible. Todos tenemos conciencia de nuestra libertad interior. Tenemos certidumbre de eso que Kant llama "conciencia moral". Tenemos la convicción de que obramos libremente cuando realizamos la acción insignificante de mover la mano derecha en vez de la izquierda o bien cuando ejecutamos el acto de escoger la profesión a que dedicaremos el resto de la vida. Tenemos conciencia de que, en virtud de esa libertad, somos responsables de nuestros actos malos, ante los cuales nos invade un sentimiento de vergüenza, como de los actos buenos que nos producen íntimas satisfacciones.
- 15.—La cuestión del libre albedrío descansa en una convicción psicológica que llega a la certeza. Fué esta certidumbre la que obligó a Kant a exclamar: "tan arraigada y firme veo la ley moral en mi interior, como la Estrella Polar en el cielo". En otras palabras, la libertad in-

terior es un dato inmediato de la conciencia; es un dato que la conciencia percibe de manera primaria y directa, sin necesidad de razonamientos intermedios. De allí la firme convicción de que poseemos libre arbitrio. En cambio, todos los argumentos deterministas son mediatos: cadenas de razonamientos laboriosamente contruidos por la inteligencia, con los cuales ésta pretende enfrentarse a un hecho cierto, primario y evidente. Por consiguiente, los argumentos deterministas tienen menos fuerza persuasiva que la evidencia del libre albedrío. Llámese, si se quiere, intuición de la libertad interior a esa evidencia, lo cierto es que constituye una convicción arraigada en toda conciencia normal.

- 16.—La concepción ingenua del "yo", la idea cristiana del alma y el concepto de "persona" elaborado por la metafísica tradicional, descansan en la idea del libre arbitrio. Los conceptos tradicionales fueron conmovidos en sus cimientos por la filosofía de Descartes y la crítica de Hume.

IV.—CONCEPCION INGENUA DEL YO.

- 17.—Llamamos así a la idea que del hombre tiene cualquier persona sencilla. Podría llamársele también concepto vulgar del yo o, mejor aún, concepción que el sentido común tiene del hombre.

- 18.—Probablemente el sentido común está seguro de que el ser del hombre no se agota en su cuerpo. Cree que asociada de algún modo al cuerpo o radicando en él, hay otra parte, la más importante del hombre, a la que se puede llamar alma, ánima, mente, psiquis, conciencia o espíritu. Al cuerpo le atribuye invariablemente naturaleza material. No está muy seguro de la naturaleza del alma, pero, en todo caso, le atribuye una estructura íntima totalmente diferente de la del cuerpo, en unos casos la imagina como hecha de un material sumamente sutil que no obedece a las leyes que rigen la materia ordinaria, otras veces se la representa como un soplo vivificador y en fin, como un espíritu inespacial, pero real en el tiempo. Lo cierto es que el sentido común es dualista: considera que el ser del hombre está integrado por dos principios, uno material, el cuerpo, y otro de naturaleza diferente, el alma.

- 19.—El sentido común considera, además, que el alma es la parte más genuina del hombre, la que realiza los actos más nobles y elevados: la que piensa, la que siente, la que quiere, la que recuerda y la que imagina. El alma es la que hace todo eso, por consiguiente, es más que la simple suma de sus pensamientos, sentimientos, querer, recuerdos e imaginaciones. El alma es el soporte de todas esas experiencias, el centro unificador al cual convergen todos los estados de conciencia, el eje psicológico en torno al cual gira toda la vida del hombre.

- 20.—El alma aparece ante el sentido común con dos notas distintivas y características: es libre y permanente. Libre en su pensamiento y en sus voliciones. El hombre sencillo afirma a cada momento: "hago lo que me da mi real gana", con lo que expresa, en forma por demás enérgica,

la íntima convicción de su libertad interna. Por otra parte, el sentido común tiene la convicción de que el alma es aquello que permite a un hombre que hoy tiene 40 años decir que es la misma persona que a los 7 años fué por primera vez a la escuela, que fué vacunado a los 8, que ingresó a la secundaria a los 12, que votó por primera vez a los 18, que se casó a los 30, que ahora hace ésto y que mañana, si vive, irá como de costumbre a su trabajo. El alma es lo que permanece a través de las mutaciones del cuerpo, de la evolución intelectual y moral, de los diferentes estados de ánimo, de las distintas peripecias de la vida: en una palabra, es la que permite a un hombre decir: soy el que soy; el mismo que fuí y el mismo que seré.

- 21.—El sentido común sabe que entre alma y cuerpo, a pesar de sus diversas naturalezas, hay oscuras concomitancias, recíprocas influencias. Así, por ejemplo, el ingerir alcohol engendra diversos trastornos psíquicos y a la inversa, el miedo dilata las pupilas y criza los cabellos. Pero el sentido común no cavila demasiado sobre la índole de tales influencias.
- 22.—Finalmente, el sentido común, aun sin expresar claramente tal pensamiento, se da cuenta de que cada acto del hombre, producto de la íntima libertad, rompe repentina y arbitrariamente la cadena causal de los sucesos materiales, imprimiendo a éstos otro rumbo del que seguirían sin aquella intervención humana, o alterando sus efectos. Así, el acto voluntario de un niño es capaz de alterar el proceso causal de la gravedad, con sólo interponer sus manos en el curso de la pelota que tiende a caer.

V.—IDEA CRISTIANA DEL ALMA.

- 23.—El cristianismo concibe el alma humana como una entidad espiritual que, a pesar de hallarse transitoriamente unida al cuerpo, está llamada a un destino eterno. La realización plena de ese destino, la bienaventuranza de los justos, constituye el fin absolutamente último del hombre. El fin último ejerce cierta atracción sobre el alma humana, pero ésta es libre de atender tal llamado o contrariar su destino espiritual, cometiendo actos ruines.
- 24.—Es tan grande el valor del alma humana, que el Verbo divino se encarnó, padeció y murió por salvarla. Una sola alma inmortal, a los ojos del cristiano, vale más, mucho más, que todo el universo material. El mismo Dios respeta con tanto cuidado la intimidad del alma, que no quiere forzar la libertad de ésta, imponiéndole la cabal realización de su destino eterno. El alma es libre ante Dios; se salvará o se condenará libremente.

VI.—EL CONCEPTO DE PERSONA EN LA METAFISICA TRADICIONAL.

- 25.—Para la metafísica tradicional, el libre albedrío es propiedad esencial del ser humano y nota característica de la persona. En virtud de esta nota distintiva, la persona, según Santo Tomás de Aquino, constituye

lo que hay de más noble y elevado, de más perfecto, en toda la naturaleza; se la define como “una substancia individual completa, de naturaleza intelectual y *dueña de sus actos*”.

- 26.—La individualidad se puede predicar de toda cosa que constituye un trozo de materia, distinto de los trozos de materia que constituyen las otras cosas. De un gusano, de un microbio, de un astro, de un árbol, lo mismo que de un hombre, se puede decir que posee individualidad, en la medida en que es claramente distinguible de las otras cosas que hay en el universo. La personalidad, en cambio, sólo se puede predicar de un ser que, a más de individuo inteligente, es libre en sus determinaciones.
- 27.—La dignidad de persona le viene al hombre de su libertad para escoger los medios conducentes a su desarrollo espiritual. La naturaleza intelectual y la libertad, son seguros indicios de que la persona posee un alma inmortal. En virtud del alma, la persona constituye por sí misma un mundo espiritual y moral que, en estricto sentido, no forma parte del universo sensible. Esta posición especialísima de la persona que la sitúa por encima de toda cosa material, le permite, al ejercitar su libertad y actuar su inteligencia, introducir en el universo sensible series de nuevos fenómenos. La persona es, pues, punto inicial de nuevas cadenas causales que irrumpen en el universo de las cosas materiales.
- 28.—Como coronamiento y perfección de la persona se encuentran dos facultades cimeras: la inteligencia y la voluntad. Función de la inteligencia es *conocer*. Valiéndose de los sentidos en sus operaciones iniciales, la inteligencia *abstrae* de las cosas corporales la constitución inteligible de las mismas, espiritualizándolas, por decirlo así, al reducir las a sus meras esencias abstractas. Gracias a esta función de la inteligencia, la persona llega a conocer el conjunto de verdades universales que deben normar los actos humanos. La inteligencia es la regla próxima de nuestras acciones: todo acto interior del alma, desde el momento que implica orden y gobierno, le pertenece.
- 29.—De la voluntad depende el *uso* de nuestra actividad; en ella radica la libertad, a causa de ella (y no de la inteligencia) somos llamados buenos o malos. Nuestros pensamientos, impulsos y deseos son, en gran medida, independientes de nuestras voliciones; pero a la voluntad incumbe disciplinarlos y regularlos, alentando o reprimiendo los pensamientos, los impulsos y los deseos, conforme a su libre determinación. La función de la voluntad es *dirigir* y no *conocer*, pero debe dirigir conforme al recto apetito, esto es, conforme a la ley moral.

VII.—LAS DOS SUSTANCIAS DE DESCARTES.

- 30.—La concepción ingenua del yo, el concepto cristiano del alma y la metafísica tradicional han sufrido, a partir del siglo XVII, duros ataques procedentes del campo de la Filosofía. Nos interesa destacar, por el momento, las posiciones filosóficas adoptadas por Descartes y Hume.

Ambos, por motivos diferentes, han influido decisivamente en el curso posterior de la polémica en torno del libre albedrío.

- 31.—Descartes plantea con todo vigor el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo: ¿Si ambos son de naturaleza diferente, cómo podemos explicar su acción recíproca? El famoso postulado: “pienso, luego existo”, lleva implícita la idea de que la mente conoce con mayor facilidad el proceso de su propio pensar, que aquello sobre lo cual piensa: es más fácil conocer nuestros estados de conciencia, que los objetos a que tales estados se refieren. De allí que Descartes se viera obligado a sostener una división neta entre alma y cuerpo, espíritu y materia, entre conciencia cognoscente y objeto conocido.
- 32.—Dios, según Descartes, ha creado dos sustancias: espíritu y materia. La cualidad esencial de la primera es el pensamiento; de la segunda es la extensión. El alma humana pertenece por entero a la primera: “yo soy una cosa que piensa”. Los movimientos del alma son libres. El cuerpo, en cambio, pertenece a la segunda. Los movimientos del cuerpo, como los de toda materia, son mecánicos y están determinados por los procesos causales que sobre él actúan, se pueden, por consiguiente, calcular matemáticamente. La naturaleza del espíritu es de tal modo diferente de la constitución de la materia, que el alma no puede obrar sobre el cuerpo ni éste sobre aquélla. ¿Cómo se explica que cuando el alma quiere mover un brazo, el cuerpo mueva efectivamente ese brazo? Dios, dice Descartes, ha dispuesto la sincronización continua y milagrosa entre alma y cuerpo, sin la cual los seres humanos no podrían perdurar. Entre alma y cuerpo no hay nexos causales, sino simultaneidad providencial. Esta doctrina, llamada “ocasionalismo” y también “paralelismo psicofísico”, fué explicada más tarde por Leibniz mediante el símil de los dos relojes: el alma es un reloj y el cuerpo otro, ambos son exactísimos y han sido puestos a marchar a la misma hora por el artífice divino; los relojes estarán siempre de acuerdo, pero el uno no es causa de la marcha del otro.
- 33.—La separación radical entre espíritu y materia obligó a Descartes a formular una teoría del conocimiento que certeramente ha sido calificada de “angelista” por Maritain. En efecto, “el sistema de las ideas claras y distintas otorga al conocimiento humano las tres grandes notas que la teología tradicional asigna a las ideas de los ángeles: intuitivas en su modo, innatas en su origen, independientes de las cosas en su naturaleza”.
- 34.—La concepción ingenua de las relaciones entre el alma y el cuerpo ofrece, en verdad, graves dificultades, pues no se ve bien cómo es que una fuerza espiritual pueda causar modificaciones en la materia, o viceversa; pero la doctrina de Descartes, lejos de atenuar tales dificultades las centuplica, pues el riguroso paralelismo psicológico (todo hecho mental va acompañado de movimientos o transformaciones orgánicas), parece sugerir más bien una estrecha relación causal entre el cuerpo y el alma, que una separación tajante. Según Whitehead, el divorcio absoluto entre espíritu y materia, introducido por Descartes, “ha envenenado toda la filosofía que le siguió”.

VIII.—CRITICA DE HUME A LAS NOCIONES DE “CAUSA” Y DE “YO”.

35.—La ciencia y el sentido común admiten que todo suceso es consecuencia de una causa: no hay efecto sin causa. Se afirma que la causalidad es ley del universo. Los deterministas sostienen que esta ley no posee excepciones; impera inclusive en el mundo del espíritu. Los indeterministas afirman: unos, que la causalidad no rige en el mundo del espíritu, mejor dicho, que en el espíritu rige una causalidad diferente a la mecánica, la causalidad teleológica o finalista; otros, que en el espíritu se originan, en virtud del libre arbitrio, series causales que inciden en el plano de la estricta causalidad natural, modificándolo. Hume negó la existencia de la pretendida ley de causalidad, con ello pareció hacer un servicio a los indeterministas; pero, por otra parte, con su violenta crítica a la concepción ingenua del yo, prestó efectivo apoyo al determinismo. Si bien, parece que, en lo personal, la postura íntima de Hume era la siguiente: la razón no puede hallar motivos para creer en la causalidad, ni en un yo permanente, pero *sentimos* que hay una relación causal y un yo unitario. Por lo indicado en último lugar, Hume puede ser contado entre los precursores del anti-intelectualismo contemporáneo.

36.—La ley de causalidad implica una relación interna entre la causa y el efecto. Cuando afirmamos que un suceso es causa de otro, queremos decir que existe una conexión necesaria entre uno y otro suceso, que existe un “lazo” entre la causa y el efecto, esto es, que la causa tiene “poder de producir el efecto”. Hume niega que exista tal poder o fuerza en la causa; niega que un hecho ejerza influencia compulsiva sobre otro hecho del que está separado en el tiempo y en el espacio. Lo niega, en primer término, porque nuestra experiencia sensorial no puede descubrir jamás en la naturaleza tal poder: lo único que nuestra experiencia nos dice, a ese respecto, es que en multitud de ocasiones un suceso sigue regularmente a otro. “Cuando contemplamos los objetos exteriores que están a nuestro alrededor... nunca podemos, en ningún caso, descubrir algún poder... Hallamos solamente que, en efecto, uno sigue realmente al otro”. Cuando una bola de billar en movimiento golpea a otra, afirma, no podemos descubrir en la primera ningún poder que haga mover a la otra bola. En segundo lugar, Hume niega la causalidad basándose en que nuestra mente es incapaz de descubrir nexos alguno entre causa y efecto; si causa y efecto son realmente dos sucesos distintos y separados (necesariamente lo son así, por hipótesis), no puede existir entre ellos conexión forzosa ya que están separados. Lo que llamamos ley de causalidad no es más que la correlación entre ciertas series de hechos, observada en el pasado: no es otra cosa que una simple regularidad de secuencia. “La mente nunca puede hallar el efecto en la supuesta causa, por escrupuloso que sea el escrutinio... Porque el efecto es totalmente diferente de la causa y, en consecuencia, nunca podrá ser descubierto en ella. El movimiento de la segunda bola de billar es un suceso completamente distinto del movimiento de la primera: no hay en el uno nada que sugiera el menor indicio del otro... En una palabra... todo efecto es un suceso distinto de su causa. Por consiguiente, no podría ser descubierto en

la causa". Por último, Hume alega que jamás podremos estar absolutamente seguros de que el orden de los sucesos que hemos observado en el pasado, deba darse también en el futuro. Del hecho de que en el pasado siempre que el sol ha alumbrado una piedra se ha seguido el calentamiento de la misma, no podemos deducir con absoluta certeza que lo mismo ocurrirá en el futuro. Hume dice: "podemos convenir en que la *experiencia* pasada nos da información *directa* y *exacta*, sólo en cuanto a los precisos objetos y en cuanto al preciso período de tiempo que cayó bajo su conocimiento; pero ¿por qué se ha de extender esa experiencia a tiempos futuros y a otros objetos...? Ese es el principal problema... Es imposible que ningún razonamiento basado en la experiencia pueda probar la semejanza entre el pasado y el futuro". Haciéndose cargo de la crítica de Hume, Kant dirá que la causalidad no es un elemento objetivo de la realidad, sino un elemento "a priori" que introduce nuestra conciencia para poder conocer, en parte, la realidad.

- 37.—Como se ha visto, Hume, después de haber destruído el más general de los presupuestos lógicos de las ciencias de la naturaleza: el principio de causalidad; negando la semejanza entre el pasado y el futuro, destruye también la inducción, que es fundamento del método científico. Los alcances de la crítica de Hume son incalculables tanto en el campo de las ciencias particulares, como en el de la Filosofía. Los hombres de ciencia de los siglos XVII, XVIII y XIX no se dieron cuenta, al parecer, de que la crítica de Hume invalidaba la visión que ellos tenían del universo, pero en el actual estado de desarrollo científico (como lo ha demostrado Whitehead en su libro, "La ciencia y el mundo moderno") dicha crítica cobra importancia superlativa. Joad, por su parte, resume así el estado actual de la cuestión: "Algunas actitudes metafísicas, particularmente el materialismo, se basan en la causalidad física como en un hecho cósmico final. Los argumentos contra el libre albedrío, por ejemplo... suponen que cuando decimos que una cosa está causada por otra, como por ejemplo que nuestras voliciones están causadas por nuestros motivos o que los hechos mentales están causados por los hechos cerebrales, queremos decir algo y sabemos lo que queremos decir. El pensamiento filosófico moderno es cada vez más hostil a esa fácil aceptación de la causalidad como algo que es simple, último e inteligible y, como resultado, no simpatiza con las actitudes materialistas ante el universo y las interpretaciones deterministas de la psicología humana. Es bien sabido que el esquema materialista del universo, apadrinado por las ciencias del siglo XIX, ha sido hoy abandonado en gran parte... es oportuno acentuar la importancia del papel que la crítica moderna del concepto de causalidad ha desempeñado en su sobreseimiento. El universo del siglo XIX fué concebido a semejanza del mecanismo de un reloj gigantesco. En él todo suceso estaba determinado por un suceso precedente, y por tanto, nada podía ser distinto de como era. En tal mundo, concebíase la causalidad como última y universal. Además, el tipo de causalidad afirmada era el de la causalidad mecanicista que regula el mecanismo de las máquinas, y no la causalidad teleológica, apropiada a la actividad de la mente. Siendo universal la causalidad mecanicista, de algún modo había que

incluir dentro de su esfera la vida y la mente. Se debe demostrar que la vida es una emanación de la materia que a cierta altura de su desarrollo puramente físico ha adquirido incidentalmente el atributo de *ser viviente*; debe demostrarse que la mente es una función del cerebro. Se reconoció que la extensión de la hipótesis mecanicista para que pudiese incluir vida y mente originaba cierta dificultad en razón de las diferencias aparentemente radicales entre fenómenos materiales por una parte y fenómenos psíquicos por la otra. Porque se plantea inevitablemente el problema: un acto de conocimiento consciente ¿no es un suceso de orden distinto del movimiento de una cantidad de átomos, tan distinto que no hay posibilidad de que el movimiento de los átomos se convierta en el acto de conocimiento o lo engendre? Al sentido común le parecería sin duda que sí. Pero mientras persistía la fe en la eficacia de la causalidad en el mundo físico, valía la pena, por lo menos, procurar incluir en su esfera todo lo que ocurriese en el universo". Esto último que Joad señala fué lo que efectivamente intentó hacer la ciencia del siglo pasado.

- 38.—La crítica de Hume contra la concepción ingenua que considera al yo como un substrato permanente del hombre, se basa en dos argumentos principales: el primero consiste en afirmar que no tenemos, ni podemos tener, mediante la introspección, experiencia del yo a todo lo largo de nuestra existencia, para ello sería menester que nuestro pasado, presente y futuro estuvieran siempre ante nuestra conciencia y aun así, sin las interrupciones del sueño; el segundo argumento consiste en afirmar que ni siquiera de lo que es nuestro yo en el presente podemos tener total impresión, pues sólo tenemos conciencia de una determinada experiencia (de un determinado contenido de conciencia, diríamos hoy), tal como de un pensamiento, de un deseo, de un temor, de una alegría o de una pena, pero debajo de esos estados de conciencia jamás encontraremos al "yo" substancial que piensa, desea, teme, goza o sufre. Hume expone el primer argumento en la siguiente forma: "Si alguna impresión da origen a la idea de yo, tal impresión debe continuar siendo invariablemente la misma a través del curso entero de nuestra vida, pues suponemos que el yo existe de esa manera. Pero no hay impresión constante e invariable. Dolor y placer, pena y alegría, pasiones y sensaciones se suceden unas a otras y nunca existen todas al mismo tiempo. La idea del yo no puede derivar, pues, de ninguna de esas impresiones, ni de ninguna otra; y en consecuencia no existe tal idea..." El segundo argumento lo expone así: "Por mi parte, cuando entro con la mayor intimidad en lo que llamo *yo mismo*, siempre tropiezo con alguna percepción particular, de calor o de frío, de luz o de sombra, de amor o de odio, de dolor o placer. Nunca puedo sorprenderme a *mí mismo* en ningún momento sin una percepción... Cuando mis percepciones están alejadas por algún tiempo, durante el sueño profundo, por ejemplo, todo ese tiempo estoy insensible a *mí mismo* y se puede decir en rigor que no existo. Y si todas mis percepciones estuvieran alejadas por la muerte, y yo no pudiera pensar ni sentir, ni ver, ni amar, ni odiar después de la disolución de mi cuerpo, estaría completamente aniquilado..." Eso que llamamos yo, para Hume, "no es más que un manajo o colección de diferentes percepciones, que se suceden

una a otra con inconcebible rapidez, y están en perpetuo flujo y movimiento". Asuma ya aquí el "torrente de conciencia" bergsoniano.

- 39.—Hume, con su crítica a la ley de causalidad, dió argumentos a los sostenedores del libre albedrío, pero con su crítica al concepto de yo dió argumentos a los deterministas. En efecto, la noción de libre albedrío sólo se puede sostener si se concibe al yo como un espíritu continuo y constantemente activo que posee personalidad propia. En cambio, si se concibe el yo como un torrente de sucesivos estados de conciencia, es fácil caer en la tentación de explicar cada uno de esos estados como causados psicológicamente por los que le precedieron. Más tarde Bergson se verá obligado a combatir este determinismo psicológico, afirmando que los tales estados de conciencia separados y aislados unos de otros no son más que una creación arbitraria, pero necesaria, de la inteligencia y que detrás de la apariencia de los estados de conciencia aislados y sucesivos, la intuición descubre la verdadera realidad: un fluir constante de la conciencia sin solución de continuidad, que es esencialmente libre. Pero es mejor no anticipar conceptos y volver a Hume. Concebir el yo como una suma de estados de conciencia y resolverlo exhaustivamente en sus estados componentes, como lo hace el gran empirista inglés, es tratarlo desde un punto de vista puramente mecanicista. De lo que se trata en el fondo es, por consiguiente, de averiguar si es verdadera la interpretación teleológica que explica el universo en función de la idea de la causa final, o si, por el contrario, la interpretación exacta del cosmos es la que nos proporciona el mecanicismo, basado en la causalidad mecánica.

ALFONSO REYES

Por TRIGUEROS DE LEON

Antes de conocer personalmente a Alfonso Reyes yo tenía la imagen suya trazada por lápiz, estilete y buril de Juan Ramón Jiménez. El poeta andaluz sabe, como ninguno, afinar sus imágenes, en un dibujo interior de líneas cordiales, cálido en su hermetismo de clave, de signo. Los retratos-caricaturas de Juan Ramón son proteicos, a veces alargados como una figura del Greco; otras, en planos superpuestos de un raro cubismo o bien incisivos, deformados a lo Daumier, o hechos amorosamente como en las estampas románticas. Y es que su visión no viene de lo externo sino que nace en los laberintos interiores, en lo más subjetivo e inaprensible de cada quien.

Era aquél un Alfonso Reyes, de

bigote curvado sobre los labios, caminando en un tranvía de Madrid, por la Castellana. Le supe de sonrisa cordial, "subida a los ojos". Luego le vi, contra un fondo de anaqueles, en una fotografía aparecida en la primera edición de su "Visión de Anáhuac", impresa en España. Después, en diarios y revistas —Embajador de México en París o Buenos Aires—, colaborador en las publicaciones de más prestigio, nombre familiar para quienes buscamos un refugio en las letras.

Y ahora lo he encontrado en México, en "la región más transparente del aire", en compañía de otros escritores. Fué primero en casa de don Enrique González Martínez, en ocasión de celebrar los



ALFONSO REYES

ochenta años del gran poeta mexicano. Después, en su biblioteca de la Avenida Industria, 128. Allí está Alfonso Reyes, joven de siempre, rodeado de libros por todas partes, amable, con entusiasmo inicial en plena madurez.

Hablamos de sus recuerdos madrileños. Se puebla la conversación de nombres conocidos; surge, en la charla, la evocación de los cafés y las tertulias literarias.

—A Juan Ramón lo conocí en la plataforma de un tranvía. Fué creándose una amistad creciente, a tal punto que se mudó de la casa en que estaba y tomó otra cerca de la mía, y nos veíamos casi a diario. Fundamos la revista *Índice*, en la que hicieron primeras armas algunos escritores jóvenes, entre ellos José Bergamín.

—Recuerdo su fino artículo sobre los fantasmas de Juan Ramón, en el que usted cuenta cómo el poeta huía del ruido, manteniéndose entre paredes de fieltro, en su piso sordo de la calle del Conde Aranda.

—Sí, Juan Ramón es un sacerdote del silencio; es como Goethe que escribía siempre con lápiz, para evitar que el rasgueo de la pluma interrumpiera su éxtasis poético. Es un hombre que paga el precio de su gran poesía.

A veces tenía estados de inquietud desesperantes y entonces Zenobia se venía con él a casa porque yo había descubierto la manera de su contento; haciéndole que me contara su llegada a Madrid. Algunas veces salíamos juntos a los alrededores de la ciudad.

Un día, paseando por las calles, ya entrada la noche, Juan Ramón me dijo: —Oiga usted, cuando yo hablé de las flautas de los sapos se rieron de mí; pero escuche... son flautas.

En efecto, era un cantar de flautas la de aquella monótona orquesta de batracios.

—Quienes conocen a Juan Ramón dicen de él que es un incansable trabajador, merido en proyectos que parecen fantásticos.

—Sí, así es. Tenía, por ejemplo, la idea de aprovechar algún día las noticias de los periódicos para hacer un curioso trabajo literario, e iba recogiendo cuanto aparecía en los diarios y llenando cajones con papeles marcados. Un día mi mu-

jer lo decidió a quemarlos y se libró entonces de una carga que despejó su horizonte de poeta.

—Jiménez es un escritor exigente consigo mismo e imperdonable con los demás. Cuentan que riñe frecuentemente con sus amigos, por cuestiones estéticas.

—Lo he dicho más de una vez: Juan Ramón es implacable y puro. Cuando da la mano, parece que da una sentencia de aprobación. Conmigo siempre ha sido afectuoso. Nuestra amistad es un cristal; casi un diamante porque no la ha rayado nadie. Lo admiro y lo quiero mucho. Cuando voy a Estados Unidos me paso con él todo el tiempo que puedo.

—Usted ha recogido en fascículos sus memorias de escritor que constituyen un valioso documento para la historia de las letras contemporáneas. Las entrevistas suelen ser motivos propicios para recoger, de viva palabra, algunos datos que a lo mejor escapan de las memorias. ¿Qué me dice de sus días de París?

—Viví dos veces en París, en dos épocas, además de viajes más cortos, intercalados. El primer París que conocí es el París en que se estaba gestando la atmósfera de la guerra europea número uno. Era segundo secretario de la Legación. Me desconcerté los primeros meses porque no estaba habituado a un ambiente diferente al mío. En esos primeros días sentía que estaba allí más lejos de París que en México, cuando visitaba las librerías en

busca de obras francesas. París se me presentaba despedazado, como un cuadro cubista. Poco a poco fui entrando en la doctrina secreta, a lo que me ayudó mucho la compañía de Diego de Rivera, quien pasaba una bohemia feroz.

En 1914 nos dejaron abandonados a los diplomáticos en funciones. A mí me interesaba quedarme en París, por lo que había arreglado para trabajar con la Casa Garnier y la Ollendorff, en donde publiqué mi libro "Cuestiones Estéticas" (1910); pero la guerra hizo que las editoriales cerraran sus negocios y entonces tuve que trasladarme a España. Viví allí cinco años en quehaceres literarios. Regresé a París como Ministro (1925-1927) y lo disfruté plenamente. Era el París de entre dos guerras, del que tengo los más hondos recuerdos. Además, quien ha vivido en París no se va nunca de él.

—Volviendo a España, en donde usted tuvo una destacada actuación como escritor, habiendo colaborado en las principales revistas literarias y en el Centro de Estudios Históricos, ¿qué me dice de sus recuerdos matritenses?

—Primero estuve en España durante cinco años y tuve entonces la suerte de trabajar en el Centro de Estudios Históricos, sección de Filología, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal, mi venerado maestro.

—¿Y participó usted en el centenario de Góngora, cuando hubo ese hermoso movimiento para ac-

tualizar la figura del Señor de Polifemo y Soledades? Sus trabajos gongorinos suelen ser citados, con frecuencia, por quienes han tratado con detenimiento ese tema.

—Cuando el centenario de Góngora (1927) ya había salido de España; estaba en París. Después fui a Buenos Aires. Mis ensayos sobre Góngora sirvieron para desbrozar el camino; fueron una tentativa de volver a la mejor poesía, dejada de paso por culpa de preceptistas y retóricos. Dámaso Alonso, quien en su trabajo hace alusiones muy generosas para mí, ha tenido que rectificar algunos asuntos que no estaban aún suficientemente aclarados. Mis precursores verdaderos fueron Lucien-Paul Thomas y Raymond Foulché-Delbosc.

Durante mi estancia en Madrid Foulché pudo llevar a cabo la edición de Góngora, según el manuscrito que éste dejó preparado y que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Madrid. Dirigía Foulché y yo ejecutaba la que continúa siendo magna edición de Góngora.

—Algunos escritores han tachado absurdamente una pretendida falta de nacionalismo en su obra, por tender siempre a lo universal.

—Han sido injustos al pensar que he descuidado lo mexicano por ocuparme de otros temas. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo, he dicho en un largo artículo que sirvió para responder a las interpelacio-

nes de Héctor Pérez Martínez.

—En efecto, en la obra de usted hay siempre un sentido mexicano, aun cuando se refiera a temas que no sean nacionales. Además tiene gran parte de su producción consagrada a valores de México: Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo... y su libro "Visión de Anáhuac" que es a manera de un mural literario, en donde están copiados el valle de México, sus mercados llenos de pájaros, de venados heridos, de pepitas de oro que cabrillean al sol, de flores, de indios y canciones.

—Vea usted cómo las cosas se diafanizan a la distancia. Mi "Visión de Anáhuac" fué terminada en Madrid. Yo llevaba unos apuntes y desde la ausencia se me despojaron de lo inútil y con esas poquísimas notas y mis recuerdos empecé a pensar en el Valle de México. En mi fuero interno yo concebía eso como un primer capítulo para un paseo histórico sentimental por la Historia de México; pero la vida no me dejó tiempo para realizar ese proyecto.

—García Monge, en sus ediciones de Repertorio Americano, publicó también una edición de "Visión de Anáhuac".

—Sí. García Monge se interesó en editarla. Es excepcional el caso de este ilustre centroamericano que tanto ha hecho en bien de la cultura a lo largo de América.

Yo mantenía relación epistolar con García Monge y me llamaba la

atención que en cualquier país en donde yo andaba me seguía con gran fidelidad. Y un día le escribí una carta, diciéndole: Pero, ¿quién es usted, hombre maravilloso, que además de hacer las cosas tan bellas que hace sabe seguir puntualmente el derrotero de un amigo desconocido? Le envié entonces mi libro para sus ediciones "Convivio"; otro de Díez Canedo ("Sala de Retratos"); uno de José María Chacón. Y, por su parte, Pedro Henríquez Ureña logró de Adolfo Salazar unos ensayos sobre música y se los envió también.

Así, entre recuerdos, nombres de escritores, anécdotas literarias, alusiones afectuosas, citas oportunas, fluye la charla de Alfonso Reyes, siempre fresca y transparente como agua de Juvencia.

México tiene en él a uno de sus más grandes escritores, hombre de "siete personalidades", como dice Juan Ramón Jiménez, dueño de estilo definitivo, de forma pura, con la rosa de los vientos en la mano, tirando a los cuatro rumbos sus frutos dorados, en luminoso juego poético.

El Asilo Diplomático, Derecho Esencial del Hombre Americano

Conferencia pronunciada por el Dr. MAURICIO GUZMAN, como Embajador de El Salvador, en el seno de la Academia Diplomática Internacional, sede Montevideo, en la noche del 30 de Noviembre de 1951.

Pocas instituciones han tenido un ritmo histórico tan variado como la del Asilo. En su origen fué un acto religioso, después político, luego humanitario y finalmente jurídico en la etapa del conocimiento sistematizado. Puede afirmarse que su curva histórica se inició en los tiempos en que la humanidad forjaba sus primeras civilizaciones.

Lo que antecede se contrae al Asilo en general, pues la institución enfocada en este trabajo —el Asilo Diplomático— tomó existencia histórica a partir de la organización de la diplomacia permanente. A contar de ese tiempo, en multitud de situaciones, desde la más dramática representada por el suicidio del Presidente Balmaceda en la Legación argentina con sede en Santiago, en 1891, hasta la más pintoresca en que las 300 esposas del Sha Nars-el-Din pidieron protección al Ministro de Inglaterra en Persia, el Asilo Diplomático ha puesto la nota sentimental en las relaciones internacionales. Finalmente, por bondad del genio de la historia, se ha constituido en una hermosa institución del Derecho Internacional Americano.

En la actualidad, al Asilo Diplomático se le puede definir como el amparo que un Jefe de Misión brinda en el local de la embajada o legación o en su residencia privada, a un perseguido por motivos o delitos políticos, o por delitos políticos concurrentes en que no procede extradición, con el objeto de salvarlo de la aprehensión de las autoridades locales para evitar un mal mayor proveniente del exceso de las pasiones políticas.

Con el fin de justificar el asilo mencionado se dan las mismas razones que se esgrimen para sostener las inmunidades del agente diplomático. Esta es una confusión jurídica deplorable, pues ella ha propiciado conflictos entre los Estados interesados en cuestiones de asilo. Y digo confusión, porque a mi juicio, la inmu-

nidad real del diplomático ha servido de garantía al asilo y no de fundamento. Lo expresado parece más cierto si se repara en que, después de aludir a las indicadas razones para dar base al Asilo Diplomático, los autores concluyen en que éste es una institución humanitaria.

El Asilo Diplomático se ha hecho valer en múltiples ocasiones y se ha terminado por reconocerlo con el carácter de un derecho, habiendo tenido, según las circunstancias, sucesivamente, como fuentes, la cortesía internacional, la costumbre y las convenciones celebradas entre los Estados. En el primer caso encuentra apoyo en un principio general de Derecho Internacional Público; en el segundo, se manifiesta como un derecho consuetudinario; y en el tercero, como un derecho positivo.

Cuando un agente diplomático concede asilo en el territorio de un Estado que nunca ha confrontado una situación de esa índole, y éste acepta la determinación de aquel agente de prestar albergue a un delincuente político, no hay duda que, en tal caso, el asilo descansa en la cortesía internacional. Esta es, por consiguiente, la fuente del Derecho de Asilo en los países en que no existe costumbre de amparar a los fugitivos políticos en embajadas y legaciones.

Cuando el Asilo Diplomático se presenta como derecho consuetudinario, el Estado asilante, al declarar que otorga protección a un delincuente político, se apoya en las prácticas diplomáticas que privan en el Estado territorial; en tal caso, este Estado no puede menos que plegarse a la fuerza del precedente, y respetar el asilo concedido. Si no actúa así, se hace acreedor al repudio de la conciencia jurídica de las naciones civilizadas.

Ha habido situaciones de asilo consuetudinario que han llegado a conmover la opinión universal. Para ilustración tal vez basta citar el caso de los perseguidos políticos que buscaron albergue en las embajadas y legaciones con sede en Madrid, durante la guerra civil española. Hacia el año 1937, cuando la escasez de alimentos hacía casi imposible el sostenimiento de los *refugiados*, el Cuerpo Diplomático acreditado en España hizo gestiones con el objeto de que se permitiera la evacuación de aquéllos hacia los correspondientes países que los habían asilado. En vista de la negativa del Gobierno republicano, la cuestión fué llevada a conocimiento del Consejo de la Sociedad de las Naciones. En esta oportunidad, tal organismo, con base en el informe del delegado de China, Wellington Koo, a la sazón Presidente de dicho Consejo, desconociendo el valor del Asilo Diplomático como derecho consuetudinario, se negó a pronunciarse sobre la demanda planteada, declaró que el asilo es una cuestión humanitaria y que deseaba que la evacuación de los *refugiados* españoles fuera resuelta por la vía de negociaciones directas.

Y como si lo anterior hubiese sido poco, es curioso recordar que durante las discusiones que se produjeron en el seno de aquel ilustre Consejo, antes de resolverse la susodicha gestión del Cuerpo Diplomático de Madrid, se oyó una opinión completamente desacorde con los postulados de la disciplina jurídica. Esta opinión fué la de Litvinof, delegado de Rusia, quien adversando la práctica del asilo terminó su discurso diciendo: "Esa práctica que siempre ha dado lugar a protestas y objeciones por parte de los gobiernos interesados, no puede, en modo alguno, crear un principio de Derecho Internacional y no puede ser tolerada más que por la buena voluntad y el libre asentimiento del gobierno interesado".

Por fortuna, el Gobierno republicano terminó reconociendo las prácticas de asilo de la madre patria, y los *refugiados* fueron evacuados con todas las garantías que el caso requería.

En esta ocasión, se impone rememorar el espectáculo hermoso que dieron las jóvenes repúblicas iberoamericanas, en su defensa denodada en favor del Derecho de Asilo Diplomático.

Queda por considerar este derecho en su aspecto positivo. Esto ocurre cuando tiene asidero en tratados o convenciones que han sido ratificados por los Estados que concurren a suscribirlos. El Derecho de Asilo Diplomático, en este sentido, ha encontrado noble acogida en América Latina. Se le refiere, conforme al pensamiento científico de la época, únicamente a la delincuencia política.

Es de suma importancia hacer una breve reseña histórica del esfuerzo latinoamericano encaminado a obtener un reconocimiento y una reglamentación adecuada del Derecho de Asilo Diplomático. Empiezo por decir, salvo insuficiencia de los datos que obran en mi poder, que la tarea comenzó en Lima en el año 1865, con motivo de las dificultades que se produjeron como consecuencia del asilo acordado al general Canseco, por el Ministro de los Estados Unidos de América en el Perú. En el año expresado, el día 19 de Mayo, el Cuerpo Diplomático residente en aquella ciudad, se reunió con el objeto de llegar a un acuerdo sobre un reconocimiento expreso del Derecho de Asilo Diplomático, que debía ser ratificado por sus gobiernos respectivos, y los términos en que era preciso conceder aquel derecho. Asistieron a esa reunión, además de los representantes europeos, los Ministros de Bolivia, Brasil, Chile, Estados Unidos de América y Guatemala.

Las reglas establecidas en el mencionado acuerdo, a decir de Pradier Fodéré, eran poco precisas y dejaban mucha libertad a los Jefes de Misión para las interpretaciones individuales. Sin embargo, es digno de encomio el hecho de que se hayan determinado regulaciones tendientes a dar efectividad al Asilo Diplomático.

Por desgracia, no se obtuvo el resultado deseado. En efecto, luego sobrevino un nuevo incidente debido al asilo que concedió en Noviembre de 1865, el señor Vion, Cónsul encargado interinamente de la Legación de Francia, al general Manuel Ignacio Vivanco y a los señores Pedro José Calderón, Jorge Soazzo y Pedro José Carrillo, que habían sido Ministros del Gobierno presidido por el general Pezet. El Gobierno del Perú solicitó la entrega de los refugiados, pero el señor Vion la negó. Tal actitud fué aprobada por el Gobierno francés.

Al comunicar al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, en nota de 24 de Abril de 1866, la decisión del Gobierno francés contraída a dar protección a las personas indicadas, el Encargado de Negocios Sr. de Lesseps, sugirió la conveniencia de fijar en forma definitiva las normas a que debía sujetarse el ejercicio del Derecho de Asilo Diplomático. Proponía, con este fin, al Ministro de Relaciones Exteriores señor Pacheco, que convocara al Cuerpo Diplomático para tratar ese punto.

Llevóse a cabo la reunión el 15 de Enero de 1867, asistiendo además del Ministro Pacheco, los agentes diplomáticos de Bolivia, Brasil, Chile, Francia, Inglaterra e Italia. "El representante peruano —dice un escritor argentino, en monografía sobre Derecho de Asilo— propuso la abolición del Asilo, a lo que se opuso el Encargado de Negocios francés; el Ministro de los Estados Unidos no asistió, pero mandó una carta en la que recordaba la doctrina de su gobierno contraria al Asilo. Ante tales discrepancias fué levantada la sesión sin llegarse a un resultado concreto. El 29 de Enero del mismo año hubo una nueva reunión en la que tampoco pudo llegarse a un resultado favorable, por los mismos motivos. El Ministro Pacheco había preparado un memorándum que fué distribuido entre los diplomáticos, en el que explicaba su oposición al Asilo..."

Los esfuerzos del Cuerpo Diplomático de Lima no condujeron al objeto deseado y sugerido por el Sr. de Lesseps, pero sirvieron de precedente saludable para que años más tarde, en el "Congreso Suramericano de Derecho Internacional Privado", reunido en Montevideo a iniciativa de los gobiernos del Uruguay y Argentina, en el año 1888, se estructurara técnicamente la institución jurídica comentada. Asistie-

ron a este Congreso representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay.

Este magno Congreso suscribió un Tratado de Derecho Penal Internacional, y como parte integrante de este documento se incluyeron el reconocimiento y reglamentación del Asilo, en el título II que comprende los artículos del 15 al 18. La clase de asilo que nos ocupa la atención, fué regulada especialmente en el Art. 17, y más que todo, en los incisos 2º y 3º de dicho artículo, que literalmente rezan así: "Dicho Asilo —alude al prestado en la sede de representaciones diplomáticas— será respetado con relación a los perseguidos por delitos políticos, pero el Jefe de la Legación está obligado a poner inmediatamente el hecho en conocimiento del gobierno del Estado ante el cual está acreditado, quien podrá exigir que el perseguido sea puesto fuera del territorio nacional, dentro del más breve plazo posible".

"El Jefe de la Legación podrá exigir, a su vez, las garantías necesarias para que el refugiado salga del territorio nacional, respetándose la inviolabilidad de su persona".

Posteriormente, la Comisión Internacional de Jurisconsultos Americanos, en su Reunión de Río de Janeiro, en el año 1927, continuó en el anhelo de legislar sobre el Asilo Diplomático a delincuentes políticos. Fiel a este propósito elaboró el proyecto, que bajo el Nº 10, en nueve artículos, reglamentaba el derecho analizado.

Y como si lo anterior hubiese sido poco, en la Sexta Conferencia Panamericana de La Habana, de 1928, y la Séptima Conferencia de la misma naturaleza, desarrollada en Montevideo en el año 1933, se volvió a la brega encaminada a obtener un ordenamiento jurídico que satisficiera las exigencias del caso, es decir, una reglamentación que al par que garantizara el Derecho de Asilo Diplomático, evitara, en lo posible, todo conflicto entre los Estados que se viesen interesados en una cuestión de aquel derecho. La materia tratada alcanzó grandes progresos, que además de venir a enriquecer los importantes recursos del Derecho Internacional Americano, significan gloria indiscutible para las jóvenes naciones latinas de este Continente.

Dando cima al esfuerzo prenotado, nuevamente en Montevideo, en el año 1939, en ocasión del cincuentenario del Congreso Sudamericano de Derecho Internacional Privado, se redactó un "Tratado sobre Asilo y Refugio Políticos" que fué suscrito por Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay, Perú y Uruguay. En él se introdujeron innovaciones en el ejercicio del Derecho de Asilo Diplomático, consultando la experiencia de la guerra civil española. Es de suma importancia señalar que en este tratado se le da un contenido más amplio al derecho en comento, pues se autoriza concederlo no sólo en consideración a delitos, sino, además, en el caso de persecuciones por *motivos políticos*.

Esta sucinta relación histórica pone de manifiesto que en América Latina ha sido unánime el deseo de estructurar el Derecho de Asilo Diplomático como un derecho positivo. Es indudable que el derecho de referencia se ha incorporado como una institución de sólida raigambre, en el Derecho Internacional Americano. Sin embargo, la cuestión está lejos de agotarse, pues los incidentes por motivo de Asilo Diplomático no han cesado. Para confirmación de este aserto basta con aludir al caso Haya de la Torre, elevado al conocimiento de la Corte Internacional de Justicia, cuyos fallos son harto conocidos; y que, finalmente, fué resuelto a satisfacción.

El Derecho de Asilo Diplomático ha alcanzado en las naciones latinoamericanas un desarrollo admirable, pues ya se le discute hasta en forma jurisdiccional. Pareciera que la materia en estudio está llegando a su término, si se consulta la

minuciosa reglamentación que se le dió al derecho expresado en el convenio del año 1939. Pero ello, permítaseme la expresión, no es así, pues el investigador no ha satisfecho íntegramente las exigencias del pensamiento jurídico. Para demostrar lo anterior haré algunas consideraciones generales sobre esta proposición: *el derecho de asilo diplomático es una institución humanitaria*.

Empiezo por hacer notar que si el Asilo Diplomático es derecho, no es correcto considerarlo como institución humanitaria. Los conocimientos elementales de la ciencia jurídica indican que el derecho se manifiesta como un poder de exigencia fundado en una norma de conducta de observancia obligatoria; y si el Asilo Diplomático se aviene con el mecanismo jurídico, su esencia no puede ser otra que la de un derecho, y que al ser tal, estará lejos de cualquier consideración humanitaria, propia de la moral. Empero, aunque parezca extraño, los tratadistas de la materia califican el Asilo como un derecho y lo estiman fundamentado en los sentimientos humanitarios. Hay en este razonamiento una aparente contradicción. ¿A qué se debe? Una rápida ojeada del asunto nos pondrá de manifiesto la causa por la cual los autores se expresan en esa forma. La razón es sencilla: ocurre que el titular del Derecho de Asilo Diplomático, en el grado de evolución actual, no es el perseguido o delincuente político, sino el Estado que le da protección a éste. En efecto, es potestativo para el agente diplomático conceder albergue a quien lo solicite, y únicamente los sentimientos humanitarios pueden moverle a brindar asilo. El perseguido o delincuente político no tiene base jurídica para exigir amparo. En cambio, el Estado que se ha decidido a otorgar asilo, exige al Estado territorial que se respete su pretensión, invocando, según el caso, la cortesía internacional, la costumbre o las convenciones vigentes al respecto. La prestación de asilo del Estado que alberga a un delincuente político, pues, sólo tiene por base y estímulo los sentimientos humanitarios; y en la concepción jurídica dominante, aquella prestación es esencialmente potestativa.

El fondo sentimental del Asilo Diplomático es tan evidente, que se ha dado el caso de Estados que, a pesar de no participar de la opinión de ofrecer asilo, han protegido, sin embargo, por humanidad, a delincuentes políticos. Para ilustración de este punto de vista, es importante recordar el caso en que el Embajador inglés en Madrid, dió amparo a algunos adversarios del Duque de Sotomayor, a raíz de los acontecimientos de la insurrección española de 26 de Marzo de 1848. El expresado Duque protestó ante el Gobierno inglés por el asilo aludido y en esta ocasión, al reprocharle su actitud, Lord Palmerston declaró que su Gobierno estaba enteramente dispuesto a reconocer que la práctica del asilo concedido en las moradas de los Ministros extranjeros a los culpables de delitos políticos, era inadmisibles. Pero añadió —y esto es lo interesante en esta circunstancia— que mientras aquella "práctica continúe existiendo, un Ministro extranjero no podrá negarse a proceder de acuerdo con ella sin descrédito para sí mismo y para su Gobierno".

Igualmente es oportuno traer a memoria, sobre este particular, lo manifestado por el señor Drouyn de Lhuys, Ministro de Relaciones Exteriores de Napoleón III, al aprobar el asilo que había sido otorgado en Lima, en Noviembre de 1865, por el señor Vion, Cónsul encargado interinamente de la Legación de Francia, como ya se ha explicado en párrafo anterior. En tal ocasión, aquel personaje declaró que "el Derecho de Asilo está demasiado conforme con los sentimientos de humanidad, para que Francia consintiera en abdicarlo".

La concesión del asilo por parte de los agentes diplomáticos, como queda dicho, es potestativa, y solamente los sentimientos humanitarios pueden impulsarles a dar albergue a un desventurado perseguido político. Por esta particularidad, al prenotado derecho se le califica de institución humanitaria.

El Asilo Diplomático no es, pues, un derecho subjetivo de la persona que se beneficia con él. Su concesión queda a la prudencia y voluntad del agente diplomático. Esta característica del asilo comentado ha sido consagrada en todos los tratados y convenciones que se han celebrado últimamente sobre la materia. Un ligero examen demostrará esta afirmación, pues a partir de la Sexta Conferencia Panamericana, el Asilo Diplomático ha experimentado mengua en cuanto a la forma en que ha sido reconocido por los Estados. De la fase imperativa que tuvo en el Congreso Sudamericano de 1888/89 y en el Proyecto de Convención N^o 10 de la Comisión de Jurisconsultos de 1927, reunida en Río de Janeiro, ha retrocedido al orden facultativo. En el párrafo 2^o del Art. 2^o de la Convención de Asilo de La Habana, se prescribe lo siguiente: "El Asilo no podrá ser *concedido* sino en casos de urgencia y por el tiempo estrictamente indispensable para que el asilado se ponga de otra manera en seguridad".

La palabra *concedido*, usada en la disposición transcrita, denota el tratamiento potestativo que se otorga al derecho en estudio.

Posteriormente, en la Conferencia Panamericana de 1933, que tuvo asiento en Montevideo, el Art. 1^o de la Convención sobre Asilo, a *contrario sensu*, se declara que *es lícito dar* amparo diplomático a los delincuentes políticos. Esta forma de reconocer el asilo es discrecional para los Estados interesados. Pero las cosas llegaron a su punto máximo en el "Tratado Sobre Asilo y Refugio Políticos", que se suscribió en Montevideo en el año 1939. Su Art. 1^o comienza así: "El Asilo puede *concederse*...". En esta prescripción, tomada del Proyecto de Convención sobre Asilo, del Gobierno argentino, publicado en 1937, con toda claridad se le señala al Asilo Diplomático, el carácter de prestación esencialmente voluntaria.

Es imprescindible recordar, en esta ocasión, que el Proyecto de la delegación uruguaya decía: "El Asilo se concederá, etc.", en lugar de "El Asilo puede concederse, etc.", estableciendo una obligación ineludible para el Jefe de Misión; y que ante las explicaciones que fueron dadas durante la discusión, dicha delegación manifestó que estaba de acuerdo con la tesis argentina, siendo la disposición aludida aprobada por unanimidad. Esto ocurría en el seno de la Comisión de Derecho Penal Internacional. En la siguiente sesión de esta Comisión, la delegación uruguaya pidió que se modificara el artículo expresado, diciendo "que pedía la reconsideración de la parte del Art. 1^o, que transformaba lo que hasta entonces se había considerado como una obligación de los Estados signatarios, en una simple facultad". Agregó: "que no se concebía siquiera que pudiera existir una convención, en virtud de la cual las partes quedarán en libertad de hacer o no hacer aquello mismo que constituía el objeto del concierto. El Asilo en la forma adoptada es la simple proclamación o enunciación de un principio".

El punto de vista de la delegación uruguaya fué adversado por los representantes de los otros Estados. El delegado del Perú expresó: "que disienta con la opinión del señor delegado por el Uruguay. El Asilo debe ser una facultad, pues no se puede imponer a un Jefe de Misión que lo conceda en todos los casos". El representante de Bolivia manifestó entender "que el Asilo siempre era facultativo, porque el Estado que lo acuerda es el que tiene en cuenta las normas para concederlo". El delegado de Chile expresó "estar de acuerdo en que el Asilo es una facultad ya que, a su juicio, no se pueden establecer normas rígidas que creen obligaciones tan serias aun contra la voluntad de los Estados". Puesto a votación nuevamente, el artículo se mantuvo tal como había sido aprobado, con el único voto contrario del Uruguay.

Esta tesis del Congreso Sudamericano de 1939 agitó la opinión de la prensa bonaerense, al grado que órganos periodísticos de gran importancia como "El

Mundo”, “Noticias Gráficas” y “Crítica” comentaron desfavorablemente la actitud de aquel Congreso.

* * *

Hechas las consideraciones anteriores, se presenta esta interrogante: ¿Es que el Asilo Diplomático siempre será una gracia humanitaria del Estado que lo presta? La contestación que fluye es negativa, porque dicho asilo está bajo el ritmo de un desarrollo progresivo, buscando una posición de equilibrio que le asegure su esencia y satisfaga los imperativos del conocimiento jurídico de la época.

En la actualidad, se puede afirmar que ha cambiado totalmente el criterio que prevalece sobre Asilo en general. Díganlo, no yo sino los artículos 14 y 27 de las Declaraciones de Derecho del Hombre, la de las Naciones Unidas y la de los Estados Americanos de 1948, respectivamente, en las cuales el Asilo Externo ha sido instituido como *un derecho esencial humano*. Este asilo ha vencido la etapa crítica y se ha incorporado al patrimonio individual con tanta firmeza como el derecho a la vida o a la libertad. Ya nadie discute esta posición tomada por esta clase de asilo; la conciencia jurídica occidental, bajo el signo de las fuerzas democráticas, la ha consagrado.

Mas ¿por qué será que ese tratamiento se ha circunscrito al Asilo Territorial? ¿Habrá motivo que habilite este distinguo con relación al Asilo Diplomático? Para satisfacer los requerimientos de la investigación se precisa hacer algunas consideraciones.

Se dirá tal vez que el Asilo Externo no entorpece la Administración de Justicia local, al contrario de lo que ocurre con el Asilo Diplomático. Este argumento lo estimo pueril, porque tanto en uno como en otro caso, el juzgador del delincuente político, al no estar en contacto con éste, pierde una posible confesión, o por lo menos algunos datos que puedan verter luz en el esclarecimiento de los hechos. Esto sin contar, que en ambos casos se impide el ejercicio de la jurisdicción represiva, pues la sentencia que se pronuncie en el proceso, al ser confirmativa de responsabilidad, quedaría frustrada en cierto modo, en atención a que la condena no se cumple.

Ahondando más el análisis, quizá se piense en esta razón: el Asilo Territorial es una consecuencia del ejercicio pleno de la soberanía del Estado que dispensa el refugio; en cambio, en el caso del Asilo Diplomático, o más propiamente Asilo Interno para comprender el albergue en buques de guerra, campamentos y aeronaves militares, dicha forma de amparo implica una limitación embarazosa para el Estado que demanda la entrega del delincuente político.

Este argumento tampoco es aceptable, porque en toda situación de asilo, sea que se niegue la extradición, sea que se sustraiga del territorio al fugitivo político, el Estado asilante impone, por la fuerza del derecho, una limitación en la potestad política del Estado territorial.

Al término de cualquier análisis sereno se verá que tanto un asilo como otro, se identifican en sus efectos. No hay entre ellos más que una diferencia de forma, pudiendo aseverarse que ambos son distintas fases de un mismo fenómeno. Es más: sostener esa diferencia de forma que está en boga equivale a aferrarse en un error, y hasta a dar base a un ridículo. Esto es así, porque no es posible aceptar que el asilo antes de que el delincuente gane la frontera del Estado ofendido, sea una institución humanitaria, y que, después, ya cuando aquél está en tierra extranjera, como por arte de magia, el mismo asilo cambie su naturaleza transformándose en un derecho humano de valor universal. El límite del territorio de un Estado es una línea inocente que carece del don de hacer milagros.

La verdad sobre este tratamiento distinto y de inferioridad que se ha dado al Asilo Diplomático (mejor, Asilo Interno) con relación al Asilo Territorial, se debe a la reserva que impone la realidad histórica, que se ha permitido el lujo de presentarnos cuadros salvajes en que, por el furor de las pasiones políticas, muchos gobiernos inescrupulosos han allanado embajadas y legaciones, para extraer a los perseguidos políticos y, por consiguiente, provocado incidentes graves que han perturbado la buena armonía en las relaciones internacionales.

El Derecho de Asilo Diplomático, por la generosa actitud de las naciones latinoamericanas, ha avanzado mucho. Pero, preciso es reconocerlo, en consideración a las nuevas directrices que el conocimiento jurídico ha trazado sobre la materia, ya se hace indispensable provocar una corriente de opinión que conduzca a una revisión profunda del derecho mencionado, y le coloque en el sitio que le corresponde en la escala de los valores humanos. Esta revisión no puede consistir en otra cosa que en declarar que el Derecho de Asilo Diplomático, o mejor quizá, Derecho de Asilo Interno, es un *derecho esencial del hombre americano*, igual que el Derecho de Asilo Político, y que los Jefes de Misión o los Comandantes militares están en la *obligación ineludible* de concederlo y garantizarlo. Y digo derecho americano no por un sentimiento de egoísmo continental, sino porque las naciones libres de esta tierra de Colón, salvo los Estados Unidos de América, son las únicas en el planeta que, a pesar de las opiniones adversas de los tratadistas, siempre han endilgado sus esfuerzos en pro de la sagrada institución del Asilo Diplomático.

El único inconveniente que se pudiera presentar para hacer una declaración interamericana de esa índole, sería el punto de vista de los Estados Unidos de América. Sin embargo, si se piensa en que la hermana nación del Norte, no obstante la opinión de su Procurador General de 1794, en muchas ocasiones ha prestado Asilo Diplomático; en que las razones que le han llevado a negar aquel asilo ya son anticuadas en referencia a las nuevas ideas sobre tal institución, consignadas en la Declaración de los Derechos del Hombre, de las Naciones Unidas y de los Estados Americanos de 1948; y en que los norteamericanos tienen un respeto casi religioso por los derechos individuales, no hay duda que en esta nueva concepción jurídica del Asilo Interno, los Estados Unidos de América darán su apoyo al bloque de las hermanas naciones latinoamericanas, como una confirmación a sus principios democráticos y como un homenaje a la solidaridad continental.

Concebido así el Derecho de Asilo Diplomático, se pondrá fin a la suspicacia de los Gobiernos comprometidos en cuestiones de asilo, y el infeliz rebelde vencido, muchas veces alzado en ejercicio del derecho de insurrección, que naciones como El Salvador lo establecen en su Carta Magna, al ser objeto de una acechanza política cuyas consecuencias son imprevisibles, tendrá en su patrimonio un poder jurídico indiscutible que le pondrá a salvo la vida, y que podrá ejercer en cualquier lugar protegido por el cielo de América.

Si esta fascinante aspiración pudiera concretar en una hermosa realidad, se fortificaría la fe en el porvenir espiritual de este Continente donde caben todos los hombres y todas las esperanzas, y se contribuiría a ennoblecer la historia de la humanidad.

Dos Leyendas Indígenas Centroamericanas

Por SALVADORA TIGERINO RIZO

Hay una ingenuidad sencilla que encanta, en las historias que corren de boca en boca entre los campesinos. Y no carecen de poesía esas expresiones autóctonas que retratan el alma sin complicaciones del indio que está apegado a su suelo, a sus montañas, a sus afectos y a sus creencias. Forma todo ello el tesoro, el acervo espiritual de una raza absorbida en apariencia por el afán de dominio del *ladino*, pero no domada aún en el campo de sus sueños elementales.

Es así como el *fólklore* centroamericano presenta leyendas sugestivas. Una de ellas es la de "la Arbolaria", creencia que ha arraigado en las fibras medulares del alma de los indios que viven en las montañas septentrionales de Nicaragua.

El cortador de café, el machetero, el vaquero, el pequeño comerciante, todos ellos creen la vieja leyenda que se ha transmitido como una herencia espiritual, más apreciada aún que los soplos civilizadores que inintencionadamente llegan de las ciudades vecinas.

Leyenda plagada de inexactitudes históricas y geográficas, presenta el encanto de su sabor esencialmente vernáculo. Cada diez años, en la fecha de la muerte de Montezuma, según los indios "emperador de España", todos los brujos de las montañas se reúnen en la cima del Monte de Castilla, "adelante de México", para celebrar un grande y malévoló conciliábulo, presidido por Satanás. En esta reunión se planean grandes venganzas contra el patrón inicuo, el

blanco opresor, el indio que se vuelve aliado de los enemigos de los demás indios; también se preparan sortilegios para que la peste acabe con los ganados; para que el rayo destruya los ranchos, y las fuerzas todas del infierno aniquilen a los indios y ladinos que se han atrevido a negar la influencia de los genios de la montaña: el Cadejo, la Cegua, la Mocuana de Sébaco, la Reina de la Noche, los duendes, el Tigre Zumo y los brujos.

El indio temeroso sabe que él nada puede hacer para defenderse contra esas fuerzas que están centralizadas en los brujos y hechiceros. No obstante, ha habido quien se arriesgue a capturar y aun a matar a la *Arbolaria*.

Es la *Arbolaria* una gran ave negra que vuela sobre los picos de las enhiestas montañas, desciende a los valles, se posa en los techos de los ranchos y hace el oficio de mensajero y de vehículo para transportar a brujos y hechiceros, en espíritu, desde sus agrestes viviendas hasta el Monte de Castilla, "adelante de México", donde se reúne el cónelave infernal presidido por Satanás, el Malo.

Y cuentan los campesinos que ya ha habido indios valientes que han osado detener a la *Arbolaria* en sus viajes hacia el Monte de Castilla, valiéndose de un medio seguro, aunque peligroso: Colocan una mesa en un sitio plano de la montaña y sobre ella clavan un puñal que tenga mango en cruz. Debajo de la mesa se esconde el indio, provisto de un som-

brero de palma de anchas alas, sostenido con la mano izquierda; y de un buen garrote que porta en su derecha. Estos preparativos se hacen al acercarse la medianoche del día en que murió Montezuma, "Emperador de España".

La *Arbolaria*, espíritu infernal y genio malévolo de la montaña, pasa volando pesadamente por las elevadísimas regiones de las nubes; pero desde la altura, su ojo penetrante rasga los espacios y divisa la cruz. Cargada como va con los espíritus de los brujos y hechiceros que cabalgan sobre las alas del raro vehículo, no puede evitar el descender a rendir su homenaje a la Santa Cruz, representada por el puñal. Y así, descendiendo a cumplir con un deber que le es odioso, pero del que no puede prescindir, ya que Dios le ha permitido practicar toda clase de maldades, pero sin irrespeter a la Santa Cruz. La *Arbolaria* se posa sobre la mesa, y en aquel momento el indio sale súbitamente de su escondite, cubre a la *Arbolaria* con el enorme sombrero, y luego la muele a palos.

Esa noche, a pesar de ser el aniversario de la muerte de Montezuma, Satanás se fastidiará en lo alto del Monte de Castilla, esperando la llegada de las delegaciones de hechiceros. Y no le quedará más remedio que esperar hasta dentro de diez años, cuando una nueva *Arbolaria* vaya a las montañas para recoger a los brujos y conducirlos al próximo gran *mitin*.

Debido a la audacia del indio del sombrero, el Príncipe de las Tinie-

blas se consolará por esta vez con la llegada de unos cuantos huéspedes más a los dominios de la perpetua sombra: los desventurados brujos que perdieron sus almas debajo del sombrero y al peso de garrotazo limpio.

* * *

Hay otra leyenda fantástica que corre de boca en boca entre los nativos de algunas de las regiones de la costa atlántica de Centro América.

Un comerciante viajaba por las espesas selvas que pueblan los *zumos*. Era un hombre blanco y bien armado, como es de suponerse, ya que esas travesías son harto peligrosas. Además de los artículos destinados a la venta, llevaba su buena escopeta y un afilado puñal. En el pequeño atado en que iba su ropa, el viajero portaba algo que a simple vista no hubiera parecido nada extraño: un mosquitero: ¡Hay tantos mosquitos e insectos en la selva! Pero si alguien hubiera preguntado al comerciante con qué fin se había provisto de aquel mosquitero, la contestación hubiera sorprendido a cualquiera. El hombre llevaba aquel mosquitero para defenderse contra los malos espíritus.

Naturalmente que él, hombre blanco al fin, no estaba muy seguro de las virtudes de la leve red de punto blanco. Pero... era mejor ser precavido.

Aquella noche la oscuridad sorprendió al comerciante un poco lejos de la próxima aldea zuma. Y tomó

la determinación de dormir en la montaña. Clavó cuatro estacas en el suelo, formando un rectángulo; ató a ellas las cuatro esquinas del mosquitero; se acostó en el suelo, protegido por la red de punto y dejó a su lado la escopeta y el puñal. Hasta entonces, nunca había sido atacado por ningún espíritu. Pero, lo cierto es que él no se hubiera sentido tan seguro como ahora, si no hubiera tenido la precaución de llevar aquel mosquitero.

El hombre se durmió. Había caminado mucho y el cansancio lo agobiaba.

Ya muy avanzada la noche, grandes ruidos estremecieron la selva. El viajero despertó sobresaltado. A pocos metros de él, brillaban dos ojos terribles. ¿Qué fiera podría ser?

El blanco había vivido tanto tiempo entre los indios del litoral, sabía sus embrujos y sus prácticas, y en cierto modo se había identificado con ellos. Era apenas un poquito menos supersticioso que aquellos hombres de la selva. Así fué como en su mente, dijo:

—¡El Tigre Zumo!

Si una persona entendida en Zoología hubiera tenido oportunidad de examinar de cerca a la fiera, no habría vacilado en clasificarla como una especie degenerada de la Panteira Negra, por cierto muy escasa en las regiones bañadas por el Mar Caribe. Pero para el blanco de nuestra historia, que muchas veces se había preguntado si sería cierta la existencia de aquel fantástico animal, no quedaba ya ninguna duda. ¡Era el

Tigre Zumo! ¡El espíritu de un indio que había dejado su cuerpo allá, en la aldea, para tomar la forma del Tigre Zumo, y matar, matar sin piedad en la selva, saciando de ese modo sus ansias homicidas!

Instintivamente el hombre buscó sus armas. Pero una racha de viento, horas antes, había hecho levantarse el mosquitero, y las armas habían quedado del lado de afuera. El hombre racionalizó: —Y después de todo ¿qué pueden mis armas contra este animal brujo? Sería más listo que yo, y sólo por un golpe de buena suerte podría acertarle un balazo o una puñalada.

El tigre había abandonado su primera inmovilidad. Ahora daba vueltas y más vueltas alrededor del mosquitero. Pero no se atrevía al ataque, porque los mosquiteros es a lo único que temen los Tigres Zumos. Mientras el blanco estuviera protegido por aquella delicada red de punto, el tigre sería incapaz de atacarlo.

El blanco, a pesar de su terror supersticioso, empezó a idear algo. ¿Qué podía hacer para alejar o matar a la bestia bruja? No se atrevía a sacar el brazo fuera del mosquitero para alcanzar las armas, porque ello hubiera significado dejar parte de su cuerpo fuera de la protección del mosquitero. Los instantes se prolongaban. El Tigre Zumo daba vueltas y más vueltas alrededor del hombre.

Después de considerar el pro y el contra de varios posibles medios de defensa, el blanco se decidió. Con sumo cuidado sacó de la tierra una de las estacas puntiagudas con que estaba sostenido el mosquitero; desató del extremo superior las cintas con que horas antes había atado una de las cuatro esquinas, y sosteniendo en alto la parte del mosquitero que había quedado sin soporte, empuñó la estaca con la mano derecha. Luego rodó sobre su costado, en dirección a la fiera, y siempre envuelto en el mosquitero, y a través de éste, hundió la estaca en el costado de la bestia. Un rugido atronó la selva. El animal, herido de muerte, se arrastró en el húmedo suelo y se perdió en las tinieblas. Un reguero de sangre marcó su huida.

Faltaban pocas horas para que amaneciera. El blanco no pudo ya dormir un minuto más. Apenas las primeras luces de la mañana se dejaron ver, tomó sus armas, sus mercaderías y el mosquitero y se dirigió a la aldea zuma, con el propósito de vender sus baratijas entre los nativos.

Pero al sólo llegar a las primeras chozas, alguien le dijo:

—En mala hora viene usted con sus ventas. Todo el poblado está de duelo, porque anoche murió el Jefe. Alguien le atravesó el costado con una estaca, en pleno corazón de la montaña.

Dos Representativos de la Poesía Nueva en América

Por SALVADOR CAÑAS

I)—WERNER OVALLE LOPEZ

Durante mi última permanencia en la capital de la fraterna Guatemala, leí con emoción los versos de Werner Ovalle López, ya en las páginas de "El Imparcial", ya en las de "La Hora Dominical". Intenté conocerle personalmente, para charlar con él sobre cosas de perenne fragancia. El intento siempre se frustró por diversos motivos. Un día me llevó su primer volumen, "Tiempo Conquistado", en el cual ha recogido la cosecha de la inicial época de su inquietud poética. Se anuncia la publicación de "Canciones de la Primera Novia" y "Desde la Sangre" —madura labor del espíritu en la imponderable misa de la belleza.

Werner Ovalle López estudia medicina. Alguien pudiese pensar que esta circunstancia, al parecer contraria al ejercicio de crear poesía, lo perturbaría, amenguándole la sensibilidad y la facultad de expresarse elevadamente. Opino con ese hombre de ciencia y de limpia calidad humana, que es el Dr. Carlos Martínez Durán, al referirse a Ovalle López, en su dúplice aspecto de poeta y de estudiante de medicina. "Werner Ovalle López, artista por predestinación, no deberá nunca traicionar su destino. Ser poeta es una realidad y una posibilidad irrenunciables. Ovalle López avanza en sus estudios de Medicina. La Medicina acerca al misterio. La poesía es siempre fino y sutil puñal que desgarrar el misterio. Pero la Medicina tiene metas claras y terminantes, y la Ciencia en su afán de descubrir nos deja muchas veces realidades sin emoción, y verdades duras y frías. En la poesía, pues,

todo arte vive de su imperfección, se transfigura y carece de fin. Para el poeta, eternamente existe en la realidad y en el sueño, una hermosa esfinge, tentadora, incitante a nuevas aventuras". La opinión del ilustre amigo Dr. Martínez Durán y el caso del poeta Ovalle López, me recuerdan a otro espíritu de selección y de dolor abscondito, Joaquín Soto, portalira de la Honduras insospechada, quien se acercaba certero "a las metas claras y terminantes de la Medicina" y manejaba con maestría excelsa "el siempre fino y sutil puñal de la poesía que desgarrar el misterio". Joaquín Soto permanece inmutable en poemas de recóndito sentido humano y de profundo aliento universal. Porfirio Barba Jacob lo consagró después de la publicación de su libro "Al Resplandor de la Aurora".

Werner Ovalle López, exponente de la última promoción lírica guatemalteca, es una realidad a pesar de sus años tempranos. Para hacer tal afirmación me baso en la obra dispersa en periódicos y revistas de su país, no tanto en la recogida en "Tiempo Conquistado", aunque figuran en este libro algunos poemas de consistencia emotiva indiscutible. En la producción posterior, Ovalle López ha procurado adentrarse más en el misterio y en la vida y adentrarse en sí mismo, para resplandecer y crear, libre de influencias políticas y del verbalismo rutilante. Es notorio el fenómeno en los jóvenes iniciados en la angustia por expresarse, el conceder valor excesivo a la palabra en cuanto a musicalidad y plasticidad, descuidando, a las veces, el engarce justo, la sutil sugerencia y el fondo de lógica inmanente. Pero, "la juventud llena de música, promete una vejez llena de verdades". Es una ventaja para Ovalle López penetrar la realidad abrupta de la materia, que los estudios de medicina le permiten, como lo fué también para Joaquín Soto. En sus poemas de última elaboración se advierten, además de la fluente armonía y lograda factura métrica, la trascendente actitud del poeta ante las cosas, ante el hombre en su lucha trágica y ante su íntimo paisaje psicológico.

"Tiempo Conquistado" contiene versos de alada espiritualidad, no obstante su pertenencia a la época primera del poeta. "Canción de Vino a mi Madre", "Estatua Lírica de mi Padre", "Soneto y Elegía a Rafael Yela Günther", "Vida, Pasión y Muerte de Jesús Castillo", "Elegía Sonámbula", "Romance de las diez y seis Rosas" y otras poesías más. De "Estatua Lírica de mi Padre" estos originales versos por su fondo emocional:

*¿En qué volcán descalzo encontraré la arcilla
para esculpir su cuerpo de mar y panorama?*

*¿En qué miel de planeta las verticales rojas
para su sangre antigua de pino y de guitarra...?*

*¿En dónde abejas suaves y meridianos de uva
para su risa abierta de sol y de montaña?*

*¿En dónde los sencillos estambres de lucero
colgados en las noches polares de sus canas?*

*Aquí en el tallo dulce —maderas de poema—
para su pecho rudo y su franca palabra.*

*Aquí en la flor nocturna de mi voz desvestida
que suelta capricordios morenos por su estatua...*

*Y llegará su nombre de Universo silvestre
llenando la covola triunfal de la mañana,*

*a desflorar el humo violento de la noche
con mármol de su cuerpo de mar y panorama!*

Desde el primer momento me interesó la poesía de Werner Ovalle López por la novedad en la expresión lírica y por la rezumante esencia anímica. Sin desviarse hacia lo artificioso, hacia lo alambicado, en el afán de huir de la ramplonería y de la vulgaridad, labra sus versos con fervor benedictino, para lograr la revelación pura, desnuda del sentimiento poético, del conflicto lancinante o de la visión de mundos de belleza y amor inconmensurables. Cuán difícil habrá sido para Ovalle López situarse en el plano de la creación, despojándose de lo pasajero y banal, para ser el encendido cantor de su verdad de predestinado para el arte. Esa predilección por la forma desusada, de aristocráticos lineamientos y matices, evidencian en el admirado acaá guatemalteco, el tormento por superarse luminosamente. No es una simple voluptuosidad verbalista, como a otros jóvenes acomete, la que a Ovalle López inquieta, sino la convicción de que existe el imperativo de expresarse con originalidad y hondura. El empeño imaginífero, la sensibilidad cristalina, la concepción poética, lo singularizan y lo colocan preeminentemente a la par de los valores substanciales de América. Para el viejo cultor de las letras es razón de complacencia encontrar al revolucionario en poesía y arte, erguido en fundamentos estéticos precisos y en la sinceridad, porque significa la realización de la obra nueva, de la obra de pulso no escuchado. A Olga Martínez Torres y a Werner Ovalle López debo momentos de gracia por la vibración rara de sus espíritus.

Werner Ovalle López, aunque haya escrito en la cima transfiguradora su "Vida, Pasión y Muerte de Jesús Castillo" y su "Soneto y Elegía a Rafael Yela Günther", de entrañable aliento lírico, su poema en cuatro estancias, titulado "Padrenuestro Maíz", lo destaca como a poeta que se cimenta e inspira en las cosas de la tierra sin restar soplo de universalidad a su producción. Guatemala es venero de belleza por su tradición fantástica y por su paisaje de colores y tonalidades impresentidos. Sus pintores y poetas, antiguos y modernos, la han peren-

nizado en el lienzo magistral y en el verso de resonancia perfecta. Del poema de Ovalle López, "Padrenuestro Maíz", transcribo la Estancia Final:

*Substancia del Maiz, substancia aérea,
milagro de azadón y chirimía,
suceso de sudor y piel morena,
gota de sol, compacta clorofila,
substancia de Maíz, substancia aérea,
grano de amor, abeja conmovida!*

*El hombre que trabaja y el que ríe,
y el que busca en el agua la ternura,
y el que besa la tierra con los dedos,
y el que acaba su sangre en la cosecha,
y el que consume libros y ciudades,
veneran al Maíz, pan de la sangre!
El hombre que se asoma a la esperanza
tiene color de milpa en sus pupilas.*

*Padre nuestro, Maiz, agua maciza,
alimento del son, uva del indio,
grano de sol, vestido de las venas.*

Padre Maíz, varón de las estrellas!

A Miguel Angel Asturias y a Carlos Mérida, oficiantes del paisaje, de la leyenda y la tradición guatemaltecos, les ha nacido un hermano en la unánime ternura por la tierra adorable: Werner Ovalle López. La promisoriosa ofrenda es hoy signo de la nueva sensibilidad de Guatemala y de América. Confirmarán este juicio la publicación de sus dos libros inéditos. Se entrega a la poesía exento de retoricismos y de plañideras o bravuconas posturas sin trascendencia. Pero siente y expresa el dolor de los humildes, "los santos del mundo cotidiano", según los califica Wyld Ospina. Ovalle López "tiene derecho de seguir escribiendo versos".

II) —ILDEGAR PEREZ SEGNINI

Alberto Ordóñez Argüello me lo presentó una noche en el Ateneo García Lorca, en la capital de Guatemala. Días después me hizo el regalo de su libro: "Dimensión de los Sueños". Contiene el canto inspirado por la patria lejana y el que encendió el amor de la novia adorable. El primero expresa la queja de la entraña dolida o el grito del hombre en combate abierto; el segundo es la fragante reminiscencia de la mujer deificada a fuerza de amarla en la soledad amiga.

Canta al abuelo —raíz de familia de próceres empeños— quien le enseñó, desde los años frescos, a sacrificarse por los principios e ideales, como todo hombre de sangre ardorosa lo hace. El abuelo llegó a Venezuela, no a enredarse en negocios que lo convirtieran en potentado, sino a trabajar en buena ley y a identificarse con la tierra pródiga. Fué ejemplo para los retoños que mañana desarrollarían plenos de espíritu para bien de la comunidad y de sí mismos. "El viejo roble murió", pero sobrevive como aliento de las acciones nobles que aquéllos cumplen por consigna inexorable.

Pero, a quién me refiero? A un poeta venezolano, hoy lejos de la patria y radicado temporalmente en tierra hermana como es la Guatemala del embrujo colorista y musical. Su nombre? Ildegar Pérez Segnini. Nombre para poeta, sin duda, porque se distancia de lo común. Supe en seguida de su lucha y dolor. Es poeta y hombre. O más bien afirmarí que el hombre de fibrosa textura en lo moral y cívico nutre y mantiene al poeta de la creación óptima. El insigne prologuista de su libro: "Dimensión de los Sueños", Andrés Eloy Blanco, lo define acertadamente: "Como hombre y como poeta tiene la calidad necesaria para realizarse: como hombre y como poeta, cumplirá en obra hermosa la promesa que encierran estos poemas que tienen inquietud, ternura, recodos de humorismo a ratos desenfadado, y en evidente continuidad, tono sincero y levantado corazón". "Difícil profesión la de ser un hombre" —dijo Martí. Este pensamiento debe repetirse cuantas veces sea preciso, porque en este tiempo de las mixtificaciones y trasiegos, se padece de la falta de varones que resplandezcan y guíen en el camino de la rehabilitación ética, democrática y libertaria. Esta es la causa por la cual Pérez Segnini, al cantar a la Patria de sus amores y quebrantos, no se desliza hacia el campo vulgar de la demagogia o de la fanfarria sonante —que tanto gusta a los poetas del aplauso barato. Cuando se es poeta y hombre, como él lo es y muchos otros que en esta América han surgido y surgen de vibración erguida por el límpido origen, cultivan la elegía de recóndita tristeza o cantan épicamente. Pérez Segnini "cumplirá la obra hermosa" que augura Andrés Eloy Blanco, porque conserva equilibrio y ponderación en lo poético, como anticipo a la madurez fecunda sin perder la fuerza de la pasión que es móvil para las realizaciones artísticas y para la acción colectiva de empuje eficaz. El amor de la Patria le hace exclamar así:

Patria!
Cómo olvidar tu alegría de ayer,
cuando el amanecer de tus primeros pasos
rompió el silencio de tus articulaciones.
Y cómo olvidar tu martirio de hoy,
cuando las cuencas de tus ojos
han olvidado el paso de las lágrimas
porque la sangre acecha en todos los cantinos!

Más allá producirá el poema de aliento perdurable en el tiempo y en la conciencia de los hombres que luchan por la libertad, la justicia y la democracia, en las latitudes donde han sido anuladas.

"Los hombres apasionados son sinceros" —afirma Keyserling. La más alta expresión lírica o épica la plasmará Pérez Segnini, cuanto más se apasione por las verdades de eterna presencia: la vida, la patria, la humanidad, el amor, el dolor.

II

El amor de la patria, el amor de la novia, el amor del abuelo, se conjugan en el corazón del poeta, pero guardando cada uno su propia virtualidad y substancia. El amor de la patria, grande por la tónica de los sueños y heroísmos de los hombres que la quieren libre y pródiga; el amor del abuelo, porque fué la primitiva fuente de donde emanaran las fuerzas de la supervivencia de los ideales elevados; el amor de la novia —sortilegio para el peregrino y para el combatiente— se adentra y purifica quizá por lo inasible.

En esta época de paradojas, de peligros para los principios que rigen las instituciones de linaje democrático, de preocupación por la cultura como fundamento para el avance ideológico, de trabajo pertinaz por mejorar las condiciones de existencia material, moral y social de los que menos poseen, es difícil hacer la tregua donde, a manera de remanso ilusionante, puedan los seres entregarse a los deliquios y a la endecha romántica. Pero, a pesar de todo ello, el amor continúa siendo "el eje diamantino" de la vida y de la obra de creación, ya en el arte, ya en la literatura, ya en la ciencia. Ha variado un tanto en sus aspectos conceptual y sentimental en razón de las nuevas realidades y en razón de la nueva psicología de los tiempos. Sin embargo, conserva el amor su fondo de eternidad en cuanto a emoción y sentido humano se refiere y concreta en el devenir de los siglos.

Pérez Segnini le canta a la novia que mañana será la compañera en la hora del ensueño y la aventura, como en la hora de la batalla o del desaliento. Compañera, por que se habrá sedimentado el amor, para ganar sustentación, claridad, ritmo de universal inquietud. Para el poeta amigo urge la fortaleza de la compañera por la pluralidad en el sentimiento y en la acción. Para el hombre de rebeldías y carácter, la compañera debe ser "almobada y espuela" como la sueña y quiere el revolucionario de verdad.

De su libro, estos versos:

*Este mirar la distancia
atrincherada en los riscos
donde se esconde la tarde.*

*Este sentir tu recuerdo
desgarrándose la piel
en las breñas de la angustia.*

*Este galope de ausencia
golpeando sus cascos verdes
sobre las calles del alma.*

*Este pensar que estás lejos
entre riscos de distancias
y cascos verdes de ausencia,*

*donde se esconde la tarde
cuando las breñas de angustia
abren calles sobre el alma.*

Síntesis:

El amor de la patria, el amor de la novia, el amor del abuelo, forman el contenido emocional del libro de Ildcgar Pérez Segnini. El amor de la Patria —su Venezuela ensoñada— lo alienta para la lucha y el sacrificio; el amor del abuelo es la energía sustantiva después de la muerte; el amor de la novia es el estímulo milagroso para la realización de la obra futura.

LOS CINCO MINUTOS DE MALLARME

Por ALFONSO REYES

Lu tombe aime tout de suite le silence.

S. M.

I

LA CITA

Varios escritores encontraron sobre su mesa una hoja escrita con los primores de la máquina Hammond: un anónimo literario. Decía así:

“El 14 de Octubre de 1923, los miembros de la “Société Mallarmé”, de París, se reunirán en Valvins, a unos dos kilómetros de Fontainebleau, donde murió el Maestro, para consagrarle un recuerdo.

“Se propone que hagamos en Madrid una conmemoración semejante. Sin discursos. Un acto —por decirlo

así— sin acto. Lo que a Mallarmé le hubiera agradado:

*Cinco minutos de silencio en
recuerdo de Mallarmé*

“Sitio y hora: el domingo, día 14, a las once en punto de la mañana, en la puerta del Botánico que da sobre la Feria de Libros.

“Se cuenta con usted. Allí encontrará usted a sus amigos.”

II

LA ESCENA Y LOS RUMORES

El primero en llegar fué José Ortega y Gasset. Lo vi cuando atra-

vesaba la calzada central. Lo llamé de lejos.

Era un día neutro, nublado y claro. Algo París-de-los-años-de-Ochenta... Sacudiendo el viento los ramajes de nubes, hizo caer escasas gotas. Luego, quedó el tiempo seguro; y había una frescura casi dulce.

Fueron llegando, uno a uno, Eugenio d'Ors, Enrique Díez-Canedo, José Moreno Villa. Y los más jóvenes: José María Chacón, Antonio Mari-chalar, José Bergamín, Mauricio Bacarisse.

El Botánico tenía una iluminación de vidrieras opacas, de taller fotográfico. Cada árbol, al paso, nos decía una palabra, como al estudioso Goethe en sus excursiones de naturalista: la palabra escrita en su etiqueta:

-- Almez.

--Alerce.

—Sófora Japónica.

—Pawlonia.

—Arce Sacarino.

Cada árbol, al paso, nos alargaba su tarjeta de visita.

Cada árbol, al paso, traía tejido en las ramas todo el ambiente de su paisaje propio: uno filtraba cielos griegos por entre su follaje claro; otro encuadraba un tenue horizonte japonés entre las antenas curvas de dos guías floridas; la torre del ciprés hendía —y lo cercaba— el aire de Fiésole.

“Azorín” no puede venir: asiste a un acto oficial.

—Es —dice alguien con una sonrisa, aludiendo al tradicional mutismo del escritor— que no puede guardar silencio tanto tiempo.

(Aseguran que, una tarde, “Azorín”, don Benito Pérez Galdós y Machaquito el torero se encontraron en un parque. Eran tres silenciosos. No chistaron. Y se despidieron al anochecer diciendo: “Buena tarde hemos pasado juntos”).

Y la travesura de las cosas quiere que hoy, precisamente, “Azorín” cumpla deberes de orador público en cierta asamblea.

Juan Ramón Jiménez tampoco vendrá, víctima de las dolencias del tiempo. “Estoy con ustedes” —nos ha dicho. Y estaba con Mallarmé seguramente, porque a esa misma hora corregía aquel poema que empieza:

*Después del resplandor violento,
venía un vacío frío...*

Y Ramón Gómez de la Serna tiene que asistir a un entierro.



—¡Qué competencia para Mallarmé! —comenta Ors.

Ramón ha descubierto que, hace años, en el Jardín Botánico había una colección de fieras. Y un día, al leer en una tarjetita: “Alamo salvaje”, cayó en la cuenta:

—Estos árboles —se dijo— son las metamorfosis de las fieras de antaño. Desconfiemos, sobre todo, de los llamados “falsos plátanos”.

Nos internamos. A una parte, nos sale un cementerio de flores, con sus tarjetitas lapidarias. A otra, un parlamento de tiestos, anfiteatro político donde se descubren la izquierda, la derecha, el centro y la presidencia de los debates. Hay unos asientos de troncos de árbol con respaldos: troncos para justicias rudas, última utilidad de los árboles muertos. Las arrugas de la raíz fingen piernas ocultas bajo unas togas.

Buscamos un refugio. Todos estamos descubiertos. Y empieza la meditación, en silencio, bajo la mirada

recelosa de un guarda distante. Enrique Díez-Canedo, hombre de noticias exactas, midió el tiempo.

Todo acabó perfectamente.

Bacarisse dijo entonces a Ors:

—En cuanto recibí la esquila, comprendí que era cosa de usted.

Ors se contenta con mirarme a mí, modesto inventor del homenaje, y después exclama:

—¡Qué alegría! Ha llegado la hora. Yo he asegurado que no tendríamos civilización en tanto que las obras, anónimas, no pudieran ser atribuidas indistintamente a cualquiera de nosotros.

—Sin embargo —observa Moreno Villa— la frase final de la esquila trae como enredada una firma invisible y cierta.

Y salimos por la Feria de Libros, llevándonos en la conciencia —como tu nenúfar blanco, Maestro— unos minutos de recogimiento robados a las fugaces horas.

III

EL SILENCIO

Sabréis lo que pasó por mí en ese breve rato.

Ese breve rato —diría Góngora—

a la ausencia mil veces ofrecido.

Procedamos a la introspección —corte transversal en el río de mi conciencia— con toda la sinceridad de un sujeto de laboratorio. Lo cierto es que no tuve grandes pensamientos, ni voy a inventarlos ahora. Varias

ideas, varias imágenes, bailaban confusamente a un tiempo, acaso en distintas profundidades de mi escenario mental:

1º Una sensación de contentamiento general, un vaho de fraternidad con mis compañeros, y la vaga sorpresa de que un homenaje tan cándido se pudiera llevar a cabo, sin ironía y sin doblez, en medio de este escepticismo. Una como gratitud.

2º El temor de que el guarda,

que nos miraba de lejos un poco asombrado, se decidiera a acercarse y a preguntar algo. Y la decisión —sin duda algo heroica— de salirle al encuentro al hombre, si daba un solo paso, para atajar su curiosidad, sacrificando mi silencio en aras del silencio de mis amigos.

3º Como resonancia del tema anterior, me andaba una idea boba por la conciencia: —¿Y qué hacer, si llueve, para salirle al paso a la lluvia, a medio cielo?

4º Por una asociación explicable, repetía yo interiormente aquel verso de Mallarmé:

Musicienne du silence.

Y me acordaba —sin querer— de unos versos míos:

*No vale un canto sonoro
el silencio que te oí.*

5º Me acordaba también de aquel libro de Mauclair, *L'art en silence*, que fué precisamente mi única documentación crítica sobre Mallarmé cuando, en Octubre de 1909, escribí cierto estudio publicado en cierto viejo libro mío.¹ Y aquí apareció el propósito —alternativamente acariciado y abandonado— de rehacer alguna vez tal estudio, escrito en la lengua imprecisa del adolescente.

6º Iba a decir que no hubo más, cuando me doy cuenta de lo mejor: allá, muy al fondo, en la parte liminar del alma, estuve viendo que se encendían y se apagaban, como luciérnagas, los ojillos vivos del poeta, iluminando aquella sonrisa cóncava, absorbente, que, en las noches de la Rue de Rome, atraía el alma de sus amigos y se quedaba para siempre con ella.

IV

APENDICE

Sobre *El Silencio* por Mallarmé, véase la Revista de Occidente, Madrid, Noviembre de 1923, donde cada uno de los que asistieron al acto relató su experiencia. En esa nota —donde por curioso error se atribuye la fecha 11 de Septiembre a lo que realmente sucedió el 14 de Octubre— aparecen, por su orden, unas líneas mías que son el esbozo de la presente crónica; la carta que me dirigió Juan Ramón Jiménez explicando su ausencia, y que no es la misma que más adelante se reproduce; unas líneas en que Ors reivindica su de-

recho a sólo pensar en palabras y sólo producir, en el silencio, no “pensamientos”, sino “larvas”, larvas aparecidas durante esos “cinco minutos” que a él se le antojaron una unidad, como el “sou” francés de a cinco céntimos; unas líneas en que Moreno Villa refleja, deliciosamente, su estado de dispersión mental entre los árboles y la “luz esmerilada” del día de otoño; unas líneas, casi fotográficas, de grupo, en que Díez-Canedo revela su preocupación cro-

1. *Questions esthétiques*, Paris, 1911: “*Sur le procédé intellectuel de Stéphane Mallarmé*”.

nométrica, y comparte conmigo el temor de que el guarda nos interrumpa, aunque sea para darnos los buenos días; unas líneas en que Bacarisse evoca su infancia en el Botánico, expresa su miedo de cortar el silencio aunque sea por un suspiro, y su pena por no haber escuchado el silencio, sino todos los rumores urbanos que de lejos lo circundaban; un verdadero “protocolo de psicología experimental” en que Ortega y Gasset, como de paso, le toma el pulso, en el sitio exacto, a Mallarmé (ocultación de las cosas y sublime fracaso), y hace curiosos rodeos en torno a mi nombre, mi persona, mi condición de americano que no teme ser ridículo al proponer esta ceremonia candorosa: “Probablemente sólo los pueblos jóvenes —Alfonso Reyes (mexicano) y Chacón (cubano)— piensan ahora en Mallarmé... Los demás... Sospecho que, como yo, piensan que están azorados”. Luego viene un párrafo de Chacón que descubre una obsesión común a todos: la presencia de los árboles (Díez-Canedo decía en sus líneas: “Los árboles callaban. Habían hecho, por su parte, al viento señal de que no les turbara el reposo”). Bergamín rectifica dentro de sí mismo la fórmula: “Mallarmé = Baudelaire + Poe”, y concluye que “se ha confundido a un Mallarmé teórico con el poeta que realmente era”, tan ininteligible como puede serlo la luz misma. Y Marichalar, finalmente, inventa una graciosa metáfora para transformar el grupo de amigos en un pelotón de caballos que arrancan sobre la pista a ver quién llega el primero a la me-

ta de los cinco minutos.

Eugenio d’Ors dedicó a la fiesta muda unas “glosas” publicadas en el A B C del 18 de Octubre de 1923.

En La Epoca del día siguiente, apareció un comentario de Edgar Neville, en que evocaba así algunas figuras presentes: “. . . la amable fillosofía de don José Ortega y Gasset; la docta y dilecta palabra de Ors; la infantilidad con gafas de José María Chacón; la sonrisa del mexicano Alfonso Reyes; el epigrama certero de Díez-Canedo; José Bergamín, el de las alas plegadas, y la figura moratiniana de Marichalar”.

Véanse también las tres hermosas cartas que me dirigió Juan Ramón Jiménez —31 de Octubre y 11 de Noviembre de 1923— recogidas bajo el título *Silencio y normalidad a Mallarmé*, en el cuaderno N^o 3 de sus obras, que por aquel tiempo publicaba en Madrid el librero León Sánchez Cuesta. Una de ellas se reproduce más adelante.

La *Revista de Revistas* —México, 2 de Diciembre de 1923— publica el grupo fotográfico de los amigos, donde sólo falta el fotógrafo, que era yo mismo.

En el *Mercure de France* —1^o de Febrero de 1924—, Jean Cassou hizo un comentario sabroso. Otro aparece en *Le Journal Littéraire*, París, 5 de Julio de 1924, y otro hizo Francis de Miomandre en algún diario francés, admirándose de que se hubiera podido lograr en España, y entre literatos, un silencio de cinco minutos.

En cuanto a Edouard Dujardin,

que recogió la crónica de todos los homenajes consagrados a Mallarmé en el vigésimoquinto aniversario de su muerte, cometió el imperdonable error de olvidar el homenaje madrileño, sin darse cuenta de que había sido, tal vez, el homenaje más acomodo-

ado al gusto del Maestro, y de que, como dice bien Cassou en su comentario, los documentos de la *Revista de Occidente* sobre los “cinco minutos de Mallarmé” son un testimonio psicológico y literario de carácter único.

(Tomado de MALLARME ENTRE NOSOTROS. Alfonso Reyes. Ediciones Tezontle, México, 1955).

SONETOS Y POEMAS INEDITOS

Por VICENTE ROSALES Y ROSALES

(Ilustraciones de Camilo Minero)

I

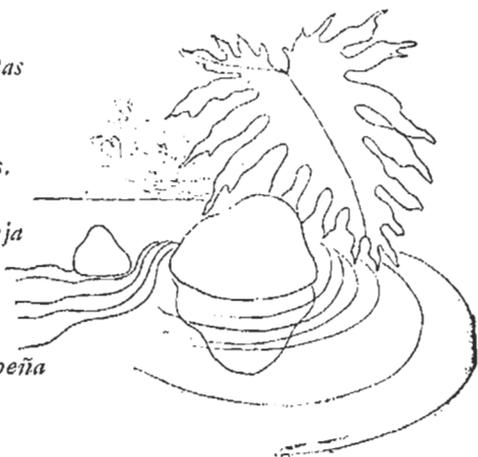
EL RIO

*En las márgenes gárrulas y quietas
del río en cuyos bordes me recreo,
el agua entre las piedras del paseo
va formando remansos y facetas.*

*Rompiéndose en puñados de saetas
del horizonte alcanza el aleteo
con el último intrépido gorgojo
que se oye del caudal entre las grietas.*

*En los rumores que en el curso deja
produce el lecho un musical acento
y el cauce hace del tul una madeja.*

*Sentado en la esmeralda de una peña
yo me mojo los pies y, oído atento,
sigo y repito la canción risueña.*



II

LA BRUMA

*Eros corre la cándida neblina
sobre la blanca sierra almidonada
que un rayo de verdor vuelve dorada
a través de la tierra matutina.*

*Bajo este derrotero de la fina
esmeralda del símbolo que borada
corre también del agua más soñada
una espiral sonora y cristalina.*

*Copo flotante de inasible bruma
que besa del cafeto la corola
y de la milpa en flor la dulce espuma.*

*Y del arroyo sobre el borde andino,
al discreto murmurio de las olas,
déjame contemplarte del camino.*

III

ADIOSES

*Bajo el pálido signo que ilumina
la noche sobre el mar brilla el arado,
trémulo como el agua en que se inclina
como un sueño de amor el cielo andado.*

*Esta estrella es aquella que fulmina
mi corazón, también la que a tu lado
se enciende sobre el polvo de la ruina;
esta otra es la del cielo del pasado.*

*No queda más del cielo que una gota
y una estrella por ver sobre la orilla
que determina al par la playa ignota.*

*La playa azul azul de mar y cielo
fugaz, en cuya sombra o pesadilla,
se agita en lontananza tu pañuelo.*



IV

SOÑARES

*Por donde el sol se acerca hasta la orilla
y quema tu timón sobre la arena
sale del fondo de la mar la quilla;
de las ondas el sol y la sirena.*

*La canción del que llega es muy sencilla;
se dice por ejemplo: "Esta es mi pena."
O bien: "Esta sirena que me humilla
no tiene corazón" y lo encadena.*

*Yo quisiera aprender junto a la espuma
la canción de partir mientras la nave
me invita a navegar entre la bruma.*

*Seguir del sol la luz bajo la aurora,
deshojar una flor, seguir un ave
y cantar la canción sobre la prora.*

V

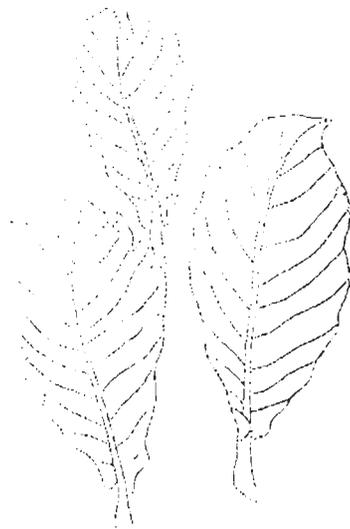
EL OLVIDO

*Después de largas horas bicolors
de hojas verdes y rojas combinadas,
se doblan en las calles asfaltadas
los almendros sin aves y sin flores.*

*Caen las hojas, ruedan encantadas
y en puñados los frutos tentadores,
hojas y frutos cuyos resplandores
dejan las ramas descorazonadas.*

*Arboles exteriores de los dueños
de casas que en las calles y avenidas
parecen tapizar cual dulces sueños.*

*En las horas de paz y de consuelo
las almas que perdieron sus partidas
pasan pidiendo compasión al cielo.*



VI

CRISALIDA



*La señora de lacre no se irrita
sino cuando la carta que le escribo
no lleva la post-data de la cita
o cuando ignora si por ella vivo.*

*En la cola que dora el mobiliario
los rosales en flor se abren por ella
en una llamarada del sudario
o la goma en el gusto de la estrella.*

*La señora de lacre me fascina
y al romper el cristal que la aprisiona
de encendida que está cambia persona,
crisálida perfecta de estearina.*

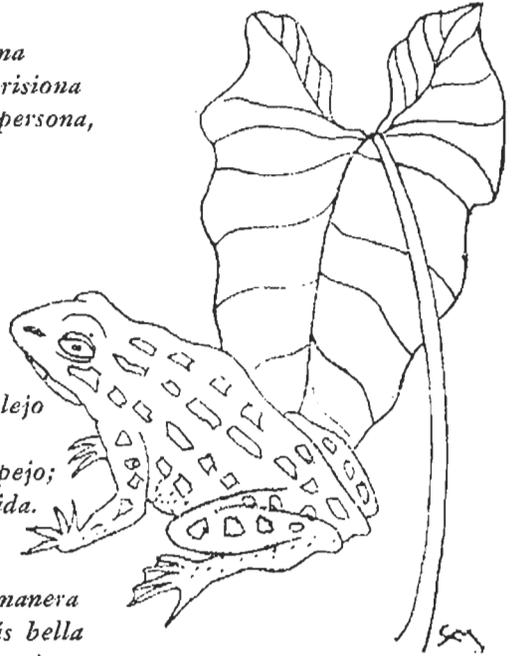
VII

MELODIA

*Una rana que canta por reflejo
de la ventana atisba la salida
de tu imagen después en el espejo;
es mejor no salir, sombra querida.*

*Déjala que se exprese a su manera
y se olvide de mí. Tú eres más bella
que lo que más se advierte en primavera
no en este invierno de eclipsada estrella.*

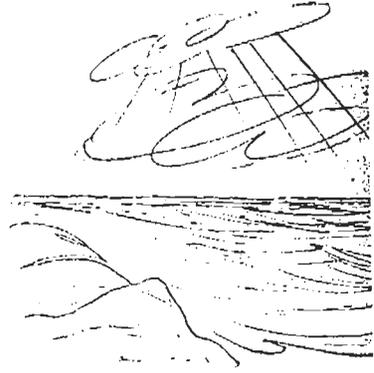
*¿La quieres para mí? No lo pretendas,
las ranas para mí son inocentes
y veleidosas para nuestras sendas;
dejémosla que siga entre sus dientes.*



VIII

MARINA

*Holla la playa el mar, la arena fluye
y corre redecillas sin sentido.
Cintas de plata y oro alargan velos
entre la espuma y del sonoro estuche
del océano los corales bullen.*



*Son dédalos de perla los espejos,
de esmeralda los círculos marinos
que dan al despertar roncos gemidos.
Pelicanos lustralés y cerúleos
tienden la red de su pausado vuelo
y aflojan la marea los moluscos.*

*Cabe el estero provagando se alza
un vuelo de palomas; se oye el dúo
de otras del ancho mar cuando en la ruta
rueda menuda escama. El sol se aleja,
se aleja la ilusión, se aleja un último
retumbo en alta mar. La noche llega.*

LAS ROSAS

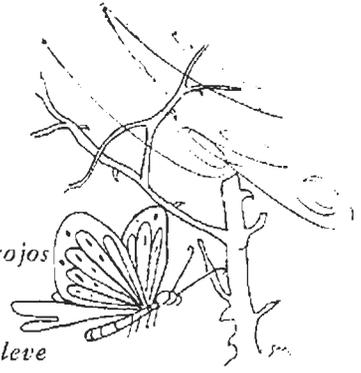


*Mientras se mueve el viento y me ilumina
la yerba florecida que fulgura
en botones abiertos y amarillos,
desbojo mis rosales con ternura,
los rosales secretos y sangrientos
que alfombran los silencios de mis huertos;
una vaga emoción me desafina
y un recuerdo tenaz me transfigura.*

*Insectos transitorios encendidos
por un rayo del cielo que me niega
pueblan el aire de dulzura lleno,
de pulsación preñado y de latidos
y vuela de las rosas de tu seno
olor a nupcias que tu amor me entrega.*

*Blancas rosas del tímido tesoro
que revelar no puede el pecho mío,
purpúreas rosas del jardín del oro,
rosas sin corazón del albedrío;
yo sé de una ilusión por estas flores
y de estas yerbas sé de tu rocío;
rosas sin más perfume que el que adoro,
rosas sin emoción de mi bobío.*

TEMPESTAD



*Está el jardín sin flores, los abrojos
añoran una sombra y de tus ojos
cosecho otra promesa. Un cambio leve
descompone el ambiente citadino,
el parque sin jardín es sueño breve
y el amor el momento matutino.*

*Parcuna vaguedad, las mariposas
de ausente flor se alejan y las cosas
se desposan sin voz; el cielo frío
se rompe en la aspereza de la greda
cuya suerte foreal rima el hastio
con un triste paréntesis de seda.*

*Soy yo que entre las sombras del pasado
siento resucitar junto a tu lado
y buscando una flor sueño tu aliento;
soy yo que del ayer en la reserva
vuelvo de lejos y de paso siento
que el amor es así como la hierba.*

Análisis Fenomenológico de la Instrucción

Por el Lic. MANUEL LUIS ESCAMILLA

1.—PRE-ESENCIA Y PRIMER SUCESO

El concepto de *instrucción* es el legado más viejo del camino educativo. Mucho tiempo antes de que se circunscribiera la naturaleza, estructura y esencia de este término, ya el hombre obraba dentro de presupuestos instructivos. En efecto, lo que León Robín (1) llama por ejemplo "época social" de la Humanidad, muy probablemente fué la primera sistemática de una instrucción caracterológica y moral. Para Robín, la filosofía nace como una reflexión ética, en el sentido de ser la primigenia preconcepción de conducta necesaria y eficiente para las relaciones del hombre dentro de su grupo. La normación de la vida relacional es el más importante problema filosófico que el hombre de las primeras culturas se plantea e intenta resolver; y es el problema fundamental, porque por su naturaleza, es la conducta y sus leyes el vehículo de toda relación por excelencia.

En problema tan importante como es la determinación de los caracteres del comportamiento, el sentido normativo de la mentalidad primitiva, que está envuelta por un clima típicamente empírico, se actualiza en una serie de máximas operantes cuya finalidad esencial reside en regir las relaciones sociales.

Para algunos críticos históricos la llamada época de los siete sabios, tan ingenuamente preconizada por algunos helenistas, no es más que esta búsqueda de normas que se dieron en forma de máximas de comportamiento, y que resultaron del pensamiento común, social, cooperativo, en el inicio de las primeras culturas. El "conócete a ti mismo" falsamente atribuido a Sócrates —y que ya estaba inscrito en el templo

(1) León Robín, *El Pensamiento Griego, Esp. Cul.*

de Delfos en la época socrática— es uno de los tantos principios de conducta creados en esa etapa de la historia de la cultura, llamada por Robín “época social”.

En cuanto a las obras antiguas de que ya podemos dar razón crítica, como el Código de Manú, por ejemplo, son todas ensayos normativos; legislaciones de carácter social; monumentos literarios de conducta, aun y cuando lleven muchísimos elementos de historia y tradición.

Puede asegurarse que los grandes libros con que la cultura humana se inicia, son obras poético-mitológico-normativas: Nos cuentan tales obras la historia y génesis de los Dioses y de los Mundos; pero también nos cuentan de la relación entre los hombres.

La *areté* griega por ejemplo es una norma intencional y generosa estatuida como ideal de hombre griego: Que Grecia sea amante de la tierra y que el griego sea su mejor amigo y cultivador, es la *areté* Hesiodica: que los griegos sean a la manera de Odiseo y Aquileo: prudentes, sabios, valerosos y sobre todo nobles, es la *areté* Homérica; que la esperanza anide en el corazón del Hebreo; que la esperanza haga describir al pueblo elegido la curva de peregrinación hacia una tierra privilegiada, la raza única que no tiene más regente que Dios mismo —Dios de los ejércitos precisamente— es la *areté* que Moisés señala a su salida de Egipto.

En toda obra de cultura primigenia hay pues elementos instructivos que llevan por fin poner al hombre en relación con los demás hombres; y la sabiduría, transmitida por tradición, sabiduría oral, fué la primera pauta instructiva de la humanidad, porque no existían otros vehículos más apropiados.

El que la filosofía haya nacido como una reflexión moral, como un simple y puro afán de saber, o como pensamiento crítico, no es tan interesante como la seguridad de que las primeras relaciones del hombre con el hombre debieron estar normadas por conceptos de carácter moral que permitían o que prohibían. La *instrucción* fué, pues, primero, *instrucción educativa*: el saber, era saber de comportamiento; saber de conducta; saber para la vida en su doble carácter de individual y social.

El concepto de *instrucción*, históricamente hablando, viene ligado a uno de los problemas de filosofía educativa más abstrusos y oscuros: La *instrucción* y el problema de los fines educativos que han de envolver la dirección del destino del hombre, vienen juntos. Antes de que la *instrucción* fuera sometida a sistemas de orden didáctico, ejerció un dominio espontáneo y pleno en la formación de los ideales de las épocas históricas, operando a la manera de camino para llegar o para acercarse a las mismas.

La humanidad ha jugado siempre dentro de un cúmulo de fines de la vida que sólo más tarde se han esclarecido en la mente de los intérpretes de la Historia. La humanidad describe su curva dentro de criterios más o menos estables algunas veces, pero obediente a la elasticidad del cambio. Lo causal de la historia humana podemos verlo con seguridad plena; más aún, podemos regir sobre lo causal histórico, o mejor, tendríamos capacidad de regencia si la Historia sólo fuera una fuente causal de la conducta y estar del hombre en el universo. Pero como ocurre que la Historia es también resultado de otros contenidos humanos que no pueden ser sometidos a medida —en el sentido de arrancar de los más libres poderes del hombre— por esa misma razón no nos será jamás posible el diagnóstico precoz del acontecimiento histórico por venir. La Historia es también teleológica; vale decir, la historia es también aspirativa: tiende a la consecución de bienes capaces de llevarla a una cierta estabilidad conceptual desde donde traza un sentido; y son precisamente estos ideales

cambiantes según épocas y según aspiraciones, los que al fin y al cabo han sido transmitidos por el proceso instruccional espontáneo. (11)

Para la transmisión de los valores históricos dirigentes en los grandes momentos culturales, no han existido pedagogos o educadores que prescriban una metódica específica y apropiada, sino que el pueblo mismo, el hombre mismo, la humanidad misma se los ha mostrado sola, se ha enseñado sola. La *instrucción* sin estructura didáctica, sin formalismos pedagógicos: la *instrucción* natural y espontánea ha sido la conductora de los bienes instituidos como normas supremas de los distintos momentos de la Historia. Grecia cumplió en el ejercicio de la vida misma un ideal unitario y beligerante, aun y cuando sus filósofos se entretuvieron por sistemas señalando una multiplicidad de fines.

El cristiano pone sus actitudes y vivencias dentro de la más plena de las esperanzas, muy a pesar de los tremendos mensajes pablinos por ejemplo, que si bien conmovían las regiones tánicas del alma, no por eso dejaban de estar sentados dentro de los más oscuros rincones de las fuerzas negativas del hombre. El caballero de Tarso habla muchísimo, por esta causa, de redención y fe. Su mensaje de esperanza es amargo y fuerte.

El Renacimiento nos da un tipo de hombre capaz de aspirar dentro de contenidos de vida cuya regencia está en la vida misma, como una preferencia o como un interés. El Renacimiento no quiere ser más una imagen de Dios, una criatura de Dios, sino una cosa natural y profundamente interesante en sí misma. Esto quieren el Renacimiento y el Humanismo como un ideal de vida, como un nuevo tipo de esperanza, a pesar del maremagnum de respuestas teleológicas que la época señala.

Un nuevo curriculum de esperanza, aspiración apuntada hacia los valores del yo y del pensamiento, hacia la dirección del "cogito" en la estructura y mecánica del universo y de la vida, es el clima crítico y típico con que se inicia la época moderna en el siglo diecisiete. Y asimismo lo han sido todas las etapas históricas: El hombre en el cumplimiento de su destino en la tierra, describe una línea de actitudes acorde con un tipo de ideal que nace de la vida común, del ejercicio cotidiano y que siempre está al margen de los ideales que para la humanidad señalan los filósofos.

Para ese ideal de plenitud de las épocas históricas; para esa persecución de maneras de esperanza, el proceso de transmisión o de contacto; el proceso que no ha significado un saber en el sentido de manejo de elementos de cultura, sino en el sentido de contacto simple y llano, en el sentido de entrar en la corriente histórica y sus preceptos, para ese ideal, repetimos, ha sido la *instrucción espontánea* la metódica natural que alcanzó tal propósito.

Por eso mismo hemos asegurado también que el primer contenido del concepto de instrucción ha estado estrechamente unido con la teleología del destino humano; que la instrucción histórica ha sido de carácter climatérico; o, lo que es lo mismo, que en lugar de ser ella en sí un proceso en cuanto a fin, ha sido puramente una atmósfera, un algo que ha constituido el ambiente que ha envuelto la época histórica.

Desde el punto de vista de génesis es muy posible que el primer señalamiento claro de tipo didáctico para la *instrucción* haya sido dado por San Clemente de Ale-

(11) A mí entender y por fuera de la revolución de Burhart al aplicar el método filosófico a la investigación histórica (Burhart inicia esta revolución con su *Historia del Renacimiento*), es Huizinga quien ha planteado en terreno más firme el concepto de la Historia. Para Huizinga la Historia es al final, una forma de vida espiritual mediante la cual una cultura se da cuenta de su pasado. Ahora bien, el papel de la educación ha sido siempre de exégesis y perennización de los contenidos raíces de todas las culturas. Justamente por eso es que el gran investigador alemán, Jaeger, penetra en la cultura griega al través del concepto de *formación de palabra*. El "dar cuentas" de Huizinga, parte pues del apoyo en el substrato formativo que hay en toda cultura. Sin este substrato no hay posibilidad del "dar cuentas".

jandría. En efecto, San Clemente escribe el "*Propréutico*" a fin de darse la oportunidad de establecer lo que debe ser un buen cristiano. Pero como a los cristianos primitivos de Alejandría les interesa mucho la conquista de los que no están dentro de sus creencias e ideales, San Clemente escribe "*El Pedagogo*" para señalar lo que debe ser un buen cristiano y cómo formarlo. Por cierto que los apuntamientos instructivos de San Clemente no son precisamente dulces y amables: la catarsis, la preparación para el martirio constituyen felices pautas prescritas para la educación. El cristiano alejandrino es ante todo un catecúmeno y por lo tanto un hombre que necesita métodos de conquista y simpatía; de allí que la obra de inspiración y decurso para el propagandista de la fe cristiana haya sido el primer libro que lleve ese carácter: *El Pedagogo*.

Los métodos de transmisión instruccional catársicos se mantienen durante toda la Patrística y la Escolástica. El método instructivo es el vehículo de acercamiento a la creencia y la fe, como contenidos esenciales de la personalidad y como camino descriptivo del destino humano. A partir de San Clemente muere la *instrucción espontánea* —que sólo queda operando en los fines superiores de la humanidad— y ahí se quedará *ad perpetuan* para nacer un tipo de instrucción pedagogizado. La instrucción se convierte en el camino de un cierto mínimo bien cultural y en el camino del forjamiento de una personalidad ad-hoc. Así permanece el concepto, con variantes pequeñas, hasta el apareamiento de Ratzke y Comenio.

2.—ESENCIA Y SUCESO FINAL

El apareamiento de la "Gran Teoría de la Enseñanza" o "Didáctica Magna" de Juan Amos Comenio, marca un derrotero totalmente nuevo en la estructura del concepto de instrucción. Hasta Ratzke y Comenio la instrucción fué una manera simple de transmitir los bienes culturales. Después de estos pedagogos, que son una consecuencia de los ideales de la época, la instrucción adquiere un mecanismo didáctico perfectamente claro y preciso.

Para poner en ejercicio y evidencia el ideal panséptico que bullía en el corazón y la mente de Comenio, este pedagogo de la Moravia escribe una serie de obras que llevan por fin incorporar a la niñez y juventud europeas al dominio de un idioma universal capaz de borrar las fronteras geográficas y psicológicas del hombre. *El Orbis Sensualium Pictus*, la *Ianua Linguarum Reserata*, el *Atrium*, el *Vestibulum*, etc., son obras escritas por Comenio bajo el principio de "res" y "verba". "Res" y "Verba" son los primeros mecanismos didácticos que amparan la enseñanza del Latín: "res" y "verba" son los primeros contenidos de la estructura instruccional, los cuales se convierten en la *Didáctica Magna* en acompañantes de los detallados y enciosos principios establecidos por la misma. La *Didáctica Magna* ofrece un principio general: partir de la naturaleza; imitar la naturaleza; principio expresado en las primeras páginas del *Novum Organum* de Francisco Bacon, con la bella frase "Natura non Vincitur Nisi parendo" (La naturaleza no se vence sino imitándola).

El concepto comeniano de *instrucción* está respaldado en un estudio minucioso de la naturaleza y sus leyes, y también en un estudio detallado de la manera de ser psicológica del hombre. A la *instrucción* llegan dos fuentes: el orden de la naturaleza y el decurso preferencial de la psicología. La *instrucción* es no sólo una mecánica del aprendizaje que parte de la cosa y su simplicidad, del fenómeno y del hecho, y que llega hasta el terreno de las abstracciones puras, sino que, además, es el camino de un fin elevado y supremo; de un fin que en Comenio es extraterritorial y extrahistórico, por cuanto se logra después de la vida.

El concepto de *instrucción* se enriquece fundamentalmente con el apareamiento

del edificio Pedagógico formal de Herbart. Es este pedagogo alemán el que señala dentro del contenido de la instrucción un elemento netamente psicológico, el "interés". Con Herbart la instrucción encuentra un camino que si bien circunscribe aun más su naturaleza y esencia, no por eso deja de salir con una mayor clara estructura.

Para Herbart el interés reside en la permanente satisfacción que se tiene de un objeto de conocimiento y en el agrado de ocuparse de tal objeto en forma continua y persistente.

De acuerdo con la psicología diferencial, las zonas sucesivas por las cuales el hombre atraviesa, llevan, entre otros caracteres, el impulso de volcar el espíritu humano sobre determinadas preferencias. Por esto los psicólogos modernos las clasifican en tablas a propósito para su mostración o diagnóstico. Herbart, cuando se ocupa de su gran teoría del interés, en lugar de ponerlo como contenido preferente del sujeto, lo coloca como una aspiración de conocimiento pleno. A Herbart lo guía el deseo de plenitud. Cuando este pedagogo de Koenisberg enfoca el mundo del conocimiento, la esfera de la cultura humana, desea que la multiplicidad interesante de tal mundo sea absorbida por el proceso instructivo del hombre. Así la instrucción está circunscrita a operar dentro de la multiplicidad del interés.

Muy por el contrario, los psicólogos y didactas actuales, quienes colocan la conducta preferencial o interesante en el sujeto y no en el mundo, piden que el proceso instructivo se escalone conforme los peldaños del interés van apareciendo en las etapas sucesivas. De ahí la razón del señalamiento tabulado de los intereses de acuerdo con las edades.

Los actuales didactas, especialmente Paulsen, Rein, Syfert, Barth, Itschner, Schmieder, etc., levantan los edificios de la organización de la materia didáctica a partir de las preferencias subjetivas regentes según las zonas de vida. Y así, cada uno de estos pedagogos, construye, en un enlazamiento acorde con los principios de su ciencia, el edificio didáctico de los conocimientos.

Es también importante la manera como el proceso instruccional es abarcado y absorbido en los llamados sistemas pedagógicos circulares. Kerschensteiner por ejemplo organiza el edificio didáctico dando por descontada una serie de intereses que se mueven alrededor de la preferencia motora. El interés motor ocupa un lugar central en el sistema de Kerschensteiner, y los intereses lúdicos, hedónicos, glósicos, etc., orbitan sobre el interés motor convirtiéndose en conductores del tipo de conocimiento que les es propio.

El doctor Decroly no usa el concepto de interés sino el concepto de *necesidad*. Decroly, en lugar de hablar de intereses, habla de *necesidades*. Cuatro son para él las fundamentales necesidades del hombre: alimentarse, defenderse de la intemperie, defenderse de los peligros y accidentes y la necesidad del trabajo y la recreación. No obstante, estos postulados decrolyanos son conceptualmente idénticos a los *intereses*. Y es alrededor, o mejor dicho apoyándose en estas cuatro necesidades, que el edificio didáctico de Decroly —llamado de ideas asociadas—, se levanta.

En el mismo sentido que las construcciones de Decroly y Kerschensteiner se organiza también la materia didáctica en el Plan de Jena, en el Proyecto, en el sistema de Unidades de Trabajo, etc. En todos los sistemas de círculos cerrados cambian a veces los términos con que se designa el interés, pero se conserva siempre su esencia y alcances.

De las ideas modernas establecidas por mentalidades como las de Kricck, Cohn, Münstemberg, Wagner, Bludde, Gaudig, Kessler, Radice, Marccas, etc., el concepto de *instrucción* ha sufrido la última contrastación para llegar a su verdadera esencia.

El concepto de *instrucción*, tal como ha salido de este tamiz último, ha quedado

circunscrito a cuatro características o finalidades: la finalidad biológica, la finalidad material, la finalidad formal y la finalidad educativa.

La finalidad biológica prescribe el campo de la naturaleza, de las cosas, de los fenómenos, o de los hechos, que sirve de arranque al proceso del aprendizaje. El fin biológico pone en beligerancia los intereses subjetivos de la personalidad, en este particular volcarse que tienen sobre los objetos de la naturaleza. De acuerdo con los fines biológicos, la *instrucción* se apoya en momentos preferenciales del sujeto, y en el objeto de conocimiento. Justamente es este el criterio que basa la concepción de un edificio didáctico con líneas concéntricas en lugar de graduales y ascendentes. Una programación por ejemplo, al respetar este principio instruccional, ya no puede ser el escalonamiento de complejidad creciente que los programas clásicos exhiben, sino el resultado de una serie interaccionada de preferencias o datos interesantes que se conjugan para operar dentro del edificio didáctico. (1)

El fin material quiere establecer un *mínimum* vigente de bienes culturales. Esta pauta ha sido el timbre que caracterizó el proceso instruccional en la época clásica. En efecto, la mayoría de los pedagogos clásicos entienden y comprenden bajo el concepto que nos ocupa, una posesión simple del conocimiento sin más ejercicio que el conocimiento en sí. Esto, naturalmente, no significa que semejante sentido carezca de interés. Muy por el contrario, cada uno de los fines que aquí se están explicando ocupan una posición determinante en la adquisición de los bienes de cultura y en la formación de la personalidad del hombre. De ahí que, aun y cuando haya sido el fin material una postura esencialmente clásica, su cultivo es indispensable.

La cultura, el conocimiento, son siempre coadyuvantes de una vida mejor. El hombre tiene el deber de ponerse en contacto con la tradición cultural para vivir acorde con su tiempo y para ser factor determinante del desenvolvimiento cada vez más elevado de la Humanidad. El fin material afirma la postura del hombre frente al conocimiento. Desde luego, ya la toma de la cultura ha dejado de ser fría y pasiva: muy por el contrario, el conocimiento se toma en función de las necesidades medievales del hombre, en función de sus intereses, inclinaciones y necesidades vitales. (2)

Hay sistemas como los derivados de la Pedagogía Fundamental de Cohn —me refiero a la práctica técnica realizada en algunos países americanos como en Venezuela por el Instituto Interamericano de Educación—, que ponen el conocimiento como una medida de las relaciones entre el hombre y su propia comunidad. Ellos hablan de comunidades vitales, en tanto que Cohn habla de comunidades históricas.

“Saber”, es siempre “saber” para un servicio: ya individual, ya social. El saber, por el saber en sí, carece de sentido dentro de la Pedagogía actual. Se “sabe” en función del mejoramiento propio, o en función del mejoramiento de la comunidad a la cual se pertenece. *Ahora la Pedagogía sólo tiene sentido como ciencia social.*

El edificio arquitectónico de las Ciencias, cuyos lineamientos son respetados por el pedagogo moderno, queda sometido, no obstante, al edificio arquitectónico de la Didáctica. El dominio de la ciencia se efectúa con vistas a un fin: el mejoramiento de la especie humana, la persecución de la felicidad. El fin material, pues, del proceso

(1) Parece ser que el término “biológico” con que se designa esta finalidad desvía el verdadero sentido esencialmente psíquico que encierra. En efecto, lo biológico es siempre un tipo de reacción orgánica; una inclinación teleológica de los organismos hacia la adquisición y toma de posesión de objetos íntimamente vinculados a su proceso vital. No obstante el señalamiento equivoco del término, o la frase, se quiere indicar con ella, el estado del alma en constante agitación y experiencia.

(2) Las escuelas llamadas activas ponen en el centro de su cuadro de bienes educativos, la vida humana. Los grandes valores o bienes de la mayor parte de nuestros sistemas contemporáneos son la libertad, la autonomía, la actividad y la vida. Estos mismos valores se encuentran conjugados en otros sistemas pedagógicos también contemporáneos —la “escuela experimental” y la “escuela cultural de los valores” —, tematizados como conceptos distintos. La vida, como tema básico para una teoría de la educación, significa dos cosas totalmente diferentes en Decroly y en Gaudig por ejemplo.

de la instrucción, no es simplemente un tomar el conocimiento, sino un tomar el conocimiento en función persecutoria del bienestar.

La *instrucción* tiene también un tercer carácter: su fin formal. La Didáctica moderna entiende por fin formal el desenvolvimiento de los valores de la personalidad y el equilibrio psicofísico del hombre. En el cuadro didáctico actual, instruir significa también propender al establecimiento del equilibrio entre las funciones del espíritu y las funciones orgánicas. Instruir, pues, no es sólo transmitir conocimientos atendiendo a los intereses de donde se arrancan y atendiendo al servicio de los mismos, sino que también significa el cultivo global de la personalidad individual y social.

Dos son las formas didácticas que hay para salvar el fin formal: la preparación de un clima educativo que permita el desenvolvimiento de los valores éticos de la personalidad y el tratamiento psicológico de las materias de conocimiento.

Los modernos sistemas pedagógicos de círculos cerrados que hoy abundan como respuestas didácticas derivadas de filosofías ad-hoc, construyen ese ambiente educativo centrando la conducta del que se educa sobre la autodeterminación o anarquía educativa. (1)

La libertad es el valor céntrico que permite el cultivo de otros valores que, como la responsabilidad, la probidad, la sociabilidad, etc., son pautas básicas de la personalidad humana. Todos los sistemas pedagógicos de hoy son sistemas liberales: el joven que se educa interviene activamente en el proceso de su propia formación. El joven vive los valores de su personalidad en desarrollo, guiado sabiamente por el educador que establece claramente los fines que persigue. A este respecto queremos hacer honor a las ideas de Gaudig, que es uno de los gigantes de la Pedagogía de la Personalidad. Su obra, *La Escuela al servicio de la Personalidad en Formación* debería ser un libro de cabecera del pedagogo moderno.

La niñez o la juventud comprenden con clara percepción esta pauta didáctica y se organizan fácilmente y con propiedad en el cultivo de sí mismos. Sobre todo el joven, el muchacho, el adolescente, quien está en la época específica de la formación definitiva de los valores del yo.

El tratamiento psicológico de las materias prescribe un desarrollo del conocimiento y lo pone al servicio del cultivo de las distintas funciones del espíritu. Se basa este desarrollo en la seguridad de que toda arquitectura científica ha sido construida con el predominio de alguna de las funciones del alma. Así la Matemática es un edificio esencialmente juicístico: la Ciencia Natural senso-perceptiva; la Historia esencialmente asociativa y los Trabajos Mecánicos puramente motores. Desde este punto de vista las ciencias se ponen al servicio del desarrollo de las funciones, porque el conocimiento se da en vista de la función mental que lleva en su estructura.

Las Ciencias Naturales no sólo se aprenden para saber Ciencias Naturales, sino también para cultivar el poder de senso-percepción del hombre; el poder de observación y discernimiento que actúan sobre el ambiente circundante del educando. De esta manera el aprendizaje de las ciencias biológicas no sólo es un saber las ciencias mismas, sino un buen pretexto para el cultivo de esas funciones de que venimos hablando.

La *instrucción*, pues, se sigue complicando, porque absorbe lo que antiguamente se llamó proceso puro de la educación.

Queremos indicar que la vieja antinomia Formación-Formación-Formación, se ha resuelto ahora al darle preeminencia al primero de sus elementos, con asistencia del segundo. El verdadero proceso de formación es de carácter instructivo, porque no queda otro remedio. Se educa con el proceso instructivo.

(1) Anarquía educativa, anarquía pedagógica y autogobierno, son conceptos que tomamos como sinónimos.

Por último está el fin educativo. También es de profundo interés, siempre y cuando pensemos sobre él con un sentido eminentemente social, que es su verdadero sentido.

El fin educativo de la instrucción sirve para poner al hombre en contacto y beligerancia frente a la sociedad y al universo en el cual se mueve.

En el cultivo de las Ciencias cada una de las mismas lleva en el fondo una serie de conceptos éticos. Toda ciencia lleva este timbre, porque es siempre —excepto las ciencias culturales— ciencia de la naturaleza. Las ciencias positivas nos obligan al contacto moral con la naturaleza. Las ciencias naturales nos obligan por ejemplo al respeto y cariño por la naturaleza. Las Ciencias Histórico-Sociales llevan un impulso hacia el amor nacional y universal, y en fin, la Matemática nos pone frente a valores éticos como la exactitud, la responsabilidad, etc.

El cultivo de las nociones éticas, que ya de por sí encierran las ciencias, es lo que se llama fin educativo.

La instrucción no sólo forma la personalidad mental y la adquisición de los bienes de cultura, sino que nos coloca dentro del mundo axiológico que nos está rodeando. No es pues una bagatela decir instrucción: es tocar el punto neurálgico de uno de los más hondos problemas de la pedagogía actual.

3.—INSTRUCCION Y PODER CREADOR

La *instrucción* así vista, como elemento formativo, como pauta educativa eficiente, es pues uno de los constitutivos de mayor valor técnico en una Pedagogía General. Los cuatro factores descritos para la anatomía de la *instrucción*, colocados como ejercicio y pauta a seguir en la educación, son las bases para la más rápida marcha dirigida en la formación de la individualidad y personalidad de los educandos.

En la adolescencia el papel que juega la realidad dentro de los espíritus jóvenes en formación es decisivo. De allí precisamente ha tomado la Didáctica contemporánea las formas técnicas para ayudar a los procesos de desenvolvimiento de la juventud. Porque el joven está en constante pugna con el mundo circundante es que se habla de un fin material de la *instrucción*. La juventud ve en el mundo que lo rodea un mundo primaria y primeramente moral; no ve el mundo material sólo, sino categorizado. Por eso mismo es que hay que ponerlo en contacto con ese mundo a fin de que devenga en un plano de confianza y lo alcance. De ahí el fin material de la *instrucción*.

Como quiera que el joven rechaza por naturaleza ese mundo que desconoce, por eso mismo debe ponérsele en contacto con él. Sólo que ese contacto no tiene que ser transmitido como algo hecho, sino que deberá ser descubierto.

No hay posibilidad de creación cuando el mundo se da hecho a la juventud. Pero cuando se la coloca en posibilidad de hacer ese mundo, los poderes de creación se cultivan y se pone a la juventud en posibilidad de dominio sobre la realidad, dominio que es perseguido y deseado por su psicología.

Lo que tiene que cambiar, para el efecto, es la postura de los educadores. El mundo natural está al alcance de cualquier mano; pero una cosa es que ese mundo se dé hecho, y otra cosa es buscar su organización. Vuestros discípulos aprenden Geografía, decía Rousseau; el mío, Emilio, *hace* la Geografía. Ese es el principio fundamental pedagógico del fin material de la instrucción, hacer el conocimiento. Pero, tal como lo aseguramos o sugerimos en los renglones anteriores, lo que debe cambiar es la postura de los educadores.

La materia didáctica es simplemente una organización técnica que se da para ser

tratada por las inteligencias dirigentes. Por más que la materia didáctica esté distribuida con criterio técnico, si la postura del catedrático se ampara dentro de una Pedagogía clásica, no habrá posibilidad de creación. Los dirigentes que no cambian su filosofía educativa, esto es, que permanezcan con los contenidos tradicionales de la teoría educativa, no pueden hacer espíritus creadores, porque necesariamente parten de concepciones que no permiten tales ejercicios.

Entre los pedagogos clásicos la nota más elevada la constituye precisamente el educador. La más grande interrogación de esta pedagogía es **COMO DEBO ENSEÑAR**. Para la Pedagogía contemporánea; para esta Pedagogía en la cual el educando es quien está al centro de los sistemas actuales, la pregunta ya ha dejado de ser la que acabamos de señalar. Ahora lo que el educador se pregunta es: ¿Cómo el educando aprende? ¿De qué modo y manera el Hombre se hace hombre en forma más fácil y más útil a sí mismo y al conglomerado o comunidad a la cual pertenece?

El pedagogo tiene que tener una filosofía, esto es, una postura frente a la sociedad, frente a la vida, frente a los demás hombres. Si se carece de una filosofía, vale decir, de una convicción íntima y segura sobre los más importantes problemas de la vida y del hombre, no se puede tampoco emprender la tarea de formar hombres. Para hacer al hombre creador, hay que colocarlo en posibilidad de realizar, de redescubrir.

La Pedagogía clásica es simplemente una forma de transmisión de cultura, sin más objeto que la posesión de la misma. Para la Pedagogía contemporánea en cambio el conocimiento debe tener la categoría de un bien; esto es, la dimensión de la utilidad por lo menos.

Siempre y cuando se tenga pues una forma filosófica del mundo y del hombre, puede, de acuerdo con tal forma, ejercerse dentro del terreno educativo. El poder creador, la organización creadora del mundo, sólo es posible hacerlo no dando por supuesto nada hecho, y sí todo por hacer.

Algunos sistemas contemporáneos como los propuestos por Morrison (Unidades de Trabajo), Kirckpatrick y Stevenson (Proyectos), Blonsky (Complejos), Decroly (Centros de Interés), Parkhurst (Contratos), etc., etc., permiten u ofrecen una sistemática para el cultivo del poder creador. De acuerdo con estos sistemas nada hay hecho como contenido de conocimiento; todo tiene que ser realizado y redescubierto por los educandos.

El conocimiento que se transmite por contacto —lecciones por ejemplo—, tiene un valor relativo. En efecto, cuando ese conocimiento se evoca oportunamente, sirve en la dirección de la vida; pero si la evocación es tardía, pues sólo se ha cultivado la capacidad de recepción, puede verse la relativa utilidad que tales conocimientos tienen. Pero en cambio, si a propósito del conocimiento del mundo, de la naturaleza, de las cosas por medio de las ciencias, no se hacen transmisiones sino creaciones: esto es, si se pone a los educandos en posibilidad de usar su propia iniciativa bajo la guía hábil de los conductores, entonces, a la par que se cultiva el dominio de una ciencia, de una técnica o de un arte, también se cultivan los poderes dormidos que están en el hombre: los poderes de inventiva, de creación, que sólo necesitan un clima apropiado para desenvolverse.

El educador ya no debe ser más un transmisor de conocimientos ni de actitudes de conducta. Es preciso que sea un propulsor del poder creador y el portador de una tabla de valores positivos capaz de influir por su sola presencia en las actitudes de conducta de los educandos.

El fin material de la instrucción pues puede ser visto desde dos ángulos distintos. El primero, como forma de transmitir bienes de cultura hechos; el segundo, como

forma de convertir esa cultura en un bien, haciéndola. De qué modo es esto posible? Sólo hay una forma: partir de esta verdad: *nada hay dentro de las ciencias que no pueda ser reconstruido*; y sólo hay una norma: *colocar al educando en situación de reconstruirlo todo*.

Todo esto es válido para cualquiera de los cuatro fines que forman la anatomía actual del proceso instructivo. Ya hemos dicho que el fin formal de la *instrucción* va directamente a cultivar poderes mentales. Pues bien, hemos asegurado también que cada rama de la ciencia lleva en su interior estructura, una función psíquica a la manera de guía genética, esto es, como si hubiese sido la promotora de dicha ciencia. Esto quiere decir que con las ciencias, vale decir, con el conocimiento, podemos contribuir al mejor y más rápido desarrollo de las funciones de la mente. En efecto, esto es una verdad. Las Ciencias de la Naturaleza cultivan en forma natural los poderes de senso-percepción del hombre, comúnmente sin cultivo alguno. Las Ciencias Sociales intervienen como impulsoras de las capacidades asociativas. La Matemática como formadora del razonamiento, etc., etc.

Si esto es así, el fin formal de la *instrucción* es una pauta efficacísima en la formación de la personalidad. Porque la personalidad es el acorde psíquico mediante el cual tenemos una postura en el mundo y podemos ser reconocidos como tales. El fin formal de la *instrucción* es el criterio pedagógico de mayor valor para incidir dentro de la crisis psíquica de la adolescencia, porque interviene directamente en las funciones del espíritu.

El adolescente tiene su personalidad en formación: qué mejor entonces que intervenir en su desarrollo técnicamente? Esto supone, eso sí, un cambio serio de la Didáctica Especial. Ya no podrá pensarse en el problema de la transmisión de los conocimientos con los métodos tradicionales, sino que, *el criterio de formación* deberá intervenir hondamente en la nueva postura educativa. Las Ciencias Biológicas ya no podrán ser enseñadas con libros por ejemplo, porque los libros no permiten el desarrollo de la observación, que es la base del desenvolvimiento de los poderes senso-perceptivos.

La Geografía y la Historia ya no podrán emplear mapas en general, porque tales materiales están, por una parte, hechos por entero, y por otra, no permiten ninguna posibilidad a la asociación. No queda más remedio entonces que cambiar copérmicamente la Didáctica Especial. Esto es fácil, si siempre se tiene a mano el fin formal de cada asignatura; difícil, o mejor imposible, si no se tienen a mano dichos fines.

Las formas clásicas de la educación llevaron hasta los más lejanos extremos el cultivo de la memoria, porque se creía que lo que había que hacer con el conocimiento era retenerlo. Ahora sabemos positivamente que cada conocimiento es una sugestión natural para el entrenamiento de funciones, ninguna de las cuales es la memoria. Clásicamente hasta se aprendió una matemática memorizada. Por otra parte es preciso tomar en cuenta que un pedagogo jamás debe olvidar las diferencias individuales. Jóvenes hay de gran poder perceptivo, de fuerte capacidad razonadora, de emoción sutil y fácil, etc., etc. Y aquello que se posee genotípicamente, puede perderse por un proceso educativo torpe, mal dirigido.

El hombre tiene derecho a que se le cultiven sus aptitudes de la mejor manera posible, porque esa es su única herencia efectiva. Pero también el hombre tiene derecho a que se le equilibre. Por qué razón he de hacer matemáticos por ejemplo si no todos tienen aptitudes matemáticas? Pero en cambio, como educadores estamos en la obligación de dar a todos la oportunidad de desenvolver las capacidades de juicio. Algunos serán matemáticos, pero todos deben haber despertado al juicio. Por eso es que jamás un educador debe de perder de vista los fines formales de la *instrucción*,

porque sólo con este criterio puede ayudar al desarrollo de las posibilidades psíquicas que se tienen.

Un ejemplo nos va a permitir ver más claro este problema de los fines como pautas didácticas de la *instrucción*. Sabemos que el tipo de emoción que caracteriza la edad juvenil es trágica. Quiere esto decir entonces que en la adolescencia existe un elevado contenido emocional que hasta la fecha no ha sido aprovechado sistemáticamente. Por naturaleza las emociones trágicas de la adolescencia se escapan ya en el pecho del amigo íntimo (Intereses Sociales) o ya en los cuadernos o diarios también íntimos. Pues bien, hasta este momento sólo hay algunos estudios psicológicos que han intentado encontrar las formas consecuentes del desenvolvimiento de la emoción. Por lo tanto, la Pedagogía no tiene aún la oportunidad de establecer un criterio didáctico seguro para una dirección posible de la vida emocional, al menos en el terreno de la adolescencia. Excepto estudios sobre la vida artística, esto es, sobre la emoción artística, los otros se refieren al estudio de la emoción, en los diarios, no más con la pauta de indicar su presencia. No obstante, las investigaciones del profesor rumano Constantino Muresanu, traen ya una respuesta. Para Muresanu la adolescencia pasa por los siguientes períodos emocionales de expresión lingüística: el Período Dramático-Didáctico, el Período Lírico y el Período Epistolar. De acuerdo con este criterio seriamente investigado por el profesor rumano se propone una didáctica educativa de la adolescencia basada en dichos períodos. Según dice el profesor, los resultados obtenidos son halagadores. Pero ¿qué o cuál ha sido el resorte principal de éxito del profesor rumano? No ha sido otro que cultivar en forma natural un contenido que es propio de la vida juvenil. Pues en la misma forma en que trabaja el Profesor Muresanu debe ser tratada cada una de las asignaturas que forman el programa escolar de la Educación Media, esto es, ateniéndose a los contenidos que están, *naturalmente*, en el interior de la vida psíquica de la pubertad.

Si el joven entra en pugna con el mundo circundante es debido, a que todos los poderes del espíritu están presentes sin cultivo. El adolescente que lleve un mejor poder senso-perceptivo tiene más oportunidades que otro de cumplir su destino psíquico. Al menos lo hará más rápidamente y en forma menos peligrosa que lo haría otro que carece de esa guía. Sin posibilidades materiales de creación, no hay creación; pero sin posibilidades psíquicas de creación tampoco puede haberla. Para crear es preciso tener los instrumentos psíquicos listos para ello. Y la única manera de tenerlos es cultivándolos.

Nuestra Epoca de Crisis Vista por una Novelista

Por ALBERTO QUINTEROS, h.

Es Vicki Baum una de las novelistas más famosas del momento. Obras suyas como "Gran Hotel", "Hotel Berlín", "Hotel Shanghai", "El Bosque que Llorá", "Amor y Muerte en Bali", "Accidente en Lohwinckel", "El Angel sin Cabeza", "Lo que los Hombres Nunca Saben", "Cuidado con el Cuervo", "Lago de las Damas", "Uli, el Enano", "Vida Hipotecada", "Marion", están traducidas a varios idiomas y algunas de ellas fueron llevadas al cinematógrafo; entre ellas "Gran Hotel", cuyo reparto incluyó a nombres tan famosos como los hermanos Joan y Lionel Barrymore, Joan Crawford, Greta Garbo y Wallace Beery.

Si bien casi todas las novelas de Vicki Baum son éxitos de librería,

eso no significa ni garantiza su calidad literaria; algunas son meros folletines trillados, desarrollados con verdadera técnica y maestría novelística; otras sin embargo, tienen auténtico valor, en el aspecto externo, por su forma literaria y en lo interno, por su contenido. Como ejemplo, podemos citar dos: "El Bosque que Llorá" (The Weeping Wood) y "Marion"; esta última, que es una visión panorámica de nuestro mundo en crisis, servirá de tema al presente comentario.

En "El Bosque que Llorá", cuyo escenario es el mundo entero y su desarrollo abarca varias generaciones, Vicki Baum relata la historia del caucho en forma novelada. Magistralmente y sin permitir el decaimiento del interés del lector ni

un solo instante, la novelista describe el descubrimiento del caucho, "la madera que llora", su trasplante a otras latitudes y el prodigioso desarrollo de la industria, ocupándose, asimismo, de las feroces luchas de los blancos por el control del cultivo y explotación del árbol productor.

Hay capítulos conmovedores, como aquellos donde se describen las expoliaciones y los feroces tormentos de los cuales fueron víctimas los indígenas de parte de los buscadores de "la madera que llora"; entre ellos, principalmente, el titulado "Muerte de un Indio". No cabe duda alguna de que la obra en cuestión es una de las grandes novelas de Vicki Baum, junto con "Marion".

Esta última es de diferente categoría, aunque también su acción se desenvuelve en varios continentes y abarca la vida de toda una generación, a fin de darnos un vistazo de este siglo de angustias a través de una novela.

El relato de la vida de una mujer de la clase media de Europa Central anterior a la I Guerra Mundial, ni pecadora ni santa, sino uno de los tantos seres humanos barriados por la tormenta del conflicto y sacudidos hasta lo más profundo de su alma, sirve a Vicki Baum en "Marion" para presentar en una magistral exposición, a la humanidad de hoy, sin brújula ni rumbo, hecha con su característica habilidad descriptiva, estilo vigoroso y

valentía para tratar los temas más escabrosos tan frecuentemente eludidos por los hipócritas gazmoños. Siendo, como lo es, una historia novelada de una de las más tormentosas épocas conocidas por la humanidad y por las cualidades excepcionales de su autora, "Marion" contiene valores perdurables y por ello ahora, a los quince años de haber sido escrita y editada por primera vez, tiene interés actual e indudable importancia. La II Guerra Mundial con sus tremendas consecuencias: conflictos de ideologías, millones de seres humanos arrancados de sus hogares y esparcidos por todos los ámbitos de la tierra, las venganzas producto de los crímenes de guerra, la desaparición de naciones y nacionalidades y los trastornos económicos, dió origen a la formación de un cuadro de postguerra aun más aterrador que el descrito por Vicki Baum alrededor del final de la primera hecatombe universal.

En el desarrollo de la acción de "Marion", Vicki Baum usa la técnica novelística de la visión retrospectiva. En Junio de 1940, cuando los ejércitos de Hitler han conquistado Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda y Bélgica; y Francia está a punto de derrumbarse, siendo sumamente obscuro el panorama para los ingleses, su protagonista Marion Sommer cae en la grieta de un glaciar de los Alpes del Valais, sufriendo una luxación. En la angustiosa espera de lo que puede ocurrir, principia a recordar los inci-

dentes de su vida y así se inicia la acción.

Marion Sommer viene al mundo en los albores del Siglo XX en la alegre y despreocupada Viena de aquella época, cuando sus habitantes, sin saberlo, saboreaban los últimos años alegres y felices de aquella antigua capital europea, más tarde víctima de la inclemente furia de dos conflictos mundiales. Ajenos a los peligros, sin imaginar siquiera el futuro, vivían entonces los vieneses, como ocurre todavía a algunas personas cuya indiferencia les hace olvidar la gravísima amenaza de una guerra con armas atómicas y termonucleares que termine por completo con la humanidad, sus valores y la vida sobre la faz de la tierra. Sin embargo, ya había sombra en el horizonte...

“Uno de esos jóvenes mal afeitados y con la chara valija de los bocetos bajo el brazo era un genio en ciernes, cuya solicitud había sido rechazada por falta de talento. Se llamaba Adolfo Hitler. ¿Qué hubiera sucedido si sus profesores hubiesen juzgado sus paisajes romanos con mayor indulgencia? Tal vez, las frustradas ambiciones y las ilusiones marchitas no hubieran comenzado a enconarse y arder para desdicha de la humanidad y, en cambio, hubieran hallado alivio en la pintura. Tal vez, hubiera habido hoy un afortunado pintor mediocre más, en lugar de un genio de la destrucción...”

Asimismo, Vicki Baum relata cómo a principios del Siglo XX

existía una telaraña de prejuicios que hacían un misterio aun de las cosas más naturales y era prohibido y motivo de escándalo ocuparse de ciertos temas. Era el mundo donde Sigmund Freud provocó escándalo sin igual al ocuparse, científica y valientemente, de las cuestiones sexuales, tema que, según el criterio de la época, no podía ser tratado públicamente y había de permanecer en el más profundo secreto, como algo merecedor de todos los tormentos del infierno.

“Durante los días de mi pubertad, el mundo estaba lleno de tabús y de supersticiones, especialmente para una mocosuela como yo, una desconcertada y precoz muchachita de trece años. Todas nosotras teníamos la maldición de ser muy espirituales. Tropezábamos con ella a cada paso, como tropiezan las ovejas con esos tacos de madera que cuelgan de sus piernas delanteras para evitar que se escapen. No teníamos sexo, ni glándulas, ni hormonas, ni complejos, ni obsesiones. Pero, en cambio, teníamos espíritu, mucho espíritu. Los hombres, según se nos daba a entender, no tenían espíritu; eran de una naturaleza inferior, muy carnales. “Ello les hace más bien atractivos, pensaba”. Había oído rumores que los hombres perdían todo dominio de sí mismos y se convertían en bestias, en animales rugidores y atroces, en cuanto tenían en su poder a una muchacha”.

Estudiante de violín, contra la oposición familiar opuesta a ver a

la mujer fuera del hogar, violando una sagrada tradición, la precoz Marion Sommer tiene la oportunidad de vivir interesantes experiencias, las cuales sólo sirven para avivar su curiosidad por los misterios de la vida, ese anhelo de conocer las cosas prohibidas de que únicamente se habla en secreto y con horror en los venerables círculos familiares. Es una juventud en lucha contra los prejuicios que transforman en antinatural y misterioso lo que es perfectamente claro y acorde con la naturaleza humana. Fracasada en su primer amor, la joven estudiante se decide a correr la experiencia decisiva; y el resultado es hasta cierto punto decepcionante al darse cuenta de que no valía la pena rodear de impenetrable secreto dictado por la hipócrita gazmoñería, la verdad de la vida. Ahora, cuando los descubrimientos de Freud y sus discípulos, lo mismo que otros revolucionarios de la psicología del subconsciente, no asustan y la educación sexual científica está reconocida como necesaria, tal vez nos resulte difícil comprender los sentimientos de la heroína de Vicki Baum; pero es necesario situarse mentalmente en ese ambiente del cual fué víctima Freud y entonces sí lo lograremos. Con sencillez y sin alardes cínicos, como le es habitual, la novelista se refiere a Marion Sommer y sus experimentos amorosos.

En su obra autobiográfica "El Mundo de Ayer", el desaparecido biógrafo austriaco Stefan Zweig se

refiere a la iniciación de la I Guerra Mundial y hace un significativo y excelente paralelo con lo ocurrido antes de la segunda, al referirse a la confianza alegre y entusiasta con que los pueblos entraron al primer conflicto y el sombrío pesimismo y resignado fatalismo imperantes en agosto de 1939, en vísperas de la invasión de Polonia por los ejércitos de Adolfo Hitler.

Otro gran biógrafo contemporáneo, Emil Ludwig, asimismo, en su obra "Julio de 1914" refiere cómo cada uno de los pueblos de los países participantes en el conflicto creía en la justicia de su causa y en la culpabilidad del adversario, por lo cual el optimismo guerrero se desbordaba y todos —los socialistas, pretendidos enemigos de la guerra también— estaban en la mejor disposición de dar la vida o quitársela a los enemigos. "Nosotros somos los agredidos", decían en la tribuna pública los dirigentes de los futuros beligerantes; y los pueblos creían con la mayor buena fe del mundo en esas falaces afirmaciones.

En la novela "Marion", Vicki Baum, igualmente, presenta un cuadro exacto de esos pueblos engañados, enviados a la matanza por los intereses industriales y políticos, que tarde, muy tarde, se darían cuenta de la realidad.

"¡Con qué increíble ignorancia entramos en aquella guerra; qué poco sabíamos de ella! No sé qué podría haber en las mentes del Kaiser, de sus generales y de sus aduladores. Pero recuerdo que no había un alma en Alemania o

Austria que estuviese esperando el momento de hacer la guerra a los vecinos o de invadir los países extranjeros o que creyese que estas cosas entrarán en el dominio de la más remota posibilidad. Cuando se dió la orden de movilización, se nos dijo y lo creímos fácilmente, que nuestro gran enemigo, el francés, se disponía a ocupar Alemania, bombardear las ciudades, quemar los campos, violar a las mujeres, matar a los hombres y someter a los niños a las más espantosas torturas, si los soldados no le cerraban el paso. Y de esta manera, nuestros hombres, los ojos en llamas, el pecho inflamado de nobles emociones, partieron a la defensa de la patria; así fué de sencillo. Aún, ahora, ignoro quién quiso aquella guerra, si es que hubo alguien que la quiso, y cómo pudieron moverse los bramantes del engaño para llevar a todos aquellos millones de soldados-títeres hacia los campos de batalla. No era cierto lo que se nos dijo de los franceses. Ni tampoco era cierto lo que se dijo a los franceses, a los británicos y a los americanos de los alemanes. Los alemanes son gentes tranquilas, poco inclinadas a excitarse por naturaleza, pero con la apasionada obsesión de cumplir con el deber, con mucho aguante y con una gran capacidad para el sufrimiento. El sufrimiento saca a la superficie lo mejor que tienen, mientras que el éxito les hace fácilmente odiosos”.

“Tal vez, en los últimos años han tenido éxitos un tanto excesivos para su bien y, como consecuencia,

sus clases altas se han hecho malévolas. Pero debajo de estas clases altas hay millones de alemanes que son hoy lo que eran antes: activos, frugales, tranquilos, pacíficos, sentimentales y honrados hasta el cogollo”.

Y así se inició la I Guerra Mundial. Luego, su larga duración —al principio todos creían verla terminar en unos cuantos meses—, el aumento constante del número de muertos, heridos y desaparecidos, la creciente escasez de productos alimenticios y medicinas, los horrores padecidos en los frentes de batalla —en abierto contraste con el hermoso ideal cantado en las poesías patrióteras y pintado en hermosos pero irreales cuadros—, fueron quebrantando el entusiasmo inicial y pronto, insensiblemente, aquellas demostraciones de patriotismo delirante del día de la declaración de guerra se extinguieron y quedaron tan sólo pueblos cansados, desnutridos, enfermos y pesimistas, cuyo único deseo era la liquidación del conflicto a toda costa. Los soldados que iban a su casa en uso de licencia, difícilmente querían regresar al campo de lucha y las desertiones aumentaron.

En ese ambiente propicio se forman los fermentos revolucionarios. Más rápidamente en unos países, menos en otros; pero ya la semilla de la inquietud social está sembrada y de allí se originan las conmociones de la época actual. Ese cuadro del pueblo fatigado y decepcionado, víctima de innumerables penalidades y convencido del

engaño que le llevó a ofrendar generosamente vidas y esfuerzos, tan exactamente dado a conocer por Vicki Baum en "Marion", explica mejor que cualquier tratado de política o historia, la razón de ser del desbarajuste de hoy y la bancarrota moral de la humanidad.

De esa manera, hasta llegar al derrumbe alemán, la huída del Kaiser y el retorno de los ejércitos a la Patria bajo la dirección del Mariscal Hindenburg. Es la época de la República de Weimar y del predominio socialista en aquella torpe parodia de revolución que no revolucionó nada y sí preparó en forma eficaz el advenimiento de Adolfo Hitler y el nazismo. Como tan certeramente lo afirma Arthur Koestler en su obra autobiográfica "Flecha en el Azul", el odio socialista siempre fué dirigido contra sus competidores los comunistas y prefirieron aliarse con los opresores, antes que con los oprimidos; de ahí la razón de su fracaso en la República de Weimar y el éxito del III Reich de Hitler.

"Las cosas iban pasando de modo muy distinto al que se pensó. Nuestros héroes, los oficiales que comenzaban a volver al país, no se suicidaron cuando les arrancaron las charreteras. Por el contrario, muchos de ellos se las quitaron tranquilamente por sí mismos para evitarse molestias en la calle. Tampoco pensaron en promover una contrarrevolución. Estaban cansados de luchar y de matar. Sólo querían descansar, distraerse y recuperar su juventud perdida. Ca-

sarse, bailar, beber y tratar de olvidar que habían pasado por todos los horrores de una guerra mundial. Y, lo que es más sorprendente que todo lo demás, los pobres no se dedicaron a matar a los ricos, como en otras revoluciones. Mataban a quienes eran tan pobres como ellos. Allí estaban de nuevo mis antiguos amigos de F 12; el ala izquierda, el ala derecha y el centro del socialismo. Los socialistas independientes y los socialistas a secas; los comunistas, los espartaquistas, los radicales y los que no eran completamente radicales. Allí estaban, incapaces de ponerse de acuerdo y peleando, como perros que se disputan un hueso, por la dominación de Alemania. Siempre que había un tiroteo o alguna muerte por aquella época, era consecuencia de algún choque entre socialistas y comunistas. Y si todo acabó con el advenimiento de Hitler, pienso a veces que lo tienen bien merecido".

Todo eso lleva a nuestra memoria aquel hermoso libro de Erich María Remarque, digno hermano de "Sin Novedad en el Frente", titulado "El Regreso", donde el gran novelista alemán refiere con su característico realismo brutal, la desilusión, el cansancio y el pesimismo de los soldados al retornar del frente de batalla y darse cuenta de su calidad de inadaptados y espiritualmente destruidos por la guerra.

Este período de la historia de Alemania es de sumo interés para la comprensión de los orígenes de la II Guerra Mundial y sus conse-

cuencias subsiguientes. En la novela "Marion" de Vicki Baum nos lo hallamos descrito con brillantez a través de los diversos personajes de la obra: el viejo jefe de familia apegado al antiguo orden y firme creyente en los tradicionales valores germánicos, la viuda que perdió dos hijos en la guerra, los soldados vueltos del frente inadaptados a la vida civil y deseosos de pelear nuevamente en busca de la venganza, los partidos políticos odiándose y matándose mutuamente, los primeros brotes de antisemitismo, las sociedades secretas formadas por ex-jefes y oficiales de la Reichswehr; todos esos elementos sirvieron de ingredientes para una explosiva mezcla cuyos efectos pronto se vieron.

La crisis económica agravó considerablemente la situación y el valor de cambio del marco alcanzó cifras astronómicas, algo nunca visto antes; un millón era una cantidad sin importancia y parecía como si la caída de la moneda no iba a detenerse nunca: hasta que surgió el genio de Hjalmar Schacht, el estabilizador del reichsmark. Vieron soldados y oficiales, que arriesgaron sus vidas en los campos de batalla; hombres y mujeres del pueblo que permanecieron en la retaguardia, trabajando en las fábricas y factorías o en los campos agrícolas, sufriendo hambre e incontables penalidades, cómo surgieron de la noche a la mañana los nuevos millonarios, los especuladores, quienes lucían ostentadamente, como un desafío, su riqueza obteni-

da a costa de la sangre y el trabajo de los demás. Había sobrado motivo, pues, para la existencia de una situación caótica, donde la violencia y el asesinato político estaban a la orden del día.

"En 1918, todo el mundo se odiaba. El Ejército, que había luchado en el frente, odiaba a la Armada, que no había hecho nada durante todo el tiempo, excepto sublevarse al final. Los soldados del frente odiaban a los que habían conseguido quedarse en la retaguardia. Los socialistas odiaban a los comunistas y viceversa. Se mataban mutuamente sus dirigentes y cerebros, de modo que quedaron pronto como aquellos faroles descabezados. La nobleza destronada odiaba el nuevo orden, como es natural. La clase media intelectual, columna vertebral de Alemania, odiaba a los obreros, que ganaban triple dinero que cualquier abogado, profesor u hombre de ciencia. Los obreros odiaban a las capas superiores de la intelectualidad por su arrogancia cultural. La Reichswehr odiaba a la policía. La policía, dividida en Shupos y Sipos, se odiaba a sí misma. Y todo el mundo odiaba a los especuladores, que tenían sus panzas llenas, que se paseaban en coches almohadillados y llevaban a su mujerío con traíllas de diamantes".

"Había disturbios, huelgas, combates callejeros y muertes aisladas a cada paso. Pero había lo que llamábamos paz".

Fácilmente se comprenderá la razón del éxito obtenido por un

demagogo como Adolfo Hitler en su labor de agitación en aquel ambiente propicio. A un pueblo amargado y vencido —y tratado injustamente, según el criterio alemán— le ofreció la venganza; a los ex-oficiales y soldados anhelosos de combatir e inadaptados —cuyo desarraigo de la sociedad es tan crudamente expresado por Remarque— brindóles la oportunidad de volver a la violencia guerrera; a una colectividad que en vano trataba de encontrar el motivo de sus desgracias —nadie asumía la responsabilidad histórica— le señaló un culpable: los judíos por medio de la leyenda de la puñalada por la espalda, según la cual el ejército alemán nunca fué derrotado militarmente por los aliados, sino que, mientras estaba triunfante, los traidores semitas pactaron con las Potencias enemigas y les entregaron Alemania; esto, por supuesto, resultó muy del agrado de los junkers y de todos los verdaderos autores de la guerra y la derrota germana.

Había, consecuentemente, en la Alemania de la post-guerra suficientes elementos para que un estupendo demagogo como Adolfo Hitler, cuya capacidad de odiar era infinita, y un genio de la propaganda como Paul Joseph Goebbels encontraran materia prima incomparable para realizar una fructífera labor de agitación y conseguir el magnífico éxito del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NAZI). El pueblo alemán estaba maduro para caer en garras del futuro dictador y quienes pudieron

evitarlo, los dirigentes del partido socialista en el poder, le facilitaron el camino al cometer toda clase de torpezas en su fobia anticomunista y servilismo ante los amos de la Alemania de ayer. Es motivo de una magnífica página de la novela "Marion" de Vicki Baum, relatar cómo se formaron los nazis en los antiguos combatientes.

"Heinz Arnheim, Joachim Sarvitz y el conde Andreas von Elmholtz. Tres de los miles que no sabían dejar la guerra y volver a los tiempos de paz. Uno podía verlos en todas partes; los mismos rostros jóvenes aunque de rasgos ya muy pronunciados. Los mismos aires de jaque y la misma pobreza. Los mismos modales militares, la misma expresión de resolución tenebrosa, máscara con la que ocultaban su desconcierto. Todos parecían iguales, todos hablaban igual, todos pensaban lo mismo. Todos usaban pellizas, viejos pantalones de soldado, botas de regimiento y polainas de cuero. Era casi uniforme. Ya no eran militares, pero tampoco se habían convertido completamente en civiles. Eran un peligroso término medio. Se relacionaban en sociedades secretas, porque les era imposible soportar la soledad. Eran muchachos cuando los enviaron a la guerra y, al devolverlos a sus casas, les habían quitado cuanto para ellos significaba algo. No tenían dónde pisar firme y no sabían qué hacer. Sólo habían aprendido a matar y desenfilarse y no podían vivir sin la ración diaria de combates, emociones y peligros. En me-

dio de un país que quería y necesitaba tanto la paz para curarse de sus heridas, vivían como soldados acampados en tierra enemiga. Permanecían unidos para continuar hablando su jerga guerrera, jugando a su antiguo juego, tomando y prestando solemnes juramentos, formando sus filas y sus unidades, dando y recibiendo órdenes, guardando su disciplina y su ciega obediencia. Querían combatir. Por qué, no lo sabían a punto fijo. Todo ello era atractivo para gente orgullosa y desgraciada, joven y con prejuicios, que no quería realizar un trabajo honrado y que tenía esa maldita pasión alemana por el sufrimiento y el martirio, pasión que a ser posible, debe ser envuelta en un brillante uniforme. Al cabo de un tiempo, tenían también un nombre, si no una causa: el Nacional-Socialismo”.

“En los Estados Unidos, a Dios gracias, continúan con sus partidos de balompié”.

“No es que tenga cariño alguno a los nazis. Desde luego. Pero he presenciado cómo se formaba uno de ellos ante mis propios ojos y sé cómo sucedió todo. Nunca he olvidado aquella noche en que Hellmuth llegó a casa, después de cinco años de guerra y cautiverio y no encontró otra cosa que las fotografías de sus muertos y las medallas de su padre desplegadas en una antigua caja de mariposas. Y me doy cuenta demasiado bien de que unos cuantos miles como él formaban un adecuado campo de cultivo para los malignos

gérmenes de los futuros ejércitos”.

Durante las diversas incidencias de la azarosa vida de Marion Sommer, paralelamente, pasan ante nuestra vista los acontecimientos trascendentales anteriores al estallido de la II Guerra Mundial: el continuo avance del Partido Nazi y la llegada de Adolfo Hitler al poder; la persecución contra los judíos; el rearme y la invasión a la zona desmilitarizada; las primeras agresiones; la anexión de Austria y el fin total de la Viena tradicional; el rapto de Checoslovaquia y la capitulación de Munich; las primeras amenazas a Polonia; los crecientes desmanes de la dictadura parda, los campos de concentración y todos los demás horrores creados por mentes infernales.

América es también uno de los escenarios donde se desenvuelve la acción de “Marion”, a raíz del último matrimonio de la protagonista y Vicki Baum sabe exponer con bastante exactitud las grandezas y miserias de los Estados Unidos y los defectos y virtudes de sus habitantes. Se siente, cuando habla de ellos en su novela, un aliento de esperanza y optimismo.

En verdad, y como ya lo afirmamos, pese a haber transcurrido más de una década desde la primera edición de la obra “Marion” de Vicki Baum, su actualidad continúa y su conocimiento es necesario; con deleite se lee esa interesante novela de estilo ameno, pero que no es superficial sino de hondura; en suma, un hermoso análisis de nuestra época de tormento y esperanza.

NIEBLA

Por JOSE JORGE LAINEZ

Era una niebla espesa, viscosa, que lo llenaba todo de una humedad repulsiva. Las cosas se esfumaban envueltas en aquel velo pegajoso que se había echado esa noche sobre la casa paulatinamente, primero como un hálito imperceptible, luego como una espuma vaporosa que fué creciendo cada hora, espesándose poco a poco hasta convertirse en aquella niebla que casi podía tocarse y que penetraba por los ojos, por la nariz, por los oídos, como si se tratara de un monstruoso ser gelatinoso avanzando sus diabólicos pseudópodos, en un afán de exterminar la vida de los moradores de la casa.

—Tenemos que huir. Ana Cristina —dijo el hombre a la mujer cuya silueta se movía en la siniestra bruma, como si fuera presa de espasmódicas contorsiones.

—¡Huir! ¡Huir! —gimió la mujer—. ¿No ves que somos prisioneros? No hay salida. Somos dos condenados a morir.

—¡No! —rugió el hombre en una explosión de rabia—. Yo no acepto la derrota. Esta niebla, esta niebla...

Los pasos sonaron lentos e isócronos en el corredor de la casa, llenando los rincones de presagios maléficos. Era algo que desde hacía mucho rato había establecido una ronda sorda, acompañada en ecos misteriosos cuyo rumor apagado circundaba la casa.

Carlos Luis apartó la cortina y espíó hacia afuera. El camino parecía una larga serpiente que se retorecía, que se movía tras la nube que a veces

se abría en claros repentinos; pero que en seguida eran borrados por olas nebulosas que se estremecían como una esponja del infierno.

—Mira Ana Cristina —murmuró el hombre señalando sobre el vidrio empañado.

Ella escudriñó el sendero perdido en la niebla y vió la sombra enorme que ahora se movía en silencio, que se deslizaba sin ruido, que rondaba sigilosamente en busca tal vez de un sitio para entrar a la casa.

—Voy a salir —resolvió Carlos Luis tomando el fusil que guardaba junto al lecho.

—No —protestó la mujer—. Tú no sabes qué es. No puedes arriesgarte así. Si vas iré contigo.

Carlos Luis abandonó el fusil y se sentó en la cama. Hasta la alcoha llegaba la niebla, envolviendo la lámpara cuya luz luchaba por romper la inexplicable penumbra. La viscosidad sofocante pareció conceder una tregua a los dos prisioneros y el ambiente se fué enfriando poco a poco; pero el alivio no fué más que un intermedio breve, porque del calor se fué transformando en frío, en frío gradual que en pocos momentos se volvió hálito glacial, vaho de muerte que les hizo temblar como si la casa hubiera quedado aprisionada de prouto en un gran témpano de hielo.

Y la niebla, un tanto diluida en el interior, seguía siendo un manto espeso afuera, una marejada de espumas gelatinosas rondando sobre el techo y reptando a lo largo de las paredes.

—No tienes que venir conmigo —dijo Carlos Luis, temblando de frío, mucho rato después.

Los pasos volvían a resonar afuera; pero ahora se escuchaban más cerca, como si la sombra al principio sigilosa reanudara su intento de penetrar al refugio y renunciara a su caminar silencioso.

Tres golpes sonaron sobre los maderos de la puerta, lentos, espaciados, como si se tratara de una contraseña misteriosa surgiendo de la nada.

—Dehe ser el viento —dijo el hombre intensamente pálido, sin firmeza en sus palabras.

Otros tres golpes repercutieron en todos los rincones, y la niebla empezó a clarificarse, a diluirse, como si huyera a través de algún invisible respiradero que la succionaba sin ruido.

—No puede ser el viento —habló Ana Cristina.— Hay alguien afuera. Carlos Luis caminó vacilante hacia la puerta.

—No, no. . . —gritó la mujer.

Pero el hombre, en una decisión violenta, hizo girar el picaporte y abrió de golpe. Una ráfaga de viento entró por la puerta abierta y diluyó las últimas volutas de niebla que flotaban en derredor de los destellos de la lámpara.

—Nadie. . . —suspiró el hombre—. No hay nadie.

La luna iluminaba el camino desierto en la noche clara estremecida de estrellas.

—Se ha ido la niebla —habló ella con un suspiro de alivio.

—Volveremos a la ciudad —decidió Carlos Luis—. Veré mañana al dueño de la casa. El sabrá algo... quizá...

El sol doró de lumbres diáfanas el horror pasado, y cuando Carlos Luis se sentó a la orilla del lecho y contempló a su esposa dormida, recordó lo inexplicable y murmuró para sí:

—Todo ha sido un sueño. Una horrenda pesadilla mía.

Ana Cristina se movió entre las sábanas y abrió los ojos. Miró a su marido a través de su modorra, y luego se sentó.

—He soñado algo espantoso —dijo suavemente—. Oye Carlos Luis, era una niebla inmensa y estábamos perdidos tú y yo...

—Entonces... tú también —exclamó el hombre— si tú soñaste lo mismo...

—No puede ser, no puede ser —gritó la mujer.— No estábamos soñando, Carlos Luis.

Tres golpes rápidos estremecieron la puerta.

—No vayas, no vayas —rogó Ana Cristina.

—Es de día, ¿no ves que es ya de día? No tengas miedo.

Se puso la bata y abrió.

—Buenos días —saludó la voz jovial del mensajero del pueblo cercano—. Telegrama para usted.

—Gracias, amigo... eh, oiga, no se marche. Una taza de café le vendría bien —y le invitó a pasar.

El hombre se quitó la gorra y entró.

—Perdón, señora...

—Entre usted.

—Niebla espesa la de anoche —indicó Carlos Luis, como al descuido.

Ana Cristina quedó en suspenso con la cafetera temblando en su mano, pero luego se repuso y vertió el líquido humeante en la taza que luego tendió al mensajero.

—¿Niebla? —dudó el hombre—. Nunca hemos tenido niebla aquí.

Bebió su café, mientras ellos lo miraban en silencio.

—¿Otra taza?

—Gracias, señora.

Saludó y se fué.

Carlos Luis rasgó el telegrama y leyó.

—¡Dios mío! —exclamó—. Me llaman del hospital. Hace unos momentos han llevado a mi padre a quien creía en Europa. Vamos Ana Cristina, algo grave debe haberle sucedido.

En el automóvil se marcharon, llenos de ansiedad.

—Me ha querido tanto tu padre... —murmuraba Ana Cristina con voz ahogada de pena.

En el hospital les dieron un número y ellos caminaron a lo largo del pasillo, unidos en la terrible ansiedad de aquella incertidumbre que les había borrado momentáneamente del recuerdo, el pavor de la noche pasada.

—Es aquí —balbuceó ella señalando el número sobre la puerta.

Salía una enfermera.

—Usted debe ser el hijo del enfermo —dijo—. ¡Cómo se le parece!

—¿Está muy grave? —interrogó Ana Cristina—. ¿Qué tiene?

—Se ha repuesto —repuso la enfermera—. Es sólo un choque nervioso y en pocos días estará bien.

—Hijos míos —habló el viejo incorporándose en la blancura del lecho.

Ella lo besó, mientras Carlos Luis le estrechaba la mano.

—Todo parece un sueño ahora —dijo el enfermo—. Un sueño espantoso, una pesadilla en la cual solamente mis dos hijos, me iluminaban el alma.

—Calla, padre...

—No, no... tanto tiempo he callado, esperando la muerte. Navegando a la deriva en aquel bote, después del naufragio, pensando sólo en ustedes. Lleno de angustia en aquel mar de niebla. Con aquel horror que arrastraba mi razón a la orilla de la locura. Niebla, niebla por todas partes, niebla espesa, impenetrable; tortura blanca que me envolvía transformando mis horas en una eternidad... pero ahora todo ha pasado... como en un sueño espantoso...

Fatigado por el esfuerzo cerró los ojos y cayó sobre las almohadas, desmayado.

Carlos Luis apagó la luz de la mesita, y con Ana Cristina salieron en puntillas de la habitación.

Grandeza y Miseria de la Gramática

Por JUAN ANTONIO AYALA

“¡LA GRAMÁTICA HA MUERTO!”

Dice Azorín que “la Gramática como *arte de hablar correctamente*, ya no se lleva: las modas de la estación de invierno, o de primavera, o de la que sea, son otras. Y perdone el lector que confundamos la gramática con el comercio de tejidos. El caso es que la Academia, Bello, Cuervo, Salvá, Commlerán están anticuados: sus gramáticas son antiguallas de chamarileros. La gramática como arte de hablar correctamente se ha convertido en ciencia del lenguaje; como la ciencia es impasible, y no reconoce ni bien ni mal, ni hermoso o feo, el lenguaje estudiado por ella es indiferente que sea correcto o incorrecto; todo lo expresado por el ser humano es igualmente interesante, estudia la ciencia todos los modos de expresión”. Es curioso observar el movimiento subversivo que, de un tiempo a esta parte, se ha levantado contra la Gramática académica, contra esa Gramática de preceptos y excepciones, de regularidades e irregularidades. Y el ataque parte, precisamente, de los escritores y de los mejores, por cierto. Ahí tenemos el testimonio de Azorín; pero no nos basta; el ataque es frontal, incisivo, filisteo: el “*odium grammaticae*” ha tomado visos de cruzada literaria; quien más, quien menos, echa su cana al aire y hace sus pinitos antigramaticales, con la misma facilidad del que se toma un vaso de agua... El ataque de nuestros escritores del 98 y de los modernistas es mordaz, cruel, sarcástico, puesto que casi todos ellos nacieron bajo el signo antiacadémico. A Unamuno le dolía la lengua llena de pingajos, irregularidades y normas. Valle hacía gala de su ignorancia antigrama-

tical y se confesaba lego en la materia. Juan Ramón es antiortográfico y libera de una vez para siempre a la *g* de su oficio de medio consonante y de la perpetua carga de la *u*. En América, las hondas voces serenas de América, protestaron igualmente contra la Gramática y tronaron contra la Academia. Chile hizo un curioso experimento lingüístico que no dió resultado pero que era la manifestación de una tendencia anti-gramatical. Hace pocos meses, en la revista *Temas*, que edita el Departamento de Literatura de la Unión Panamericana en Washington, leíamos regocijados un artículo, sobre el lema pretencioso de la Academia: "*limpia, fija y da esplendor*", en el cual el gracejo, la fina ironía y la verdad de los ataques se conjugaban en perfecta armonía (he escrito *armonía* sin *h*. ¡Oh Gramática!). Camilo Campos, maestro salvadoreño, en la obra *Normas Supremas*, dedica su soflama a la Gramática. Cito textualmente: *La superstición de la Gramática y la Retórica* ("Hay que cultivar el idioma y echar al fuego las gramáticas y las retóricas sabias". Le Bon)... "Pero donde la vivacidad del alma se ha sustituido por reglas de retórica y gramática, se está matando a las generaciones. La Historia es inapelable. No tenemos un arte salvadoreño, una literatura salvadoreña, una educación salvadoreña, un pensamiento salvadoreño, porque el cerebro de nuestras juventudes ha sido aniquilado por estos verdugos: la Gramática y la Retórica. En El Salvador no se sabe sino por muy pocos qué es un idioma, cómo se hace uso de un idioma y para qué cosa puede servir un idioma. Los sabios y profesores creen que el Idioma Castellano, es la Gramática Castellana, que se habla el idioma Castellano recitando Gramática Castellana y que la Gramática Castellana sirve... *para hablar y escribir bien*... Las escuelas, los institutos, los liceos, la Universidad, aprenden gramática y retórica en nombre del idioma. El profesor de idioma —*que nunca sabe escribir una carta, ni escribir un artículo, ni dictar una plática*— sabe que va a enseñar gramática; los estudiantes de idioma saben que van a aprender un texto de gramática y el examinador de idioma sabe que va a preguntar gramática. No hay ultraje más grande al Idioma que esta máquina de estupideces... En consecuencia, estos dos textos terribles son la más injusta farsa de nuestra educación. Por ellos no hay alma esencialmente salvadoreña, sino que tenemos un alma postiza, de francés, de alemán, de inglés, etc... Todo gramático y todo retórico es un muñeco ridículo. Exijan idioma, literatura, pláticas, conversación. Sobre todo exijan imperativamente que su profesor de idioma *sepa hablar y escribir*".

Las soflamas, diatribas y maldiciones se amontonan. Un humorista dijo que el lema de la Real Academia Española, "*limpia, fija y da esplendor*" está bien para una marca de pasta para limpiar zapatos... Se dan todas las gamas de la crítica: desde la seria, documentada, científica y racional hasta la de género bufo, el chiste o el ataque ignorante de quien no conoce el idioma y se resiente con los que lo manejan perfectamente. Todo ello es indicio de que algo anda mal en el campo de la Gramática; de que algo está descompuesto; y es más, de que los tiempos y los mitos han cambiado. Desde Nebrija y los Valdés hasta las últimas gramáticas "*ad modum Calepini*" hay una gran distancia. Quizá hasta hace cincuenta años era suficiente que la Gramática nos enseñara a "escribir y hablar correctamente el castellano". Quizá para el pensamiento de hace cien años era algo correcto la división de pretéritos en regulares

e irregulares. O para nuestros abuelos era algo científicamente establecido que había una diferencia esencial entre artículo determinado e indeterminado (me ha llamado siempre la atención esa arbitrariedad de artículo determinado e indeterminado, cuando en realidad los dos “indeterminan” en el mismo sentido, y quizás ese artículo que llamamos indeterminado determine más que el determinado) . . . Son tantos los conceptos que han cambiado que necesariamente tienen que cambiar junto con ellos la misma Gramática . . . pero de ahí a tirarla por tierra como hacen los filisteos hay una gran distancia . . .

La Gramática ha muerto y sin esperanzas de resucitar. Pero entendámonos. ¿Qué Gramática ha muerto? . . . ¿Puede morir la Gramática o podemos firmar nosotros su sentencia de muerte?

Karl Vossler, en su obra *Filosofía del Lenguaje*, analiza el hecho de la liquidación de la Gramática, desde el único punto de vista verdadero al que se ha llegado después de siglos enteros de tanteos en el campo de la filosofía lingüística. Sus conclusiones a este respecto son las siguientes:

- a) La gramática codifica el uso y procura fijarlo en los casos de duda. Por eso la gramática es útil para los que quieren aprender el idioma; es decir que tiene un carácter eminentemente pedagógico.
- b) Por el hecho de tener la gramática una intención pedagógica, sus afirmaciones, reglas y preceptos se convierten en dogmas. Por eso la gramática escolar, se vuelve inmediatamente en gramática de autoridades o académica. Ha dado con esto un paso más, es decir, “ambiciona la máxima autoridad”.
- c) Para llegar al punto de la gramática de autoridades se precisa un conocimiento científico y nacen las gramáticas científicas, es decir, los usos y las autoridades sujetos a reglas científicas, más o menos exactas.
- d) De aquí es donde nace la diversificación de las gramáticas que él llama “híbridas”, teórico-prácticas y práctico-teóricas.
- e) Y nace o se deriva, finalmente, un medioser o monstruo que es el llamado gramática lógica.
- f) Finalmente no puede existir una gramática lógica puesto que en la práctica, casi siempre, lo lógico, es decir lo verdadero según el entendimiento y las reglas del recto pensar, se opone a lo que gramaticalmente es verdadero, es decir, lo correcto.

Según Vossler, es necesario dar una nueva orientación a la Gramática y elevarla a la categoría de Lingüística. La Gramática en sí misma —fuera del aspecto didáctico— está liquidada.

No solamente ha sido liquidada la Gramática en el campo de la ciencia seria. La

Gramática —y este es el lado desagradable de la cuestión— ha sido liquidada de la práctica y del manejo cotidiano del idioma. Es decir que no hemos logrado mejorar los medios de expresión y de escritura que lograron en muchas ocasiones nuestros abuelos. El idioma actual —aparte de las aberraciones y pecados capitales contra las elementales normas de expresión— está plagado de efectismos, de neologismos disonantes y vacíos, de inexpressiones constantes; por eso se recurre tanto al circunloquio, pocas veces se usa la expresión directa y pocos estilos resisten un análisis severo, no sólo en lo que toca a la parte estética, sino a las más simples reglas gramaticales. Sí, la Gramática ha muerto, es un hecho cierto, doloroso y evidente. Pero no ha muerto para dejar paso a la riqueza de un idioma comprendido hasta el fondo, en sus recovecos íntimos y en sus recursos más poderosos.

Cada vez sabemos más pedagogía y avanzamos en el arte de enseñar a pasos agigantados. Hablamos de lenguaje activo, de forma progresiva en el estudio de la Gramática y no sé de cuantas zarandajas más. Pero el hecho es que cada día el número de los analfabetos crece; cada día son más las personas que saben juntar las letras con las letras, pero de allí no pasan: ni el sentido de las palabras ni su corrección y empleo adecuado ha penetrado en esas mentes trabajadas una y otra vez por los métodos de la pedagogía. Hoy se sabe cómo enseñar, pero lo que no se sabe es qué enseñar. El fraude que se está cometiendo contra nuestros bachilleres y contra los intereses económicos de sus padres es demasiado grosero, brutal y de consecuencias terribles para ser tomado a broma. Tan sólo me refiero a lo que toca a cuestiones del idioma, ¿cómo llegan nuestros bachilleres a la Universidad?... Datos concretos: Alumnos universitarios que creen que la palabra *ablativo* viene de hablar y por tanto que la escriben con *h*... No distinguen los distintos significados de *sí* y de *si*... para ellos es lo mismo *ávido* que *habido*. Su idioma pobre, raquílico, no va más allá de las cien palabras que empleamos cada día en la conversación común y cuando tratan de escribirlas pecan contra todas las reglas gramaticales y ortográficas a la vez. Sus redacciones son pobres, no porque no tengan nada que decir, sino porque no tienen medios expresivos para decir... Es verdad, la Gramática ha muerto asesinada por los métodos, ridículos y bufonescos, de nuestros flamantes pedagogos que han convertido el medio en fin. Tenemos hoy pedagogía para darnos gusto: pedagogía de la gramática, de las ciencias, de la sociología, hasta pedagogía de la pedagogía... Y el hecho es que cada vez el alumno se embrutece más y sabe menos. Estudia menos y se divierte más. Conoce más y profundiza menos. ¡La Gramática ha muerto!

“VIVA LA GRAMÁTICA!”

Es clásico el grito. Después de muerto el rey, se pone cetro, corona y manto encima de otro rey y ¡viva el rey! El refrán castellano es más profundo: “Después del burro muerto, la cebada al rabo”... Hemos matado a la Gramática. Me supongo que habrá sido para cambiarla por algo mejor, por algo que pueda darnos resultados positivos. Debemos comenzar por enseñar a los que tienen que enseñar, limpiar las mentes de teorías y didactismos y volver a la enseñanza de la Gramática pura, sin

mezclas, sin atenuantes. La Gramática en ese primer sentido en que hablaba Vossler: la Gramática para aprender un idioma. No nos interesa lo correcto o lo incorrecto en sí mismo, sino como medio de expresión exacta. No nos interesa ni la ortografía si no es que tiene un sentido lógico, una orientación hacia la práctica. Mucho más tratándose del castellano que tiene una ortografía que no corresponde ni remotamente a la fonética. Se impone, y esto no lo hará la Academia, pues tiene miedo al aire fresco, una reforma ortográfica en la que se suprime la *h*, el doble sonido de la *g*, la indistinción fonética entre la *b* y la *v* (aunque haya todavía humoristas que conservan la distinción entre labial y labiodental), etc. etc. Lo mismo digo en cuanto a los acentos: para mí los únicos que tienen una verdadera razón de ser son los diacríticos: los demás o se escriben todos (y sería lo más práctico) o no se escribe ninguno. Una reforma que nos dé un castellano lleno de claridad y en el cual la duda fonética u ortográfica esté completamente desterrada. Creo sinceramente que si no se parte de una reforma ortográfica sincera (porque en la Gramática más que ninguna otra disciplina tiene que entrar la sinceridad) no podremos dar un paso en firme... Ir poco a poco eliminando esos conceptos de regularidades e irregularidades que lo son porque sí, porque a los señores gramáticos se les ha ocurrido llamar irregularidad a ciertas tradiciones que eliminaban las cacofonías y que buscaban en el lenguaje rítmico una verdad idiomática que no se puede meter entre las dos cubiertas de una Gramática de Academia y de Autoridades. A este propósito afirma Azorín: "Y la distinción entre participios regulares e irregulares? ¿Por qué han de ser tachados de irregulares unos pobres participios que no se meten con nadie? ¿Qué vida irregular, desordenada, disoluta, en suma, llevan estos participios?..." Para que la Gramática reviva en su sentido más puro es preciso volver a los viejos sistemas de enseñanza, aunque éstos no empleen palabras y términos rimbombantes, detrás de los cuales se oculta casi siempre la ignorancia más deprimente y la inercia más ineficaz. Quisiera saber si esos alumnos sometidos a la alquimia de los nuevos métodos, se han puesto alguna vez en contacto con los grandes autores clásicos, si sus lecturas no han ido más allá de mera literatura infantil o escolar, si han practicado el idioma según los viejos sistemas de educación, si por casualidad han mavejado alguna vez el diccionario, si han sufrido ejercicios de dictado y de lectura pública, ante la clase... Si la vieja Gramática fracasó —dicen que fracasó— no creo que la nueva haya ido más lejos. El hecho es que hace cincuenta años, aquí en El Salvador, en América, en España, se escribía y se escribía bien, correctamente. Hoy... basta echar una ojeada a lo que nos rodea... Pero eso sí, sabemos más pedagogía, más estilística, más gramática comparada, más gramática histórica. Pero ¿sabemos dar los buenos días en un correcto castellano? ¿Sabemos redactar una carta en la que digamos lo que queremos decir y no digamos más o menos o lo que no queramos decir? ...

ALFREDO ESPINO

UNA VOCACION POETICA

Por VICTOR DANIEL RUBIO

I.—LA FIESTA DE LOS SENTIDOS

La primera relación del hombre con su mundo se establece por la vía de los sentidos. Las cosas y los seres se nos presentan, primeramente, en forma de sensaciones. Groseras al principio, estas sensaciones van afinándose más y más, hasta hacernos captar los matices más variados de la naturaleza.

Por esta vía sensible de los sentidos llegamos a posesionarnos de la línea y del color, del aroma y del murmullo, del agua y de la brisa, del pájaro y del árbol... en su existencia primaria y elemental.

Es el imperio de los sentidos: una embriaguez de colores, sonidos y fragancias, de la que apenas guardamos memoria. Es el noviazgo con la natura-

leza, cuando tanto cautiva el hallazgo de un gusano como el de una mariposa; el cantar de un pajarito como el ruido de una piedra. ¡No hay sensación que no sea nueva y maravillosa! ¡La naturaleza va emergiendo de los sentidos como brotada del fondo de un milagro!

Si alguien protegiera y, celosamente, cultivara el tesoro de sensaciones de la infancia, sorprendería a sus semejantes mostrando cosas fantásticamente maravillosas...

Pero, ¡qué decimos! ¡Si ese alguien existió entre nosotros! Y vivió intensamente la fiesta de los sentidos, mostrándonos, jubiloso, el paisaje irreal de su encantada tierra; tierra en donde...

"Surgen las cosas como un sueño incierto."

Y donde

*"habla desde la torre la campana,
y responde cantando todo el huerto!"*

*"Y el sol, a su caricia lugareña,
enciende el naranjal, fresco y sonoro,
cual si puñadas le arrojase, de oro..."*

*"Y las gotas de la lluvia, sus trémulos collares
suspenden de las hojas de verdes platanaves."*

*"Y las hojas con rocío
son ojos verdes llorando!"*

Pero, ¿quién es este personaje legendario y misterioso? ¿De dónde llegó; y a qué ha venido?

Se llama humildemente Alfredo Espino, y es un niño crecido. Viene del corazón del pueblo, de nuestro pueblo ingenuo y esperanzado..., y está aquí

para mostrarnos la belleza y el dolor.

Los hados le trazaron un destino, y lo aceptó con unción. Mostraría a los hombres los signos misteriosos del paisaje, y lo hace con singular delicadeza...

Dijo del río estas voces:

*"Un río entre verdores se pierde a mis espaldas.
como un hilo de plata que enbebrara esmeraldas..."*

Y se refirió a las aves de este modo:

"El trino es la oración de los boscajes"

"va volando un trino dentro del barranco"

*"¡la tórtola que suspira
es un madrigal con alas!"*

"la aligera nube despierta cantando..."

*Una nube de alas... una alegre nube
que baja, que sube..."*

*Son ellos. Se alejan entre llano y cielo.
son las esmeraldas de un collar en vuelo..."!*

Y habló así de los volcanes:

*"Siempre vives fingiendo a mis delirios,
mientras pasan las horas silenciosas,
si hay celajes, un búcaro de rosas,
y si hay estrellas, un jarrón de lirios..."*

Y de los árboles he aquí su alusión al pintoresco árbol de fuego:

*"Bajo un jardín de celajes,
al verte estuve creyendo
que ya el sol se estaba hundiendo
adentro de tus ramajes..."*

II.—LA MAGIA DE LAS IMAGENES

Magia. Sí; magia y no otra cosa hay de oro... y trémulos collares... del agua clara del cielo y del bosque. Mirad como, la sangre brotada de una súbita herida va a trasmutar en un clavel: Y de hacer ojos verdes llorando, de las hojas de rocío... Y de sacar diademas

*"El del repecho embiste con impetu salvaje.
Un gran fragor de cuernos emociona el paisaje..."*

*"Cornadas por cornadas, bramidos por bramidos...
Todo el bosque es silencios. Todo el bosque es oídos..."*

*No ceden hasta que uno dóblase en el repecho...
¡un gran clavel sangriento le condecora el pecho!"*

Es la magia propia del poeta: encontrar las identidades más sutiles sin andarlas buscando; destacarlas; fundirlas; y crear con estos materiales una vida nueva...

La identidad es todavía más sutil, y,

por tanto, más profunda la imagen, cuando ella se establece, ya no entre dos o más elementos concretos, sensoriales, sino entre dos o más elementos abstractos, que sólo se perciben subjetivamente. Veamos esta muestra:

*"Del camino en la margen verdeoscura,
se abre la mansedumbre del ramaje,
y el árbol es, en medio del paisaje,
igual que entre un pesar una ternura..."*

Un camino... un árbol en medio del paisaje... la mansedumbre del ramaje... y una ternura entre un pesar...

Tales son los elementos de esta imagen. ¿Qué clase de identidad es ésta? Una identidad subjetiva, descubierta adentro —y no afuera— del alma. Para encontrarla ha sido indispensable conservar la huella de muchos pesares, y haber contrastado esta huella dolorosa con otras huellas perfumadas, de consuelo y mansedumbre. El sentimiento de la

madre flota como un incienso en estos versos, más entrañable aún que en aquellos otros que expresamente le dedicara y que tituló: Las Manos de mi Madre. En estos versos, ese sentimiento se escurre, subrepticio, obedeciendo quién sabe a qué secretos impulsos... Y satura el paisaje, y llega hasta sustituir el motivo aparente del poema. Casi todos los términos empleados en esta estrofa no son más que símbolos de otras realidades más hondas. Por eso cuando leemos:

"se abre la mansedumbre del ramaje",

vemos, en realidad, los brazos abiertos de la madre.

Y cuando, más adelante, nos dice:

*"y el árbol es, en medio del paisaje,
igual que entre un pesar una ternura..."*

es la figura de la madre, en efecto, la que vemos en medio del paisaje del alma, conjurando la pena.

Y aun antes, cuando ha dicho:

"Del camino en la margen verdeoscura",

el camino es el símbolo de la vida. De la vida con todos sus dolores y alegrías, sus pesares y sus ternuras... en donde

el cariño de la madre, suave, como el césped, ha sido sombra y aroma, bálsamo y pan...

III.—PAISAJE HUMANO Y TRAGEDIA SOCIAL

Enamorado de las sensaciones, no reparó sino hasta más tarde en el íntimo dolor de los humildes. El hombre, ante sus ojos extasiados, fué un elemento más de la naturaleza: un tono

diverso en la gama de colores y sonidos misteriosos que embriagaban su espíritu. Y emerge la criatura humana meramente descrita; aún no comprendida...

*"Calma de Jueves Santo. Las mujeres en coro,
van rezando en la calle de indecisa penumbra;
y multitud de velas trémulamente alumbra
como un río fantástico de luciérnagas de oro..."*

*"Las banderolas fingen bandadas de pañuelos
y los pañuelos fingen bandadas de palomas."*

*"El agudo cohete rasga los infinitos
e intensamente alumbra noctívagos desvelos,
como rosa de fuego que reventava en gritos."*

En estos versos, el ser humano solamente posee un valor estético; ni más ni menos que los otros elementos del paisaje. Y sí quizás un poco menos, pues las imágenes de la naturaleza resultan ser las dominantes. Los hechos humanos están sugiriendo imágenes naturales. La multitud de creyentes que marcha el Jueves Santo con sus velas encendidas —hecho humano—, está sugiriendo un río fantástico de luciérnagas de oro —imágenes naturales—. Asimismo, los pañuelos que se agitan en las manos de la multitud —hecho humano—, le hacen ver bandadas de palomas levantándose en vuelo —imagen de la naturaleza—. Y el cohete que rasga los infinitos —síntesis de la alegría pueblerina—, es como una rosa de fuego que reventara en gritos —imagen también de la naturaleza.

* * *

Pero en el hombre de estas tierras ha sentado sus reales la tragedia desde

que éramos los indios que sometió el conquistador español. Y la tragedia acompaña aún al mestizo de nuestros tiempos, en forma de pobreza, de ignorancia, de abandono, de humillación y de desprecio.

¿Era posible que un poeta del pueblo no sintiera en su carne la mordida de la tragedia que el pueblo sufría? ¿Era posible que no penetrara el alma de la gente humilde, y que sólo viera el escenario natural que la rodeaba, y la valorara igual que ese mismo escenario? No; no era posible.

Este primer contacto con la gente en su mundo poético, marca muy pronto un cambio fundamental en el temperamento de Alfredo Espino; cambio que va a reflejarse de inmediato en sus versos. De su pluma va a brotar una poesía rara, amarga y tierna, suave y dolorosa. . . Poesía de violentos contrastes entre las bellezas naturales y la miseria de los hombres. Bajo estos nuevos versos se deslizará una corriente de protesta, sorda y dolorosa. . .

*"Aquella muchachita pálida que vivía
pidiendo una limosna de mesón en mesón,
en un umbral la ballaron al despertar el día,
con las manitas yertas y mudo el corazón."*

*"En las carnes humanas dejó el hambre sus rastros. . .
Lo miraron las nubes, lo supieron los astros. . .
El cielo llovió estrellas en la paz del suburbio. . ."*

*Nadie sabe quién era la muchachita pálida...
Entre tanto —en la noche, la noche triste y cálida—
arrastrando luceros sigue el arroyo turbio..."*

*"En la calle hay tristezas. En los charcos hay luna.
Un jardín es el cielo, con lirios de cristal..."*

"Suburbio de las pobres mesnadas sin fortuna."

"¡Pobres rosas morenas de los fangos del mal!"

*"Traficantes de vicios. Mercaderes de amor.
Nadie sabe la angustia del callado dolor.
Para las pobres vidas toda piedad se cierra..."*

*Tristes desheredadas de pensativa frente...
Nada os guarda la vida... Son vuestros solamente
los lechos de hospitales y el frío de la tierra."*

Indudablemente no tienen estos versos el valor estético que encontramos en los primeros. Ha sido tan violenta la impresión producida por la revelación del dolor humano, que no ha habido tiempo para encontrar el lenguaje poético. Se trata de la conquista de una nueva dimensión en su poética: la dimensión del dolor de sus semejantes,

de la terrible injusticia del orden social. Por eso, en su alma ya no queda campo para aquella alegría ingenua de sus primeros versos. De hoy en adelante no serán ya los toques de la naturaleza los que pongan los tonos mayores en su poesía. Ahí estará el hombre, el hermano injustamente humillado, de quien no podrá apartarse nunca más...

IV.—SIMBOLO Y REALIDAD

Empezó cantándole a la naturaleza, y dentro de esta etapa confundió al hombre con el paisaje.

Más tarde abrazó el dolor del hombre en toda su crudeza; y lo cantó en versos henchidos de amargura; pero sintiendo un tanto la belleza poética.

Hoy vuelve nuevamente a la naturaleza; pero no a elevarla como valor supremo de la vida; sino para servirse de sus materiales estéticos y cantar la tragedia humana en un tono simbólico, más elevado; el tono propio del poema.

*"¡Los he visto tan tristes que me cuesta pensar
cómo siendo tan tristes nunca pueden llorar!"*

*"¿Qué tendrán esos ojos que siempre están soñando
y siempre están abiertos?...
¡Siempre húmedos y vagos y sombríos e inciertos,
cual si siempre estuviesen en silencio implorando!"*

*"Una vez en la senda de una gruta florida
yo vi un buey solitario que miraba los suelos
con insistencia larga, como si en sus anhelos
fuera buscando, ansioso, la libertad perdida."*

*"¡Siempre tristes y vagos los ojos de esos reyes
que ahora son esclavos! Yo no puedo pensar
cómo, siendo tan tristes, nunca pueden llorar
los ojos de los bueyes..."*

La tristeza es cualidad humana. No se puede comprender si no es por propia experiencia, y esta experiencia únicamente se tiene en el contacto con los demás. Los ojos de los bueyes son el símbolo de la impotencia del hombre ante los males que le agobian, aun inexplicables para sí mismo. En los versos que siguen, es el canto del "Dichosofuí" lo que simboliza el sufrimiento del pueblo.

*"Tu cántico en la calma del paisaje,
es un hondo suspiro que se aleja...
una queja con alas... una queja,
que brota desde el alma del boscaje..."*

*¡Oh, pájaro: tu música salvaje,
en la mañana azul, cabe la vieja
habitación de babareque y teja,
me hizo oír tu ternísimo lenguaje..."*

*Pájaro triste, ¿qué hondo desencanto
te arranca esas estrofas de terneza,
que son dulce expresión de tu quebranto?"*

*Entre mi regional naturaleza,
no existe música que exprese tanto,
¡como la música de tu tristeza!"*

La naturaleza ha dejado de ser una fiesta de colores y de sonidos. Hoy es el trasunto de un hondo quebranto. La niñez candorosa y la jubilosa adolescencia son cosas del pasado. Ahora son las frondas de la juventud, con el reclamo

inquietante del dolor ajeno, lo que está haciendo acto de presencia en el ánimo. Sin embargo, se trata de un fenómeno que se desarrolla, en gran parte, fuera del control de sus procesos conscientes. Alfredo, para sí mismo, continuará siendo el cantor del paisaje, del pájaro, del bucy, de los cañales. Ni él mismo sabe por qué su expresión tiene otro lenguaje; o más bien, un doble lenguaje, en donde se confunden la gracia, el candor y la luz... con el desencanto, la protesta y la oscuridad.

Aquí no hay sino un fenómeno de proyección al paisaje de los propios contenidos emotivos. Lo que a todos nos

ocurre en la vida diaria: que damos a las cosas la tónica de nuestras emociones. Así, Alfredo ha comenzado a expresar en sus versos los contenidos emotivos de esa edad psicológica que se caracteriza por el principio de la madurez; y que, en su caso particular, ha coincidido con la visión de los cuadros más dolorosos de la vida social de su tiempo. Esta visión ha penetrado su espíritu profundamente, y va a dominar su expresión desde las más íntimas regiones de su inconsciente.

¿No es acaso el inconsciente el que se está expresando en estos versos?

*"Mientras el hombre es infiel,
tan buenos son los cañales,
porque teniendo puñales,
se dejan robar la miel...!"*

Indudablemente aquí se está expresando ese doble lenguaje, en donde unas cosas están dichas, y otras sugeridas. En donde hablan la consciencia y el incons-

ciente a la vez...

Y la doble voz continúa escuchándose, como una melodía con su acompañamiento:

*"Y qué triste la molienda
aunque vuela por la hacienda
de la alegría el tropel,
porque destrozan entrañas
los trapiches, y las cañas...
¡vierten lágrimas de miel!"*

V.—CONCLUSION

Alfredo Espino murió a la edad de veintiocho años. Demasiado joven para exigirle una obra completa, ni siquiera realizada a medias. Sin embargo, entre los poetas cuzcatlecos, es él quien ha ido más lejos en la evolución de su ser poético.

Casi todos nuestros poetas han sufrido estancamientos o han sido víctimas de mixtificaciones extrañas. Espino, por el contrario, no detuvo la marcha de su evolución creadora ni dejó de expresar nunca los contenidos de su propia intimidad, en donde, como en un

diamante, se refleja toda la vida que nos rodea. Por eso, de su expresión poética emanaba la vida, fresca y palpitante, al unísono con las preocupaciones propias de su espíritu. Ninguna moda venida de lejos lo apartó de esta íntima comunión con su ambiente, de donde tomaba los materiales mágicos de su poesía. En esto reside el secreto de su grandeza.

Si Espino hubiera cumplido los cuarenta años, posiblemente nos estuviéramos enorgullecidos de tener en nuestro suelo uno de los más grandes poetas de América; y muchos temas poéticos de nuestro panorama social habrían tenido su cantor.

San Salvador, 9 de Agosto de 1955.

DOS EPOCAS EN UN PINTOR

Por ALFONSO ORANTES.

Es indudable que, hasta ahora, no se ha hecho un juicio valorativo sobre nuestro pintor JOSE MEJIA VIDES. Referencias superficiales alusivas a un cuadro, a una exposición, a los distintos aspectos que ha ofrecido en su desenvolvimiento, pasando por la gradual superación de las etapas en donde ha ido buscándose, hasta llegar a la madurez en que se encuentra y que podría decirse le caracteriza ya como un pintor.

Pero para tal enjuiciamiento precisa un examen detenido de sus maneras e incluso de las influencias que haya podido tener y revelar. Por ello vamos a referirnos únicamente, por ahora, a dos obras características de MEJIA VIDES, en donde, podría decirse, le hallamos equilibrado: "LAVANDERAS", un óleo y "DIA DE LA CRUZ", una acuarela. En ambas se revela nuestro pintor. Le hallamos con esa tranquilidad característica de su temperamento, meditativo y sobrio tanto en la línea como en el color. Desde luego, MEJIA VIDES tiene un gran dominio del dibujo. Su línea se despliega sin alardes, reposadamente, llena de suavidad y hasta con secreta dulzura.

En sus "LAVANDERAS", a pesar de una manifiesta influencia de Gauguin, el color no alcanza ningún atrevimiento. Queda confundida su policromía en una cálida amalgama de correspondencias. Por eso logra un resultado agradable que se compadece con la composición misma. Las figuras están revestidas de castidad y responden a situaciones de reposo y movimiento. En cambio, en la acuarela "DIA DE LA CRUZ", aprovechándose de la conformación de los rostros y de las frutas logra, no obstante el estatismo de la composición, una movilidad graciosa. El interés del cuadro no reside en un solo punto, juega, ondula, se equilibra con las rectas de brazos, cañas y demás elementos que intervienen en la composición. El color aquí también nos ofrece esa característica de MEJIA VIDES; es cálido, rezuma una tibieza que no llega a ser una frenética eclosión tropical.

Nuestros Pintores

JOSE MEJIA VIDES







MADURANDO

ENTRADA A PANCHIMALCO



IGLESIA



VENDEDORA DE COMALES



TAMUJI KITAGAWA

DIA DE LA CRUZ



LAVANDERAS



PAISAJE



LAVANDERAS





CABEZA



PANCHA JOVEN

Enrique Araya, Humorista Chileno

Por HUGO LINDO

El humorismo no es en Chile un fenómeno exclusivamente literario. El más superficial de los observadores advertirá sin esfuerzo alguno que la chispa del ingenio anda por todas partes, iluminando a veces, quemando por momentos.

Aún no conozco ningún ensayo sobre el tema. Si lo hay, será sin duda más un ensayo sociológico que uno literario. Si no existe —y me temo que no exista— ya va llegando el momento de intentarlo. Al estudioso que emprendiera tal aventura se le presentaría una gama riquísima de preguntas apasionantes: ¿de dónde provienen esta agudeza y esta rapidez mental? ¿Motivos raciales, mesológicos, económicos, políticos?... Aca-so de todo un poco... ¿Qué carac-

terísticas asume el humor chileno?... ¿Hay algo que lo especifique y diferencie de otras modalidades?...

Pero yo no voy a escribir ese ensayo. Mis observaciones al respecto tendrán que ser limitadas y periféricas.

Creo que si no se ha producido ya, sí se está produciendo un tipo característico de humorismo chileno, determinado, acaso, por el mestizaje de tres humorismos: el natural del andaluz, que al pueblo le viene aquí por estirpe; el brillante e incisivo de Francia, y el ceñido y a veces cruel humor británico. Estos últimos, dicho muy a raja tabla, hallan su fuente principal en las influencias culturales que la tierra del Nuevo Extremo ha recibido de dichos países.

El caso es que aquí se halla uno rasgos de ingenio por todas partes. Rara es la sesión de la Cámara de Diputados, por ejemplo, en la cual no se produzca un contrapunto de ingeniosidades. El pueblo, el bajo pueblo, que aquí también se llama Juan (*Juan Verdejo* es su caracterización, debida al afilado lápiz de Coke, el gran caricaturista), suele dar respuestas desconcertantes, que mueven a la sonrisa y que distan mucho del gracejo ordinario y estallante de las palabrotas vulgares. La malicia socarrona, en vez de la grosería. No digamos de los dibujantes y caricaturistas, que yo no se cómo se las ingenian para tener cada día alguna cosa nueva y aguda. Porque cuando se hace del chiste una profesión, es difícil no caer en lo resobado o en lo forzado. Chile tiene al respecto, mucho de qué hablar. Existe una revista fundada hace ya muchos años

por Coke, *Topaze*, que es sin duda única en América, y probablemente en el mundo. Es una revista política que ha vapuleado a todos los Gobiernos habidos y que sin duda está dispuesta a seguir vapuleando a los venideros. Rara vez, muy rara vez, puede uno decir que *Topaze* ha excedido la nota de un ponderado buen gusto. El contenido es siempre serio, y la información política y de orden administrativo que tienen los redactores, es de las mejores fuentes. Trabajan en *Topaze* los más ágiles caricaturistas del país, y suelen ser inclementes con los hombres que se hallan en el poder. Hasta los anuncios van hechos en broma.

Muchos de mis lectores habrán conocido (hace unos 15 o 20 años estuvieron muy en boga) aquellos versos románticos de Pedro Sienna que empiezan:

Esta vieja herida que me duele tanto . . .

En *Topaze* aparecieron al pie de una caricatura . . . anunciando una marca de "curitas" para las heridas.

Muchas veces he contado en El Salvador —nunca por escrito, que recuerde— un diálogo que escuché hacia 1939 en la Cámara de Diputados, durante una sesión borrascosa. Uno de los Representantes, ya indignado, le espetó al contendor esta frase:

—Su Señoría debería ser muerto como César . . . ¡por Bruto! . . .

Apenas si se iniciaban las risas a que este rasgo de ingenio había dado lugar, cuando el aludido, sin inmu-

tarse, preguntó:

—¿Me amenaza de muerte Su Señoría? . . .

Y, no obstante todo lo dicho, la literatura humorística no es muy abundante. Sus nombres de mayor categoría no pasarán de la media docena, si llegan a tantos. Casi todas son firmas hechas y prestigiadas en el ejercicio periodístico, por medio de columnas de "tallas" políticas, o de "vilanos" o de "grueguerías". Este ejercicio es el que dió la madurez de Jenaro Prieto, autor de *El Socio* y *Un muerto de mal criterio*, cuyos más ingeniosos ar-

tículos de diario están siendo recogidos y seleccionados para una antología, por la Editorial del Pacífico; es el mismo también que desarrolló durante largo tiempo el muy agudo César Cascabel, quien bajo su nombre civil de Raúl Simón, se dedicara después a la vida de las finanzas: hoy es Gerente General de la Grace y C^o; y ya se habría olvidado de sus escarceos humorísticos en La Nación, de no tener, como tiene, quien se los haga recordar a cada instante: su hija Eliana Simón, de un estilo delicioso y punzante, cuyas crónicas sobre costumbres y hechos de la sociedad chilena, aparecen con frecuencia en *El Mercurio*.

Pero ni César Cascabel, ni Eliana Simón, ni el gruñón y divertidísimo Alejandro Tinsley —gran abogado, y colaborador regular de la revista Zig-Zag— han presentado libro alguno a sus numerosísimos admiradores.

De lo que tengo conocido desde que estoy en Chile, sólo encuentro tres autores de obras francamente humorísticas: Coke, cuyo libro *Yo soy tú*, tuve oportunidad de comentar hace algún tiempo, Pierre Faval, (Fabio Valdés), autor de *Memorias de un buey*, y Enrique Araya, cuyos títulos, que aquí se enumeran en el orden de su aparición, lo convierten en el más prolífico de los escritores de ingenio con que Chile cuenta actualmente: *La luna era mi tierra*, *El caracol y la diosa*, *El día menos pensado*, *Gerardo o los amores de una solterona*, y, por último, *La Jaula por dentro*, que acaba de salir a circulación, y cuyo éxito ha demandado una

reedición apenas a dos semanas de distancia de la edición primitiva.

La Luna era mi tierra consigna las aventuras y desventuras de un estudiante crónico que, por carecer totalmente de sentido práctico, no logra éxito en ninguna actividad. "Vive en la luna", como dice la gente. La obra, realizada con pocos cuidados de estilo, presenta con acierto y agilidad, ambientes y lugares. Se lee con fruición, y en más de un momento logra que el lector rompa el silencio de la lectura con una carcajada inevitable. Sin pretender las densidades filosóficas de los humoristas británicos ni tener las penetrantes intenciones de los franceses, Araya logra un libro amable, tierno, con toques de melancolía y raudales de gracia.

Los títulos que siguieron a *La Lu-*



na, no fueron tan afortunados. En ellos se volvió recurso hilarante lo que al comienzo había sido espontaneidad sin afeites. Y ya se sabe que no hay nada más peligroso en el orden literario que la estratificación de recursos. Por eso el público recibió estos libros con alguna indiferencia: ninguno de ellos llegó a la segunda edición, en tanto que del primero ya va agotándose la quinta.

Con el propósito de reconquistarse a un público que ya se le iba escurriendo de las manos, Araya ha dado a la estampa *La jaula por dentro*, cuasi-novela de 180 páginas, cuyo epígrafe reza así:

“La Torre de Pisa es inclinada por fuera; pero gótica por dentro”. AUTOR ANONIMO.

No es tan anónimo el autor. Ha sido un gesto de caballerosidad y delicadeza, lo que ha impedido al novelista señalar el nombre femenino que produjo la frase.

Esta última obra de Araya reverdece sus laureles. Se halla escrita en forma epistolar, mas no en la convencional, sino en una peculiarísima, pues sólo contiene las cartas que Plácido Silva escribe a su hermano, para desahogarse de las emociones y contrariedades del día, y no así las que el protagonista debió de recibir en respuesta. A lo largo de 27 cartas, se van conociendo, presentadas a veces con realismo dramático y a veces con juguetona despreocupación, las vicisitudes y angustias de un modesto empleado público, padre de 10 hijos, asenderado de compromisos, necesidades y limitaciones de toda laya.

El humorismo de la obra es, pues, del auténtico, del que tiene un contenido de experiencia humana. En Plácido Silva el hombre reconoce la existencia de sus propias limitaciones interiores, de una “jaula por dentro” que lo encierra a veces más que los barrotes de las circunstancias externas. Fuera de este contenido esencial, que es de carácter universal, cabe señalar otra condición que justifica el éxito del libro: su certera chilenidad: la fidelidad con que entre broma y broma, se retratan desde el ambiente curialesco de la oficina pública, hasta las desaforadas fiestas campesinas, pasando por las molestias del ama de casa con las criadas, con las visitas elegantes para las cuales no alcanza el poquitín de licor que hay en la alacena, con el lechero caprichoso, que pone más dificultades de las verdaderas para vender un poco de leche. . .

En el prólogo-solapa de *La jaula por dentro* se consigna lo siguiente: “Muchos Plácidos Silva se reconocerán en esta figura que es caricaturesca sin llegar a lo grotesco, dolorosa sin llegar a lo trágico y tierna sin llegar a lo dulzón”. Yo firmaría de buen grado esos conceptos, si no hubiera un pequeño inconveniente: el de que ya lo hice. Porque da la casualidad de que ese prólogo-solapa está firmado por uno de los mejores admiradores de Enrique Araya: Hugo Lindo.

Santiago de Chile,

Agosto 18 de 1955.

ONCE NARANJAS...

Por ALVARO MENENDEZ LEAL

A las margaritas de aquel prado de Carolina 128, que me vieron vivir horas eternas.

El sol ya estaba alto. Es un mero decir, porque enfrente, a los lados, atrás, muchas nubes grises, apuñadas, en lucha, impedían verlo. Cosas sin sentido: un árbol en la acera. ¿Quién inventó los árboles? ¿Quién inventó las nubes? A nadie hay que echarle la culpa, ni a nadie hay que darle el mérito. El sol, las nubes y el árbol están porque sí. Este mundo no sería este mundo si esa nube no fuese gris; ni esta ciudad sería esta ciudad si ese árbol no creciese en esa acera. Cuando hay sol y nubes y árboles, debe haber hombres.

Y el hombre siempre debe estar de pie...

Abrió los ojos, despacio, y se movió, poco a poco. Poco a poco. Uno se da cuenta de que los párpados pueden caerse de pronto, desgajarse, desprenderse, como antes se ha caído el pelo, como antes se han caído algunos dientes, como se ha caído la voluntad. Sin uno quererlo, sin poderlo remediar, sin poderlo detener. ¿Y qué sería de un hombre sin párpados? Despierto para siempre, para siempre entrando la luz y el viento a través de las cuencas, a través de la sangre, hasta barrer el cerebro, hasta calcinar los huesos. Sin poder morir nunca, porque para morir de verdad hay que cerrar los ojos; sin poder morir, porque para morir hay que empezar por dormir... Morir. Dormir. Sí; dormir. Cuando se tiene hambre no hay más consuelo que dormir. Es cierto que el despertar es cosa grave, que los intestinos evidentemente no participan del sueño; pero, ¿quién asegura que tiene que despertarse siempre? Un día se dormirá de verdad. Los párpados clausurarán las cuencas irremediabilmente, bondadosamente, y entonces habrá un sueño para

todos los miembros del cuerpo, para todas las vísceras, para el corazón y los pulmones y los poros; y más que todo, con un sueño para las tripas. Sí. Para las tripas, más que todo. . .

Afuera, en las calles, en todas las calles del mundo, en todas las ciudades del mundo, los gritos, la prisa, las carreras de siempre, el tráfafo de todos los días. Un árbol creciendo en la acera, y bajo el árbol, sobre la acera, porquerías de perro y porquerías de hombre. Sobre la calle, sobre el árbol, sobre las porquerías de perro y de hombre, el mismo sol. Es un decir, porque en medio sólo está el mismo gris. Y el mismo dolor, la misma hambre, la misma duda, en las mismas gentes. ¿Las mismas gentes? ¡Qué importa! Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. Si acaso, una sonrisa, una muecasonrisa desusada y deslustrada. O un mendigo menos. O un mendigo más. O quizá. . . quizá. . . un mendigo que nació mendigo. O un mendigo de togada mendicidad. Muchos de estos mendigos van por todas las calles del mundo, elegantes, orgullosos, ricos de caudal, hartos siempre y siempre viendo el mejor modo de medrar, de explotar al hombre. Un mendigo de esos nunca tiene hambre, y nunca le preocupan sus párpados. Jamás duerme: vive pensando a toda hora que el orden hecho por él, que el orden hecho por otros mendigos como él, puede alterarse, cambiar, girar. Entonces perderá su caudal y sus palacios y tendrá hambre. Temerá que los mendigos hechos en virtud del orden por él impuesto, tomen venganza: que dejen de ser mendigos, que puedan decir lo que piensan y que puedan tener lo que necesitan. . .

Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies. La misma hambre en las mismas bolsas de piel, en el mismo mendigo. Un mendigo es un hombre, un exhombre, a quien la sociedad le escogió trabajo. Así. Nuestro orden, el Orden, lo exige: es preciso hacer mendigos para equilibrar. . .

—¿Para equilibrar qué?

—¡Bah! ¡Para equilibrar el equilibrio, vaya!

Se sentó en el catre y tosió. Dos veces, nada más, y eso no es grave. Se cubrió el pecho con la camisa y se asomó a la ventana. Menos mal que existe una ventana. Todo tiene una ventana y hay que hallarla. Siempre hay que hallarla. Es necesario.

¡Eso tenía que ser!

¿Por qué no hablar de otra cosa? Cuando se tiene hambre, hablar de *eso* es un crimen; es lesionar las cuerdas más sensibles de la dignidad humana. . . Pero, ¿es que tiene dignidad un hombre hambriento? ¿Es que es humano un hombre hambriento? ¡A saber! Pero es un crimen hablar de *eso*. Podría hablarse, en cambio, de política, de los maravillosos avances de la ciencia, del arte de matar hombres, del movimiento de las estrellas, del cambio de amo en un pueblo —. . . bueno, esto último. . .; porque un pueblo con amo. . .— Sí. ¡Hablar del fútbol, de la moda, de las reuniones sociales, de beneficencia, de cualquier cosa! Pero hablar de *eso*, hoy, con un altavoz y en plena calle. . . Claro; se comprende: el equilibrio, el orden. . . el Orden.

¡Esas mujeres! Cuando corren, las mujeres son muy cómicas. ¿Cómicas? Si se

tiene hambre, ¿puede hallarse comicidad en algo? ¿Es que puede ser cómica una mujer hambrienta que corre? No. Esa mujer es altamente trágica. Es trágica su forma de correr, y son trágicos sus hijos macilentos, su marido preso y su hermano enrolado a la fuerza. Todo en ella es trágico. Todo en ella y todo lo de ella rezuma tragedia... ¿Para qué hablar de eso? ¿Tiene, acaso, importancia la tragedia de una mujer hambrienta? ¿A quién puede importarle una familia hambrienta? Que su hija haya ganado el peso con que comprará comida, vendiendo su cuerpo en las calles, ¿qué importa? ¡Caray! De todas maneras es mejor no correr nunca. Uno así... así... ¡vaya, entended! así, con hambre, no puede mover los músculos. Se quiere, se necesita moverlos, pero no obedecen. ¿Qué se puede hacer entonces? Porque ellos, los músculos, tienen razones que la razón entiende perfectamente...

¡Qué ruido más infernal! ¿Es que no va a terminar nunca? ¡Más fuerte, más fuerte, hasta que revienten los tímpanos! ¡Grita, hínchate gritando, hasta que el mundo no sea más que un grito, hasta que el universo, el cosmos todo, se retuerza, se revuelque en un grito, en tu grito!

"A TODAS LAS AMAS DE CASA: DAMOS ONCE NARANJAS POR UN PESO. TAMBIEN TENEMOS PIÑAS A UNO CINCUENTA..."

¡Hínchate gritando!

"ONCE NARANJAS DE JUGO... POR UN PESO... USTED LAS ESCOGE..."

¡Hínchate! ¡Hínchate!

¡Once naranjas! ¡Ja! Dos unos a la par. ¿Es que dos naranjas son igual que once naranjas? No puede ser. Porque dos naranjas son más que once, y siempre será así para el hambriento. ¡Ay, para el hambriento! Si se sacase la radiografía de este espíritu, sería algo así como un uno. ¿Y el otro uno? Veamos... Sí: el cuerpo. Cuerpo y espíritu, radiografiados, un par de unos. Dos unos delgados. Un once delgado...

"ONCE NARANJAS DE JUGO... POR UN PESO... SOLO POR UN MOMENTO... PASE PRONTO POR NUESTRO CAMION A COMPRARLAS..."

¡Caray! Un jugo de un peso. Un jugo de once naranjas... Un jugo de veintidós naranjas. ¿Por qué no uno de treinta y tres naranjas? ¡Qué bien ha de saber un jugo de treinta y tres naranjas! Infinitamente amarillo, infinitamente dulce, infinitamente infinito. Un jugo para siempre. Un jugo de tres pesos. ¡Tres pesos! No es mucho cuando se tienen. ¡Un jugo de...

"Y PIÑAS A UNO CINCUENTA..."

¡Si tuviese cincuenta centavos! Correría, sí, como las cómicas, como las trágicas mujeres que corren a lo mismo. Correría más que ellas, porque ellas tienen más carne en el cuerpo que arrastrar. Esas son las ventajas del hambre. Correría más que ellas, correría más, porque cuando se tiene un hambre de siglos, un hambre en los huesos, en el tuétano de los huesos del alma, no se guarda educación. Eso también puede ser una ventaja. Once naranjas arrastran. ¿Once? ¡Cinco naranjas! Medio peso. Un jugo de cinco naranjas. ¡De cinco! ... Bueno: cuando se tienen cinco naranjas, no importa la mitad de una; pero cuando no se tienen cinco naranjas, ni tres, ni una, ni cincuenta centavos para comprarlas, importan las cáscaras de las naranjas...

¡Ah! Menos mal. Un organillo es un... ¡un organillo, claro! Algo que pretende vender naranjas musicales, y termina regalándolas. Eso también consuela. Naranjas multitudinarias para el hambre multitudinaria que no es hambre del cuerpo. El arte, la religión, son como una especie de sueño. ¿El arte? Eso sirve para no estar conforme con lo malo. Para mejorar, para aliviar la presión de las cosas sobre los hombres. Para que estos nunca se sientan mendigos, aunque tengan hambre, aunque su pelo se haya caído, sus dientes aflojado y su voluntad se haya disuelto. Y también para que los mendigos de la otra clase, los mendigos hartos y elegantes, sean más mendigos, sean irremediablemente más mendigos... ¿La religión? Esa, para estar conforme. Para que los hombres no piensen y para que los mendigos hartos puedan estar seguros de hacer el bien a bajo costo, con economía, con regateo, a tanto por bondad, a tanto por absolución, con derecho hereditario sobre la propiedad, con sirvientes, con amantes, con joyas. Y es útil, también, la religión, para que el organillero y el mendigo estén conformes con su parte; para que aquella mujer que corre a comprar once naranjas con un peso que robó su hijo, esté conforme con su parte.

Cuando está tocando un organillo, las tripas se mueven menos; pero nace otra hambre, un Hambre; ¡y a fe que es hambre terrible!

"ONCE NARANJAS... SOLO POR UN INSTANTE..."

Se va; tenía que irse. ¿Qué puede hacer un organillero junto a un camión que vende naranjas a once por un peso?

"...ONCE NARANJAS... ONCE..."

¡Revienta! Hínchate, ruido, de más ruido! ¡Envuelve, aplasta todo! ¡Aplasta rus once naranjas por un peso, aplástalas!

“...ONCE NARANJAS... SOLO...”

¿Y esta tos? Toser dos veces puede no ser malo; pero toser dos, más dos, más dos, más y más dos veces, sí puede ser grave. ¿Grave? ¡Ja! Elástica virtud de las palabras, costumbre, tradición del vocabulario. Después de comer una vez al día durante meses y meses, después de no comer por días y días, ¿puede haber algo grave? ¿Qué importa la tos, qué importa escupir sangre? Un accidente, ¿qué importa? La muerte, ¿no es acaso mejor que tantos meses de hambre?

¡Vamos, no entenderéis! A veces fallan hasta las ideas. Pero lo cierto es que después de tres meses el hambre deja de existir. ¡Qué digo! El hambre existe sólo al primer día en que no se come; en el segundo, molesta un tanto, un poco, pero molesta aún; mas, en el tercer día, el hambre ya no existe, y menos en el cuarto, en el quinto día, en la segunda semana, en el segundo mes. La habéis vencido, estad ciertos. Y si un día, por un error del orden, del equilibrio, conseguís unas migajas, unas cuantas migajas, aún no suficientes para el hambre de un gato, veréis que es imposible comerlas todas. Os llenarán, os hastiarán, tres granos. Eso es bastante. Demasiado, aún. Los otros tres, los otros seis, el resto, podéis comerlo la semana próxima. O la siguiente, sin prisa. Porque debéis practicar el hábito del ahorro; ¿recordáis la fábula de la hormiga y la cigarra...?

“...ONCE NARANJAS... SOLO POR UN PESO...”

Perdonad. Cuando se tiene hambre sólo se puede dormir y recordar. Nada más. ¿Qué puede exigírsele al músculo? El cerebro es otra cosa. Porque no exige movimientos es fácil y frecuente la acción de recordar. ¡Y qué recuerdos! Os alimentan el espíritu como once naranjas os pueden alimentar el cuerpo. Os hacen persistir en vuestra hambre, y os convencen de que está plenamente justificada; de que estáis en lo cierto. Tranquilizan esas ideas. ¡De que está plenamente justificada! Por ejemplo, lo que aquel millonario director de periódico dijera:

—“Lo más grande, lo más importante para un artista, para un soldado, para un hombre cualquiera, es mantenerse recto, puro, incorruptible. Pese a todo. Pese al dolor, pese al hambre...”

“...NARANJAS... SOLO POR UN PESO... ONCE...”

Conmueve recordar ese evangelio, ese ideario. ¡Ah! Se siente uno mejor. ¿Qué importa el hambre si se es recto? ¿Qué importa, al fin y al cabo, el sufrimiento, si se lleva en el alma la íntima convicción de que se ha actuado como debía actuarse? Entonces, cuando uno nunca se ha doblegado, cuando ningún hombre

puede echarnos en cara una mala actuación, cuando ningún índice de ninguna mano puede señalarnos, se ven las ventajas del hambre. Es cierto que nadie dirá eso mañana, cuando el hambre haya desprendido todos los miembros del cuerpo, cuando el hambre haya dado, ¡al fin! un sueño sin salida, sin posibilidad de escape; nadie dirá mañana, es cierto, la verdad, la trágica verdad, la harta y opulenta verdad que llevan dentro de sí muchos seres hambrientos. . .

¿Y lo que dijera aquel justo comerciante enriquecido?

—“No podéis aceptar. Es traicionar la causa del hombre. ¡Tenéis antes que morir de hambre!”

“...PIÑAS DULCES A UNO CINCUENTA...”

No está perdido aún el mundo. No es del todo maloliente la humanidad. Si aún hay dos personas que piensan así, la vida vale vivirse, y el sacrificio, el dolor, la muerte, ¡el hambre!, están justificados plenamente. Con una persona, no digamos dos. Con cualquiera de ellas. El director de periódico, cuyas inmensas posesiones, cuyos numerosos servidores, cuya bellas amantes, cuyos coches y joyas y viajes largos debían impedirle hablar así. Pero lo dice y lo sostiene con valentía: “pese al dolor, pese al hambre. . .” Y con valentía, también, lo sostiene ese comerciante. ¡Y vaya que ha sufrido! Llegó al país, cuenta él, sin un centavo; y a fuer de honrado y laborioso pudo levantar su fortuna; pero esa fortuna, con todo y lo crecida que es, no le impide reconocer la verdad. Pese a sus joyas, sus latifundios, sus servidores, sigue siendo honrado, justo, como al principio. . .

“...ONCE NARANJAS... VENGA PRONTO...”

A ambos la suerte ha de seguir socorriendo. Porque la suerte no puede menos: está obligada a proteger a tan justas personas. . .

“...PIÑAS DULCES... NARANJAS...”

Estos intestinos. Y os he dicho que el hambre no existe. ¡Qué va a existir! Y si existe, es por veinticuatro horas. Por cuarentiocho, a lo más. Luego, existís sólo vosotros en vosotros mismos. Porque habéis de saber que el hombre es una verdadera fortaleza cuando su lado débil, el humano, ha sido reforzado. Y el flanco débil se refuerza con sufrimiento, con hambre. Lo dice aquel director de periódico en sus libros, y ese comerciante en sus consejos. . . Sí. El hambre es una idea, una hipótesis indemostrable. Existís sólo vosotros en vosotros mismos. . .

“...NARANJAS... POR UN PESO...”

Claro que eso no dura mucho. Cuestión de semanas, de meses. Cada nuevo

día de hambre vuestros músculos obedecerán menos, y menos, y menos, hasta que, por fin, descansen plenamente. Pero todo está justificado. Vuestro pelo, vuestros pulmones, vuestras células todas, habrán de dormir. Por cada hombre que nace, duerme un hombre. También ese es el orden. Con los astros es igual, de modo que no tenéis que afligiros. En esencia, este y el otro orden son lo mismo. Uno impuesto por la naturaleza, por Dios, por quien sea, y el otro impuesto por el artificio, por la explotación, por el hombre. Pero son, ya sabéis, lo mismo. ¿Acaso ignoráis que toda autoridad mana de lo divino? ¿Que cada hombre que esclaviza otros hombres no actúa por sí ni para sí, sino por la divinidad y para la divinidad? Debéis estar conformes, pues, con la suerte. Con vuestra suerte y con la de todos nosotros. Que no os conmueva ver morir al hombre...

"...PIÑAS DULCES... A UNO CINCUENTA..."

...Que no os apene, tampoco, cuando os toque partir, dejar en las amadas calles los gritos, las carreras, la duda, el tráfago de siempre. Ni dejar de ver las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies...

¿Tenéis religión...? ¡Es lástima! Porque si os tocara, si os estuviese destinado un trozo hediondo, podrido, de paraíso... ¡Vamos! No nos pongamos pesimistas. Después de todo lo que nos han prometido, no nos pueden faltar... Estad, estemos todos tranquilos... Las mismas caras, en los mismos troncos, sobre los mismos pies... El mismo árbol. Las mismas porquerías de perro y de hombre. El mismo sol, las mismas nubes, el mismo gris. Si acaso, como un error del orden, una sonrisa deslustrada y ya mohosa. O un mendigo menos. Un mendigo que se acostó a dormir y se le clavaron para siempre los párpados. Un mendigo que se acuesta es un probable mendigo menos. La muerte tiende celadas, y la cama es de todas la más peligrosa...

*"...ONCE NARANJAS POR UN PESO
...ULTIMA OPORTUNIDAD..."*

Sí. La más peligrosa y la más cierta. Por eso los mendigos duermen en los quicios de las puertas, en las calles, en los basureros. Algunos. Porque hay quien busque cama para dormir. Son los más hambrientos, y necesitan dormir más. Para aliviarse. Porque alivia mucho, mucho, dormir cuando se tiene hambre. Dormir, aunque tenga que despertarse después. Hay esperanzas. ¿Quién asegura que siempre tiene que despertarse? Un día se dormirá de verdad; todos los miembros del cuerpo dormirán de verdad. Y más que todo, las tripas dormirán de verdad. Sí. Las tripas, más que todo... las tripas...

“...ONCE NARANJAS POR UN PESO
...HASTA LA PROXIMA... OCASION...”

Un mendigo menos. Un mendigo hambriento menos. Porque hay mendigos que no tienen hambre, que están hartos. De esos no. Porque muchas veces ellos hacen el orden, determinan el equilibrio. Un mendigo hambriento duerme. Un mendigo de los otros nunca duerme. A un mendigo hambriento se le pueden clavar un día los párpados, mientras que el otro mendigo, si muere, le harán estatuas en que seguirá sin dormir, abiertos los párpados de piedra, abiertos día y noche... día y noche... También eso consuélala. Un mendigo menos es un hombre, un ex-hombre, a quien la sociedad le escogió destino. Así. Porque el orden lo exige: hay que hacer mendigos para equilibrar, y para equilibrar hay que matar mendigos...

—¿Para equilibrar qué?

—¡El orden, vaya! Para la religión, para el progreso. Para los organillos, ¡sí, para los organillos! Para que sea grave toser dos veces; para ofrecer en las calles y con altavoz once naranjas por un peso... ¡Qué importa! ¡Para equilibrar el equilibrio, vaya!

México, 1954.

Antinomia Entre Cultura y Conducta

Por LUIS RIVAS CERROS

Si partimos de la base de que la cultura no tiene significado deseable en tanto no ennoblezca prácticamente la vida, vemos que su problema capital, en resumidas cuentas, es el de identificarse concretamente con la conducta humana.

La humanidad, a través de la historia, se preocupa constantemente de problemas que se condensan en determinadas actividades: Ciencia, religión, justicia, etc. Ciertamente que no todos los pueblos ni todas las edades alcanzan producciones de la misma jerarquía. Pero aun en comunidades atrasadas hallamos una escala de valores que, elementales, se cultivan, progresan y tratan *de vivir*.

La *armonía* entre cultura y conducta es el logro superior a que pueda aspirarse. No hay pueblo que no tenga este afán en mayor o menor intensidad. Es el fin de la educación y la *escuela su medio*.

El conocimiento rudimentario, las normas sencillas recomendadas en las aulas a los niños, son en verdad formas *primarias de cultura*, pero que llevan en sí el germen que evolucionará hacia realizaciones luminosas de *saber y conducta*. Cuando al niño se le enseña a no mentir, cuando se le hace observar los fenómenos de la naturaleza, se está cultivando en él el valor "Verdad".

El hombre ha enriquecido fabulosamente su patrimonio cultural en el orden material, y en el espiritual ha conquistado alturas admirables de especulación. Sin embargo, pese a los esfuerzos incalculables en afanes, sacrificios y tenacidad, la educación no ha logrado domeñar la naturaleza humana en su aspecto instintivo y pasional, causa de la tragedia de esta humanidad eternamente víctima de sí misma. Cuando decimos educación

estamos nombrando además de la escuela a todas las fuerzas que llevan una cruz culturizante: Religión, Moral, Derecho, etc.

De todos es conocida, en efecto, la tarea moralizadora de los distintos credos religiosos: catolicismo, protestantismo, budismo, etc. Mas, con todo y que algunas religiones hablan en nombre del más allá, de la vida ultraterrena, ofreciendo gloria y bienaventuranzas a los buenos y condenación eterna en los fuegos del infierno a los malos, y con todo el profundo terror que inspira tal amenaza, el hombre peca y sigue pecando. Por otro lado el derecho no amenaza con tormentos ultraterrenos, sino que castiga aquí en esta vida, con castigos concretos. No obstante, el hombre delinque. Delinque y peca, viola la religión y derecho, sufre por ello sanción en este mundo y se expone a recibir torturas después de su muerte. El impulso a violar leyes humanas, la atracción del pecado, es, pues, más fuerte que el miedo a la cárcel, más fuerte que el temor inmenso a los terribles castigos que le esperan para siempre en la otra vida.

¿Por qué, se preguntan los moralistas, fracasa la escuela, el derecho, la religión y cuanto intento haya para mejorar intrínsecamente al hombre?

La religión católica habla del demonio como del enemigo que arrastra a la humanidad hacia los abismos de la perdición... Los griegos hablaban de la Fatalidad, ante la cual el hombre se doblega irremediamente. Y en lo individual se habla del Destino, impulso irresistible que conduce a cada uno a su propio fin.

Al responsabilizar de la conducta humana en general y de lo personal en particular a fuerzas externas, reconocemos tácitamente nuestros desvíos, pero al mis-

mo tiempo tratamos de disculparnos achacándoselos al Demonio, a la Fatalidad o al Destino.

Es relativamente nueva la concepción de que *están* en el *hombre mismo* los elementos de su drama. Superada la infancia de la humanidad, en la cual se personifica totalmente en fuerzas externas la dirección a nuestras vidas, se arriba a la introspección como medio de conocimiento. Son primero los pensadores, los poetas, los novelistas, los escritores, quienes encuentran en las vivencias del individuo un tesoro inagotable de estudios, de análisis y de motivos.

Refiriéndose a nuestra naturaleza pasional e instintiva, opuesta a la espiritual, Masferrer reniega nuestras debilidades en páginas transidas de cierto desencanto poético, dignas de recordar: "La más desgraciada aventura que pudo acontecer al hombre, fué encarnar, revestirse de forma en este rincón de la materia que llamamos Tierra.

Y no porque la materia en sí sea una cosa despreciable, vil y maligna, puesto que es uno de los tres elementos divinos, que sirven para la manifestación del verbo en todo el universo, sino porque sus modalidades terrestres son opuestas a las características del espíritu del hombre. La materia terrestre y el espíritu del hombre son antitéticos, a tal grado que al unirse los dos no forman una síntesis, un equilibrio, sino un desconcierto. De ahí esta consecuencia que nos explica la inmensa desventura humana: el hombre es un monstruo. Su vida toda es el resultado de esa contradicción y por eso es que hay en el hombre vicios, pecados, enfermedades y excentricidades que no conocen los otros seres, como el asesinato, la avaricia, la tiranía, el suicidio, el narco-

tismo, la prostitución y la locura. Mientras que los demás seres terrestres cumplen fielmente su destino porque son de la tierra, porque están en su propio medio, el hombre se agita y se debate en el descontento, en el trastorno y el vicio. La serenidad que otorgan los dioses a las criaturas inocentes, es desconocida en el hombre, salvo en los primeros años de su niñez y cuando todavía no tiene el presentimiento de su destino. No pudiendo vivir en la sonrisa y en el canto, como las flores y los pájaros, o en el sosiego y la paz, como las rocas y las bestias, quiere el hombre olvidar. No pudiendo olvidar porque su espíritu no se conforma con su cárcel, el hombre se exaspera, huye de sí mismo, precipitándose en el juego, en la embriaguez, en la codicia, en la lujuria, en la ambición, en el movimiento vertiginoso, en el narcoticismo, en el suicidio y en la guerra...

Mas, resucitaremos de entre los muertos, según promesa de Jesús. ¡Resucitaremos!... Si encontráramos la clave para armonizar nuestro espíritu con nuestro cuerpo, llegaríamos un día a emanciparnos de la carne, a evadirnos de la materia y volveríamos a morar en aquel mundo de donde fuimos arrojados por nuestra ceguera y nuestra culpa.

Entre tanto, sumergidos en este océano de horrores, absurdos y dolores, nos consolamos con la voz silenciosa, insistente y acariciadora que nos dice al oído, como un levisimo rumor llegado de la inmensidad: "Vosotros sois dioses"... ¡Dioses!... Sí, dioses arrojados del cielo, reyes destronados, auroras aherrojadas en la carne, zafiros desvanecidos en las entrañas de la piedra.

¡Nosotros somos dioses! Sólo que en

vez de alas en los hombros llevamos grillos en los pies.

¡Qué grillos! ¡Qué cadena! El primer eslabón fué acaso la soberbia, raíz y fuente de todo mal y de toda ceguera. ¿Dónde fué? o ¿cuándo fué? ¿En algún astro inaccesible de esos que apenas vislumbramos en una noche diáfana? ¿En un punto de aquella nebulosa, humareda de mundos que veis allí, más allá de la Vía Láctea, fuera de nuestro universo, fuera de nuestra concepción y aun de nuestra fantasía? ¿En alguna región de luz y bienandanza que apenas logra visitar uno de esos cometas que los hombres vieron aparecer sólo una vez y que ya nunca más veremos de aquí, desde la Tierra?

¿Dónde fué? ¿Cómo fué?

No más conocemos de la trágica historia, sino que comenzó en una venturosa morada, toda luz, toda concordia y armonía, donde la fiera, el hombre, la planta, el reptil y el pájaro vivían unidos, amigos, hermanos enlazados por un vínculo que se llamó el amor. La Biblia le llama el Edén, es decir un jardín, un paraíso, una gloria.

Ahí fué donde un día este demonio llamado soberbia, esta serpiente que desde entonces vive enroscada a nuestro cuello, cuchichea al oído del hombre las fatales palabras "Rebelaos y seréis como dioses..."

¡Rebelarse, apartarse, no ser como todos, ser únicos, ser dueños, mandar, dominar, imperar!

Desde entonces el fatal consejero no ha cesado de acercar su lívida cabeza a nuestro oído, y el hombre, esclavo del ardiente Deseo, se agita día y noche, todas las horas, todos los instantes para ser dueño,

para ser rey, para ser dios... Busca el poder, la gloria, los honores, la riqueza, las jerarquías, las castas, cuanto pueda alzarle por encima de sus hermanos en cuya opresión y sometimiento cifra la mayor de sus dichas.

La soberbia fué, pues, el pecado de origen, el vicio, la raíz de la vida, el que contaminó la luz de nuestro espíritu y nos trajo obligados a vivir en un mundo cual éste, donde la vida es batallar sin tregua; donde la criatura humana se ha transformado en monstruo, donde el corazón y la mente sueñan y realizan horrores; donde un látigo horrendo, tejido con hidras de perennes cabezas azota sin tregua y sin piedad nuestras espaldas.

La raza humana entera (¿o tal vez sólo una porción de la misma?) fué destrerrada de este mundo de luz por un serafín que blandía una espada de fuego. Y nuestra sentencia y castigo fué nacer de carne, es decir, morir. Allá vivíamos y aquí estamos muertos”.

* * *

Con voz doliente y acentos bíblicos Masferrer culpa a la soberbia del origen de nuestra conducta pecaminosa y delictiva. Igual tono hallamos en los poetas, escritores, pensadores y moralistas. Todos ellos se inspiran en la Biblia.

Pero los hombres de ciencia, buscan, como es natural, en otros campos los resortes que impulsan nuestros actos. Dos corrientes dominan al respecto: la teoría pansexualista de Freud y la voluntad de poderío de Adler.

En síntesis, Freud ve en el fondo de las actitudes humanas un contenido sexual. Hemos de hallar, siguiendo a este investigador, en la conducta humana motivacio-

nes sexuales, desde el aspecto primario y crudo de la libida hasta la más lejana e idealizada actitud de espiritualidad. La sexualidad es aplicable como denominador común tanto a la vida sana como a la enferma. Las manifestaciones más elevadas de la vida normal como el arte, la ciencia, etc., no son sino sublimaciones de la sexualidad en los hombres de talento; y gran número de actos anormales (crímenes, sadismos, masoquismo, etc., etc.) y de enfermedades (neurosis, histerias, etc.) caen en la esfera de la patología sexual.

Científicos que difieren mucho de Freud reconocen, sin embargo, la decisiva influencia del sexo en la vida individual y social. Y porque el sexo determina las diferencias anatómicas, funcionales y psíquicas, está presente en las acciones del hombre y de la mujer; no sólo de los límites del acto sexual, también en todas las actitudes emocionales, profesionales, deportivas, etc., etc., del varón y de la hembra.

Cierto que, dicho sea de paso, pueden los amigos de la discusión decir que las pretendidas diferencias entre el hombre y la mujer se van borrando en todos los terrenos. Dirán que las mujeres desempeñan con igual y mayor eficiencia los oficios y profesiones hasta ayer exclusivas del hombre, como ha pasado en la Alemania actual, cuya reconstrucción se debe más a la mujer. Dirán también que aun en el íntimo recinto orgánico la ciencia halla elementos masculinos y femeninos por igual en el hombre y la mujer y que por eso hoy día — tiempos de avance científico — se está haciendo corriente las transformaciones de hombres a mujeres y viceversa. Todo eso es innegable. Ante la evidencia científica no caben contraar-

gumentaciones. Pero también, regresando por el camino científico o la raíz animal, zoológica, y telúrica, el hombre, sin mistificaciones biológicas, será siempre hombre y la mujer, el ser más adorable y madre amorosa, por más que en las profesiones, oficios y artes iguale y hasta supere al hombre.

Pero, volvamos a la conducta. Alfredo Adler descubre en el individuo un sentimiento dominante: el de inferioridad. Luchando contra este sentimiento el hombre procura conquistar honores, dinero, preeminencias. Afanosamente trata de sobresalir, de afirmarse y aunque los medios sean distintos el fin es el mismo: dominar.

El sentimiento, conciencia o complejo de inferioridad —el nombre está en discusión— nace con el individuo en el instante de venir al mundo. El recién nacido siente fuertemente la necesidad de alimentos y al mismo tiempo sufre la impotencia de satisfacer por sí mismo su necesidad. Esta antinomia entre necesidad e incapacidad dura a lo largo de los primeros años. Adler y su escuela no han profundizado tal realidad. Enfocando las relaciones afectivas que hacen dura o fácil la adaptación del niño a la vida, soslaya dicha antinomia como el verdadero origen del sentimiento de inferioridad o de incapacidad.

* * *

Aunque Adler contrapone su teoría de “la voluntad de poderío” —originada en el sentimiento de inferioridad—, a la pansexualista de Freud, es indudable que ambos pueden armonizarse aceptando que la conducta humana está impulsada por el afán de placer, por motivaciones sexua-

les (escuela Freudiana) y por la necesidad de superar el sentimiento de inferioridad (escuela Adleriana).

Pero bien, sea que el demonio, la fatalidad, el destino, la soberbia, la sed de placer o el afán de superioridad causen los aspectos negativos y dañinos de la conducta, la sociedad los condena terminantemente. Y en su propósito de suprimir las formas indeseables de conducta ha creado las leyes, los castigos, etc. Sin embargo, los hombres de mayor visión, ven, en esas medidas represivas únicamente soluciones transitorias, absolutamente artificiales. Cifran toda su confianza, su fe y su esperanza en la *educación*, en la *cultura* como el remedio natural para transformar los *impulsos primitivos* en formas cultas, cívicas y morales de conducta.

Mas, también hoy tenemos que lamentar el fracaso rotundo de la cultura como expresión de conducta. Poseemos los dones de la cultura y procedemos contrariamente a ellos, en las grandes y pequeñas ocasiones. Somos capaces, después de pasarnos la tarde leyendo por centésima vez la apología de Sócrates, de meditar sobre la excelsa serenidad del filósofo y de tomarla como modelo ideal, somos capaces, decimos, de proferir, al llegar a casa, mil expresiones vulgares ante las menudas contrariedades caseras, exactamente igual a como lo haría un analfabeta de mal humor. Igual negación se hace del civismo. Vemos cómo hombres de innegable ilustración se alinean —ante una buena perspectiva de lucro personal— en los frentes antidemocráticos, reaccionarios y continuistas. Asistimos también aquí al triunfo de la materia sobre el espíritu, en personas que se habían significado como defensoras de ideales, pero que llegado el

momento oportuno se portan, aunque con subterfugios hábiles, con el mismo apetito del más vulgar e ignorante ambicioso.

El aspecto moral no sale mejor parado en este orden de consideraciones. Si no recordamos mal, en una obra de Eca de Queiroz leímos un capítulo simbólico. Se trata de apretar un botón eléctrico para que muera un mandarín chino y disfrutar después sus cuantiosos bienes. ¿Nos abstendríamos por consideraciones morales de apretar el botón que nos conduciría al deleite de nuestros placeres sensuales favoritos?

Apretar el botón significa pasar sobre nuestras convicciones, conceptos de bien, ideales, etc., si con ello ganamos fortuna,

hombres, poder. Afirmamos, con testimonios en la realidad, que por excepción un reducidísimo número de hombres cultos no lo haría.

Ante el fracaso de la cultura y de la educación como actitud vital de los hombres, uno se pregunta qué camino es el adecuado para sublimar o siquiera mejorar la conducta práctica de los individuos. La respuesta aun no se ha dado. Quizá la antropología, la biología, la etnología, una filosofía política-económica-social y también la eugenesia enmarcadas en una nueva educación nos la dé en un futuro, ¡futuro que ojalá no sea tan lejano!...

San Salvador, Agosto de 1955.

"CARPA FLORES"

Por ROLANDO VELASQUEZ

I

Cae una fina lluvia sobre el extenso campo hace unos momentos todavía lleno de luces, y sumido ahora en una penumbra cansada, fría y fantasmal. Entre el cielo oscuramente gris, fangoso, sólo de cuando en cuando aparece una densa nube blanca, que corre como perseguida, baja un momento y sube luego hasta confundirse con las más altas sombras, desapareciendo entre ellas.

Llovió desde temprano. Incansablemente, a torrentes, sin pausa ni término. Un frío huracán barrió a los paseantes de la feria luminosa, ya cerca de la media noche, pues que ellos, en las horas tempranas, desafiaron el agua y se mantuvieron firmes, cada uno en su puesto, empapados, muchos soñolientos pero invencibles en la persecución de la alegría; algunos buscando inútilmente una bebida caliente, porque la lluvia acabó con las alegres fogatas y convirtió en negros carbones las brasas y en lodo sinuoso y fugitivo las albas cenizas; otros espectadores y rígidos junto a las mesas de azar, esperando la llegada de la suerte esquiva, del envite afortunado que compensara el desvelo y la fatiga y el martirio producido por la terrible viscosidad del lodo que, filtrándose a través de los zapatos formaba en la piel, entre los dedos, escamas gelatinosas, produciendo en cada movimiento un leve, molesto chasquido.

Una sola vez, antes del huracán, intentó brillar la luna. Se asomó, hinchada y débilmente rojiza, por entre la masa de nubes, pero volvió a perderse en ellas, sin dejar ni un leve rastro de luz. Aquel breve resplandor, no obstante que el rojo lunar tuviese un tétrico y maligno aspecto, reanimó de repente los ya cansados afanes de los trasnochadores. Pero al venir el viento la desbandada se inició.

Agitadas caravanas comenzaron a moverse, desde todos los puestos, pugnando por hallar las salidas más rápidas, y por esquivar al azote de las ráfagas, heladas y sombrías, se diría que visibles, pareciendo desprenderse, implacables y agresivas, desde las oscuras nubes bajas. El diluvio prosiguió, acompañado por el huracán, y momentáneamente la feria fué sumiéndose en las sombras y el silencio. Sólo luces muy débiles quedaron brillando a través de las carpas, entre las cuales se efectuaba el recuento de las ganancias miserables, o se lamentaba la horrenda mala suerte del día. A la débil luz que se filtraba desde dentro, uno que otro paseante rezagado iba retirándose. Lento, chapaleando entre el fango espeso, sin preocuparse de salvar los pequeños arroyos formados entre la grama. A ratos, al golpe de la embriaguez, las piernas desfallecientes se doblegaban y el hombre caía, formulando entre dientes alguna maldición. Conseguía proseguir, indeciso bajo la lluvia, hasta encontrar, ya en el límite del campo, al borde de la calle, algún banco providencial en donde permanecía, aturdido, viendo frente a él la extensión apagada y el conjunto de barracones y carpas con sus internas luces trémulas, que en medio de la sombra parecían cobrar unidad y tomar la forma de un espantoso, increíble monstruo, con chispeantes ojos en los costados y en lo alto de la cabeza, y en diversas partes de su ondulado cuerpo. Otros hombres caminaban entorpecidos pero logrando orientarse hacia los habituales sitios de descanso de los beodos de todas las ferias. Se tendían bajo los árboles, sobre el césped, o a la intemperie sobre el duro pavimento. En los sombríos recodos se apiñaban los hombres dormidos, como sumidos en mágico sueño del que no alcanzaba a levantarlos ni el ruido de la ventisca y el sospechoso crujir de la arboleda, ni el frío de la tierra, ni la intolerable humedad del suelo ni la violencia del aguacero que les empapaba la ropa y les erizaba las carnes.

Algún otro ebrio, de voz entorpecida, cantaba a lo lejos, acompañándose torpemente con una guitarra. Pero su canto, más que una voz humana, parecía el grito de un ave marinera volando sobre los velámenes enormes de la feria.

II

Olía a estiércol en el interior de la trashumante carpa, dentro de la cual se encontraban un niño, un hombre y tres muñecos. Del suelo humedecido subía un vaho denso y tibio, casi palpable, que al mezclarse con los olores que penetraban de fuera, impulsados por el viento, causaba mareos, y habría provocado náuseas a cualquiera que no estuviese familiarizado con el olor de todas las ferias, como lo estaba este hombre desvelado, tendido junto al niño dormido, con su sueño igual al de las tres marionetas que yacían abandonadas, sucias y desmadradas, como rendidas por la espera larga y el terrible cansancio acumulado a través de un día totalmente infructuoso.

Había sido aquél el quinto día de la feria, y para el empresario y animador del sórdido espectáculo de títeres instalado en uno de los rincones más lejanos aunque concurridos del campo, y que ostentaba orgullosamente el nombre de "Carpa Flores", las cosas marchaban penosamente mal. Desde el comienzo comprendió que esta temporada no lograría resultados siquiera medianos. Pero la realidad había sobrepasado todo cálculo pesimista. Esa noche, particularmente, había sido desastrosa. La lluvia y el huracán arrasaron hasta con la última posibilidad de triunfo y de ingresos.

Incorporado a todas las tradiciones y supersticiones de ese raro mundo bohemio que ambulaba por todos los pueblos, de feria en feria, con el ánimo opti-



mista y las ambiciones en acecho, manteniendo firme la esperanza en la conquista de una fortuna siempre huidiza, que cuando mucho se traduce en aplausos fugaces y perecederos más que ningún otro aplauso, el hombre profesaba la superstición de los astros. Y nada bueno significaba para él esa luna acuosa y rojiza que se mostrara por un momento en el cielo. Era posiblemente un augurio de la fatalidad. Presagiaba sin duda la bancarrota total, el derrumbe inevitable de su último esfuerzo por mantenerse leal a su principio familiar, sosteniendo aquella pequeña empresa, en esta última etapa a base de enormes sacrificios, comprometiendo las ilusorias ganancias de cada jornada con feroces agiotistas y con explotadores de la peor condición que, en un momento dado podrían destrozarlo inexorable, calculada y definitivamente.

* * *

Felipe de Jesús Flores constituía el sedimento último de una rancia estirpe de titiriteros. Titiiritero fué el padre de su padre, éste fué titiritero y Felipe de Jesús lo fué —y en esto consistía su íntima desazón— no por una vocación sincera sino porque las urgencias de la vida lo forzaron a seguir la ruta trazada por sus antecesores. Pero, si bien sentía una firme atracción por estas cosas un tanto abstractas de la vagabundería y el espectáculo ambulante y populachero, en realidad el ejercicio específico de titiritero no lo compació nunca. Demasiado sabía que eran

necesarias determinadas condiciones para desempeñarlo con éxito. Y, cuando procedía a hacer un largo examen de conciencia, siempre que el tiempo se mostraba propicio para ello, como en esta noche en que, recién pasada la tormenta una lluvia menuda caía incesante sobre el techo flexible de su destartado refugio, y un frío penetrante le recordaba su reumatismo y sus pertinaces ataques de malaria, se daba cuenta de que discurría sobre un camino que no era su propio camino, y que marchaba sobre él como un autómatas, inseguro, fluctuante, quizá sólo por seguir los últimos consejos del padre, agonizante tras de una larga vida desasosegada y aventurera, y quien le había dicho, en medio de aquel penoso morir, que tres cosas era lo esencial que conservara: los títeres —preciosos muñecos de indumentaria clásica e ingenio travieso, presto a tornarse profundo y encantador dramatismo—, la carpa y el apellido Flores en la parte más prominente de ella. Porque ya desde muy antes corrientemente le repetía que algo debe quedar del hombre a su paso por la tierra: un hijo, un recuerdo, una obra, acaso sólo un nombre, pero algo, en fin, que lo perpetúe, porque es duro el morir y ser olvidado para siempre, y las almas que penan, llenando los caminos con sus dolorosos gemidos o asaltando a los viandantes en las horas espantosas de la media noche, son las almas de los hombres egoístas que no quisieron prolongar su aliento sobre la tierra en cualquiera de estas formas.

Era filósofo el padre de Felipe de Jesús. Filósofo y erudito. Un filósofo sensitivo y peculiar, no surgido de las academias sino de la propia entraña de la vida. Un erudito que no alardeó jamás, ni visitó las bibliotecas, pero que llevaba mucha sabiduría guardada en alguna parte del cerebro, y la cual prodigaba en los días más felices, ante un público siempre abundante, risueño y alborotador, que hallaba en el interior de la "Carpa Flores", a la que el hombre llamaba pomposamente "teatro lírico", un refugio contra la tristeza y el aburrimiento.

III

Pensar siquiera que el padre no había sido un verdadero artista y un verdadero sabio, habría sido para Felipe de Jesús una abominable herejía. Porque él lo recordaba muy bien. Lo había acompañado durante el período de la infancia en las magníficas jiras por poblados de todas las categorías, minúsculos y grandes, letrados o ignorantes, en los que conquistaran éxitos enormes. Pero en aquellos buenos tiempos la "Carpa Flores" era un verdadero teatro de comedia. Su elenco lo formaban más de quince muñecos, cada uno con una variedad pintoresca de trajes bien conservados, brillantes y adecuados a cada situación. No era la carpa miserable de hoy, con tres muñecos apenas, uno de ellos roto y trabajosamente remendado en la faz, sobre la cual mostraba feos parches de tela adhesiva. Este apenas si aparecía ante el público, y por su aspecto sólo servía para papeles de "hombre malo". En cuanto a lo que se podría representar con sólo dos protagonistas y lo que Felipe de Jesús conocía de arte escénico y lo escaso que le brotaba del magín, él mismo se daba cuenta de que la de hoy era una situación deplorable. Porque para estas cosas, sólo el padre, que se atrevía aun con grandes obras dramáticas, figurando entre sus muñecos un "Sigfrido" de relampagueante espada y sonrosado rostro; un "Oteló" negro como un día de aflicción; una "Desdémona" lánguida y espigada; una "Roxana" de imparable rostro; un "Cirano" narigudo y doliente; un "Don Juan" con altiva pluma de gallo en el sombrero, ésta de tamaño descomunal, abarcando casi dos tercios de la estatura del protagonista; una "Doña Inés" de rostro picaresco y burlón; y otros personajes más, que podían mul-

tipificarse a voluntad. Aquello era, a más de teatro, un verdadero acto de magia, por la rapidez con que los personajes podían transformarse de reyes en pastores, de mendigos en reyes, y aun hacer de tranquilos comparsas, como si se tratara de un verdadero conjunto humano y versado en los más profundos secretos del arte teatral.

En cuanto a los recursos del artista que movía todo este mundo disciplinado y fantástico, eran de una naturaleza superior. El parecía haber actuado a la vez en todos los papeles que sus personajes sabían representar. No conocía trozos de drama o de comedia sino comedias y dramas enteros, y largaba sus párrafos con la agilidad y la soltura con que el hábil prestidigitador va sacando interminables cintas de colores del interior de un cono de papel. Sólo de vez en cuando alteraba un párrafo, un verso o una estrofa, en ocasiones quizá para llenar una laguna de la memoria, en ocasiones quizá adrede para desatar la hilaridad del público, o distraerlo cuando lo sentía comenzar a cansarse en las enormes tiradas, aun cuando con una poderosa capacidad de síntesis él iba recortando cuidadosamente mucho de lo que juzgaba no imprescindible, sin que por esto la unidad o la esencia de la pieza se vieran lastimadas. Anudaba perfectamente las fracciones sueltas, en un momento dado. A veces también imprimía a las obras un ligero acento vernáculo, como solía hacerlo en "Cirano". No era extraño oír a éste, tras de sus quejas formuladas a escondidas, oculto al pie de la ventana romántica, cantar agitado y desesperadamente alguna tonada que en sus labios parecía algo de un carácter muy distinto, incompatible por su propia naturaleza con el personaje, pero que constituía un admirable motivo para entusiasmar al público:

*"Malditas son las paredes,
las que no tienen ventana,
para ver a mi morena
hecha una rosa en su cama".*

El contraste era en verdad desconcertante, pero resultaba un medio eficaz por el cual los personajes se acercaban más al corazón del espectador, se identificaban a él, lo convencían de su realidad dramática. como transportándose repentinamente, de retorno en el espacio y el tiempo, para llevar a los habituales de "Carpa Flores" el signo comprensible de la universalidad del drama y del amor. Pero no era propiamente de allí, del contraste hilarante que se manifestaba más rotundo y claro cuando la rubia y blanquísima "Roxana" aparecía en escena y fingía ver hacia abajo del balcón, de donde provenía la risa. Esto, ilógicamente, seguía siendo dramático para el espectador. Pero no iba a exigirle lógica a un público, sobre todo a un público como éste, heterogéneo y en su mayor parte despreocupado. La risa la desencadenaba el gracejo y la inocente picardía con que "Cirano", al desaparecer "Roxana", volvía a cantar desde el supuesto escondite:

*"No te salgas al alero
que el sereno te hace daño;
dos palabras hablaremos,
y en tu cama las hablamos".*

Había allí como un premeditado salto del dolor a la risa, y el público, por naturaleza cruel pero renuente a aceptar la crueldad del drama dirigiéndose como un estoque hacia sus propios sentimientos, sentía un laxo, suave descanso al reír,

agradecido de que el ingenio del hombre le abriese una puerta para escapar de la tortura.

Pero en cuanto a lo demás, generalmente sus personajes eran orgullosamente serios, metódicamente ceñidos a su papel, circunspectamente clásicos. No obstante que aquel público que concurría a la carpa no era el más adecuado para comprender esta seriedad y este espíritu, la capacidad de simplificarlo todo y de sintetizar hábilmente aun las cosas complicadas y extensas, salvaba esta dificultad y hacía a los espectadores sentirse sugestionados, como poseídos de antemano por la escena que vendría, y propicios al llanto o a la risa. Comenzaba la presentación con una síntesis del drama o la comedia. Era todo tan claro, tan preciso, que el hilo se tomaba desde el primer momento. Luego desfilaban personajes y comparsas. El principal hacía una reverencia al público, y resucitando en aquel ambiente la costumbre de los más antiguos comediantes, la más rancia tradición teatral, recitaba, jovial y altisonante:

*"Para nosotros pedimos
y para nuestra comedia,
vuestra atención bondadosa
y necesaria indulgencia".*

Y comenzaba a moverse la escena, espontánea, y el público a seguirla, experimentando en el correr de ella las más diversas sensaciones, como si su espíritu vibrase sincronizado a las emociones de los oropelescos personajes, y como si aquel minúsculo mundo de la carpa fuese un mundo real, una humanidad a la que el hombre de carne pudiera incorporarse con relativa facilidad.

Era también sorprendente su capacidad para imprimir simultáneo movimiento a las figuras, ya fuesen dos o seis las que participasen en la escena. Auxiliándolo en esta tarea fué que Felipe de Jesús aprendió ese arte sutil y delicado de mantener un escenario de títeres moviéndose en una acción nunca discontinuada y siempre oportuna. Era necesario un cuidado escrupuloso y una finura particular de mente y de nervios para mover con acierto aquella compleja maraña, especie de fantástico telar, que se tendía frente al operador y en el momento necesario hacía funcionar determinada sección de la anatomía de las marionetas. Era quizá el aspecto más complicado en el extraño arte, y lo que definía una parte sustancial del triunfo. En los momentos culminantes de la representación, no se sabía qué apreciar más, si la memoria y el talento histriónico del hombre, o la capacidad, casi subconsciente de sus dedos para seleccionar el hilo adecuado. Subconsciente, sí, porque el espacio visual era muy reducido y casi nunca se alcanzaba a ver, desde dentro, qué actitud había tomado el personaje. Pero se sabía que el movimiento era correcto por el rumor que venía desde el público, expresando satisfacción. Porque un desplome, un error por sencillo que fuese hacía tambalearse y podía derrumbar todo el paciente triunfo de la habilidad y el arte del titiritero. Por eso había aprendido a conocer ese secreto aliento de las multitudes que exalta o reprueba a un artista. Sabía orientarse en él como el marino que navegando a ciegas, en la oscuridad, se orienta y conoce su marcha fácilmente por el ruido de las olas.

--El verdadero talento del artista consiste en no hacerse nunca merecedor de una rechifla —filosofaba muy a menudo el viejo. La primera vez que un muñeco se me desplome o se mantenga inmóvil, yo seré un artista liquidado. La primera vez que el público me silbe me consideraré un hombre muerto. Un artista es igual que un guerrero: no puede sobrevivir jamás a la vergüenza y la derrota.

Y este sentimiento heroico, indudablemente de estirpe clásica, era el que lo animaba constantemente y lo hacía triunfar, y el que contribuía quizá, en mayor grado, a forjar en el hijo una cierta sumisión que más tarde determinó el cumplimiento de lo que él consideró una misión ineludible: seguir la misma ruta de su padre y convertirse, a su vez, en titiritero.

IV

Hasta los veinte años, Felipe de Jesús acompañó al padre obediente y amorosamente. Su niñez transcurrió entre la atmósfera dulce de las ferias. Desfilaban frente a sus ojos las ciudades más extrañas y disímiles. Ora la urbe suntuosa, iluminada y trepidante, ora el poblacho olvidado en el mapa, casi perdido entre una montaña.

Pero a lo largo de ese tiempo, el muchacho fué considerando que si bien le agradaba el andar errante y le emocionaba la aventura y la atmósfera en que se mueven las gentes dedicadas a una vida semejante, él no había llegado a conocer, integralmente, en un largo aprendizaje, el arte complicado de su padre. Apenas si tenía agilidad para mover los hilos que a su vez movían a los gallardos personajes. Pero no había heredado el talento y la calidad dramática del experto titiritero.

Otra actividad indudablemente lo habría satisfecho más. Con dolorosa envidia había contemplado a otros muchachos de su misma edad vistiendo trajes de azul, rojo y dorado resplandecientes, en los circos, cabalgando un enorme elefante. Los había visto también, tan temprano de la vida, siendo hábiles domadores de fieras o temerarios acróbatas, que realizaban espectaculares saltos mortales sobre los trapacios. Se encantaba admirando a expertos domadores de serpientes, que realizaban portentosas suertes, mostrándose con una docena de gruesos reptiles anudados en torno del cuerpo, semejantes a una estampa que encontró alguna vez entre los viejos papeles de su padre, y que tenía nada más una inscripción para él totalmente enigmática: Laoconte. Admiraba, además, la facilidad con que los fulleros de las ferias, grandes y pequeños, ganaban el dinero, ya por medio de aparatosas organizaciones, ya en minúsculas mesas en que imperaba, como un amo invisible, el cálculo astutamente trazado, hasta parecer a los ingenuos únicamente alternativa de un impredecible azar.

Y pensando en estas cosas, un día de tantos, sin decir nada al padre, se marchó, para buscar un nuevo destino.

V

Cinco años más tarde, cuando volvió a reunirse con el viejo titiritero siempre filosofante y amable traía un hijo y una mujer. El padre acogió a los tres bajo la carpa, pero le dió a entender que estaba a dos pasos de la ruina. El negocio de títeres ya no producía lo suficiente. Además él, con el avance de la edad y las continuas enfermedades, ya no era el mismo de antes. Ya no atraía grandes masas de público. Había además, por todas partes, espectáculos y diversiones más modernos, y con medios de explotación más eficientes, verdaderos consorcios económicos. El viejo se mostraba por esto melancólico y afligido. Aquel su antiguo y querido "Romance de la Rosa", encontrado quién sabe dónde, y que él naturalmente había arreglado a su manera —pues de otro modo no lo habría entendido

su público—, intercalándole estrofas cogidas aquí y allá, dejando del original algunas pocas y vagas expresiones, siempre sabiamente hilvanadas, ya no tenía la resonancia de antaño. Pensó una vez que iba a recibir la rechifla temida, la que lo hacía sufrir inenarrables, secretas angustias, la que lo había obsesionado en toda su existencia, cuando se dió cuenta de que uno de sus personajes, a quien llamaba "Amaranto", no declamaba ya con la sonoridad y el énfasis que habían sido siempre incontrarrestables en la conquista del aplauso:

*"Pura, encendida rosa,
Emula de la llama,
Que sale con el día
Cómo naces tan llena de alegría
Si sabes que la edad que te da el cielo
es apenas un breve y veloz vuelo?"*

Todo su ser se estremeció, como en la premonición de un cataclismo. Acaso el público no lo notara, pero él sí lo comprendía hartó bien. Era el principio del derrumbe. Y lo comprobó de manera mejor al oírse decir:

*"Qué penas la entristecen?
Qué pesares devora?
Flores, prestadme oído
Y os contaré su historia".*

Y más aún cuando correspondía decir a "Amaranto" en un tono patético:

*"Símbolo soy del amor,
Tengo el nombre de inmortal;
Apartaos de aquí, rosas,
Que toca a mí solamente
Coronar dioses y diosas".*

Y cuando la voz femenina, carente de resonancia, oscura y fea, respondía:

*"Tu presencia ha reanimado
Los acordes de mi lira,
Postrer ofrenda que Flora
da al corazón que suspira"...*

VI

Murió al fin, entre inexplicables dolores que acaso fueran más que dolencia física, un mal de angustia, una terrible y callada inconformidad por la derrota que le imponía la vida

Felipe de Jesús quedó sin la única verdadera compañía de su vida, obligado a continuar aquella obra errante. Estaba irremediablemente solo, entre la tropilla de mudos muñecos y la mujer y el hijo que a pesar de que iba creciendo parecía también un muñeco silencioso y hosco. La mujer, generalmente apática, se comportaba en ocasiones como si poseyese un alma semejante a la de aquellos orgullosos títeres. Tenía arranques de soberbia incontenible, intensamente teatrales, que la semejaban a una reina despótica y caprichosa.

—Odioso volatinero vago! —solía gritarle cuando las cosas no salían a la medida de sus deseos y más que todo, cuando el cerco económico del titiritero se hacía más estrecho.

Y en uno de esos momentos, hallándose ausente Felipe de Jesús, arremetió ella contra los indefensos muñecos amontonados entre la carpa, cuchilla en mano, y los fué destrozando feroz, implacablemente, y amontonándolos en una esquina, con todo y los lujosos vestuarios, hechos trizas también por la furia incontralada.

Cuando retornó Felipe de Jesús encontró solamente al muchacho, llorando entre los despojos, y con un recado de la madre, diciendo que se había marchado con todas sus cosas, para no volver a juntarse nunca con un hombre como él, vagabundo y miserable, que no sabía hacer ninguna cosa productiva.

Para Felipe de Jesús aquella catástrofe fué sin embargo como un sedante descanso. Se sintió como si hubiera arrojado un lastre. Le pesaba mucho la mujer con sus exigencias y su altivez, y más le pesaban aquellos títeres a los que no podía hacer trabajar con la eficiencia debida, que habían perdido toda su vida y toda su lucidez desde la muerte del padre, y que de tropilla graciosa y espléndida habían tenido que descender, reduciéndose a representar papeles aislados, grotescos y pesados números de un ingrato regionalismo burdo, como si hubiesen renunciado a su estirpe noble, aplebeyándose y degradándose en aquella promiscuidad oscura de las ferias. El inefable sueño del "teatro lírico" había muerto ya, desde hacía mucho tiempo. De aquello no quedaba sino una carpa remendada y sucia, como todas las carpas, a la que sólo llegaban niños pobrísimos y adultos de la más baja condición.

Al hacer el recuento sobre el campo de la tragedia, se enteró de que por lo menos dos muñecos, un hombre y una mujer, habían sobrevivido. Un tercero yacía junto a los restos, bastante maltratado pero fácilmente reparable. Lo fué reconstruyendo con paciencia. Entonces se sintió alegre y liviano, porque tenía todo lo que en realidad necesitaba: "un trío". El muñeco rescatado y recompuesto era, por otra parte, un magnífico personaje, adecuado para el público que visitaba la "Carpa Flores", público nuevo y muy distinto del de otros tiempos. Lo bautizaron desde el primer momento con un nombre evocativo del hampa: "Cara cortada", y esto pareció trazar la característica esencial de su destino. Servía maravillosamente para hacer el villano, e irrumpía con pesadas agudezas en medio del diálogo de los otros dos personajes. Era, además, el único que arrancaba entusiasmas, frenéticos aplausos, en los días de lleno completo, cuando inopinadamente iniciaba una exacerbada prédica socialista.

Así, Felipe de Jesús siguió arrastrando resignadamente su frustración y su fracaso, de feria en feria, de pueblo en pueblo, acompañado del hijo silencioso, cada vez con un mayor y odioso parecido a la madre; y de sus tres muñecos de los cuales, el único que viéndolo bien valía la pena como artista, era "Cara Cortada".

VII

En todo esto pensaba Felipe de Jesús aquella noche en que la lluvia, incesante y menuda, caía sobre el campo de la feria, pero parecía particularmente inclinada a empapar las todavía resistentes lonas de la "Carpa Flores". Estaba tirado en el jergón, junto al hijo dormido y más enigmático al dormir, y veía desde allí, sin ningún entusiasmo, a la escasa luz que se filtraba a través de los agujeros y las rendijas, a los miembros de su trío descansando sobre un viejo baúl.

De pronto el frío que sentía en los pies, un frío agudo, casi doloroso, se fué convirtiendo en ardor lento, que subía a través de las piernas, y se extendía por la columna vertebral. Otra vez "aquello" pensó. "Aquello" era lo que había ocurrido dos veces antes, por la época en que escapara del poder del padre, muchos años atrás. La primera vez estuvo en un manicomio. Lo recogieron en un barranco, al borde de un remoto poblacho, enfangado y roto. Caminaba de regreso de una fiesta, por el desolado camino. De pronto la sensación de frío se convirtió en calor ascendente. Pero no le dió importancia a aquello y siguió caminando. De pronto sintió dos manos posarse sobre él, una en cada hombro. Volvió la vista rápido, y vió caminando primero atrás y luego junto a él una mujer de belleza extraordinaria. Embelesado iba a iniciar la plática, pero no tuvo tiempo porque el bello rostro se convirtió en una forma bestial, de boca llameante y descomunales ojos. Corrió entonces, ya sin sentido, lanzando horribles alaridos. Al volver en sí se encontró entre dos loqueros y una enfermera. A los ocho días le dieron el alta, considerando, por lo que contaba, que sólo había tenido un breve ataque alucinatorio y que estaba mentalmente sano. Pero él nunca creyó en la alucinación. Estaba perfectamente lúcido cuando aquello sucedió.

La segunda vez, uno o dos años más tarde, en pleno día, vió venir de pronto frente a él un grupo amenazante. Al estar suficientemente cerca los hombres enarbolaron los machetes, y se inició la lucha desigual, fantástica. El gritó, lanzó piedras, dió puntapiés, hizo caer, enarbolando nada más un rosco garrote, algunas armas enemigas, y se destrozó las carnes al hacer contacto durante la huída afortunada y heroica, si una huída puede serlo, en las púas de los cercados de alambre. De nuevo lo recogieron inconsciente, y esta vez fué a parar a un hospital. Dos meses estuvo allí, y el anciano médico, cada vez que él le refería lo acontecido, sonreía irónico e incrédulo:

—Es el paludismo— decía.

Y tras de prescribirle más quinina, aventuraba, frente a los alumnos que lo seguían, severamente embutidos en sus guardapolvos blancos, una larga, confusa explicación acerca de toxinas palúdicas que invadiendo el cerebro producen agudos delirios y alucinaciones, manteniendo sin embargo en el sujeto una aparente lucidez.

Todo esto era para Felipe de Jesús extravagante e ininteligible y lo hacía a su vez sonreír. Pero lo que sí era ya familiar para él, era la sensación que precedía a la crisis. Y aquí estaba ella de nuevo, en esta horrible noche.

La feria, luminosa, y espléndida, con sus luces y sus gritos y músicas, y sus olores peculiares, comenzó a mostrarse dando vueltas como entre un torbellino. En el centro de la gran extensión, encaramado en una prominencia, el viejo titiritero que fué su padre, risueño y amable como siempre, agitaba un hermoso muñeco resplandeciente, vestido de oro y seda multicolor, sosteniendo una brillante espada entre la mano. No cabía duda que era "Sigfrido". Luego comenzaban a moverse y a girar los carrouseles iluminados, y la chiquillería comenzaba a correr en locas desbandadas. Algunos pasaban muy junto a él, mordiendo golosamente inflados copos de dulce algodón sonrosado. Otros se dirigían hacia la "Carpa Flores" y retrocedían, dolidos de encontrarla cerrada. De pronto estaba junto a él la bella sirena que se mostraba allá, en el otro extremo de la feria, en un fondo de arenas, algas y corales, en el que se movía graciosa y ágil, vista a través de una masa de agua encerrada en cuadrilongo receptáculo de cristal. Era el espectáculo más lujoso y emocionante de la feria. Pero al desvanecerse la sirena, se hallaba él de pronto en la sala de los espejos, en donde su imagen, deformada, aparecía

horrorosa, tristemente repulsiva, como la condensación de todos sus fracasos. Otra vez la sirena. Luego ella desaparecía, y reptando venía desde las barracas vecinas, la mujer serpiente, asquerosa pero insinuante, que buscaba enrollarse a su cuerpo. Y de repente, la cara de aquella mujer se convertía en el rostro apagado y en ocasiones altivo, de la madre del hijo que dormía allí, junto a él. Rostro odiado, que trataba de alejar con un signo. Rápido, el cambio iba hacia la desconsolada faz del "mico de agua", un pobre trashumante como él, que se ganaba la vida miserablemente, suspendido de un trapecio sobre un estanque. Desde adelante de la malla metálica que lo protegía de eventuales golpes, chicos y grandes disparaban pesadas bolas contra un blanco de metal que al ser golpeado en el centro desarticulaba un pequeño mecanismo y hacía caer al muchacho al estanque. Felipe de Jesús sentía en su propio cuerpo la sensación del frío en cada zambullida. Cuando el "mico de agua" volvía a subir al trapecio, tiritante y estúpido, se le quedaba viendo desde lejos con cara entristecida, que iba aproximándose hasta poder contemplarla en una increíble dimensión. Ahora la "Carpa Flores" era un inmenso teatro, bello y luminoso, repleto de gentes elegantes, instalado también en sitio dominante de la feria. Al levantarse el telón, aparecía el padre, risueño y optimista, inclinándose reverencioso ante los aplausos, y haciendo como restallar en el aire su peculiar sentencia:

—El artista que ha ganado una rechifla no merece vivir.

Y aquella voz resonaba por todos lados, distribuyéndose en mil ecos que venían a mezclarse en la mente del hombre tirado sobre el raído jergón.

* * *

Se solivió ligeramente en el lecho, que le pareció inconcebiblemente blando. El espectáculo radioso de la feria había desaparecido. Pero la voz del viejo titiritero seguía, insistente, martillando en su cerebro:

—No mereces vivir!

Pareció recobrar toda su lucidez mientras reconstruía rápidamente su fracaso. Se había comportado, desde la muerte del padre, como un artista inhábil. Y a la vez como un verdadero miserable. No sólo había sobrevivido a la rechifla y la burla sino que también había soportado mansamente, resignadamente, como una bestia, los ultrajes de los chiquillos y la altiva ironía de los grandes. Nada menos hacía dos días le habían lanzado inmundicias, a la cara, llamándolo ladrón. Comprendía bien que se lo merecía, porque siempre fué un hombre torpe, incapaz de retener de memoria siquiera un párrafo brillante, en caso de que lo leyera. Había aun perdido su única capacidad real: la de accionar los hilos de las marionetas. Las dejaba hoy moverse a su antojo, ir descompasadamente de un lado a otro, guiadas por el azar y no por la técnica. En cuanto a que pudiera componer, como lo hacía su padre, una obra medianamente ingeniosa, nada. Su unigénita obra, la máxima realización de su vida, lo único que lo ligaba ligeramente al interés de su público extravagante y peculiar, eran los discursos subversivos de "Cara Cortada", desfachatado y cínico en la brevedad de su triunfo. Pero esto hacía relativamente tan poco que había comenzado, y ya él se sentía cansado y prematuramente envejecido. De tener las energías de su padre habría hecho de aquel muñeco estropeado, doliente y sucio, el más sensacional de los títeres, el más elocuente y atractivo profeta de rojas auroras sociales.

Y como si al pensar en "Cara Cortada" hubiera realizado una mágica evoca-

ción, el muñeco se levantó de pronto de su sitio, y vino hacia él, moviéndose graciosa y enérgicamente, con el índice enorme extendido:

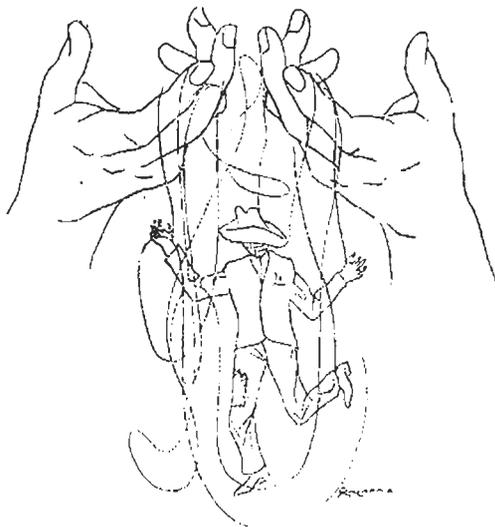
—Hay que destruir, hay que odiar, es preciso matar y morir. Hay que destruirlo todo y destruirlos a todos, —gritó, tempestuoso y rugiente como en la escena.

Destruirlo todo —pensó Felipe de Jesús mientras se levantaba, ágil, resuelto, sintiéndose él mismo un hombre enteramente nuevo y desconocido. Relampagueaban en su mente la voz y los gestos del títere. Destruirlos a todos, comenzando por este hermético muchacho dormido, por esta faz horrible que me persigue como una pesadilla, con el mismo aspecto huraño de aquella mala mujer que fué su madre. . .

Se comportó rápido y decisivo. Arrodiándose junto al pequeño, que dormía sereno y confiado, le anudó las dos manos al cuello. Hizo un poco de fuerza y sintió bajo sus dedos el endeble cuerpo agitarse y revolverse en la angustia de la muerte. Luego, todavía envuelto en la sombra, separó a "Cara Cortada" del trío que descansaba sobre el viejo cofre, y como pudo, con los pies, con las manos, con los dientes, fué destrozando a los otros dos, inexorable, y amontonando los despojos junto al cuerpecito exánime del hijo.

—Destruirlo todo, también a estos cochinos muñecos! El único que vale la pena es "Cara Cortada"!

Se vistió apresurado pero sereno. Hizo luz. Y con ella le vino la nueva idea, fulgurando en su siniestro contorno. "Cara Cortada" exhausto. Prendió fuego al montoncito, lo más cerca que pudo del cadáver, y tornando sobre sus pasos tomó a "Cara Cortada" por una de sus extremidades, y abandonó la carpa. . .



da" le susurraba al oído cosas tremendas, obligándolo a ver hacia un determinado rincón. Allí estaba el combustible que ocupaba para encender la anticuada linterna en los días en que la electricidad fallaba. Roció el líquido sobre el cuerpecito yerto, sobre los restos de los muñecos, en los sitios de la carpa que logró alcanzar antes de que el amplio recipiente que-

* * *

El campo de la feria comenzó a despertarse, sobresaltado, interrumpido el sueño de la madrugada por algo que se presentía funesto.

Y mientras, triunfando sobre la humedad y sobre la lluvia, una enorme llamada rojiza y humeante se levantaba desde la "Carpa Flores", allá lejos, en el extremo opuesto de la extensión, confundido a medias entre las sombras, un hombre corría, llevando casi a rastras, suspendido por un brazo, un horrible muñeco con la cara mutilada. . .

San Salvador, junio, 1955.

EL TIEMPO

(Tomado de ENSAYO SOBRE CINCO TEMAS DE THOMAS MANN,
Eduardo Álvarez, Editorial Financ, 1991.)

Si se tratara de encontrar una simple denominación para *La Montaña Mágica*, quiero decir una frase que caracteriza esencialmente esta obra, no creo que debiéramos llamarla "la novela de la enfermedad" o "una novela de ideas", por ejemplo, sino muy decididamente "la novela del Tiempo". Me doy cuenta de los escrúpulos que tuvo Thomas Mann para evitar semejante denominación ya que ella entraña la posibilidad de una verdadera narración del tiempo, lo cual no corresponde al contenido de *La Montaña Mágica* y es imposible desde el punto de vista estrictamente literario.

¿Cómo contar la historia del tiempo —se pregunta el autor— llenando páginas de páginas con frases como "el tiempo pasaba y seguía pasando, siempre pasando, el tiempo..."? Sería como si alguien sostuviera una nota o un acorde durante una hora y a eso le llamara música (706). Sin embargo, Thomas Mann confiesa que se planteó el proyecto de esa aventura literaria (707) y debemos creerle porque



THOMAS MANN

la concepción del tiempo llena en tal forma la estructura de su libro, que se constituye en su tema más profundo y trascendental.

Según Thomas Mann, el tiempo, considerado como un elemento de la narración, está determinado por leyes independientes de la realidad física. ¿Cuáles son esas leyes? Mann no las enumera en ninguna parte pero, al menos, nos indica una, tal vez, la más fundamental. Hablando del contenido de tres semanas que se apresta a narrar nos dice que ellas pasarán en un abrir y cerrar de ojos, lo cual, agrega, es perfectamente lógico "de acuerdo con las leyes que gobiernan la narración y el escuchar de las historias. Porque de acuerdo con estas leyes el tiempo nos parece tan largo o tan corto, nos parece expandirse o contraerse, precisamente en la manera y proporción que lo experimenta nuestro joven héroe Hans Castorp". (243).

Refiriéndose a la historia en general declara que la ha de contar despaciosamente y con todo detalle, y que no le importa que le llamen meticuloso ya que sólo agotando un tema se le hace interesante. La narración, dice en otra oportunidad, se parece a la música en que llena al tiempo. La música divide, mide y arti-

cula al tiempo y lo puede acortar aumentando, a la vez, su valor. La música y la narración son semejantes en que sólo pueden presentarse como una sucesión en el tiempo, como una cosa después de otra, y en estos se diferencian de las artes plásticas que están sólo en el presente. La narración tiene dos clases de tiempos: el suyo propio que condiciona su presentación y su curso, y el tiempo de su contenido que es relativo y que puede muy bien no coincidir con el primero. En resumen, el tiempo es el instrumento de la narración, así como es el instrumento de la vida. (706)

He aquí un problema literario que los críticos han discutido sin solucionar refiriéndose a escritores como Zola, Proust, Dostoievski y Joyce. El punto de vista de Thomas Mann aparece claramente ilustrado en un esquema de la organización del material de *La Montaña Mágica* preparado por Weygand. El esquema prueba que el autor ha distribuido el número de páginas de la novela de acuerdo con la manera particular del héroe de experimentar el tiempo. Weygand muestra que los siete años que Castorp pasa en el Sanatorio son narrados de la siguiente manera:

SIETE AÑOS

La llegada	26	Págs.
El primer día	90	"
Las primeras tres semanas (sin contar el primer día)	150	"
Los primeros siete meses (sin contar las primeras tres semanas)	270	"
El año y nueve meses que siguen	333	"
Los cuatro años y medio restantes	295	"

1164 Págs. (Op. cit. 15)

De acuerdo con las teorías de Thomas Mann la perspectiva es evidente. Durante los primeros días de nuestra estancia en un lugar que visitamos por primera vez, el tiempo, según Mann, pasa de un modo amplio y flotante, pero tan pronto nos aclimatamos se produce un encogimiento gradual y el tiempo se precipita (140), vuela, hasta que, cambiadas las circuns-

tancias, de nuevo se va deteniendo y formando, al final, un círculo donde la duración parece acabar y desembocar en la eternidad.

La consistencia del plan de *La Montaña Mágica* pudiera ser objeto de dudas si consideramos el desenlace como una ruptura de ese movimiento que el mismo Mann ha llamado *tempo lento*. El héroe

se precipita en un final demasiado imprevisto. Parece increíble que el autor use el mismo número de palabras para describir al héroe cubriéndose los pies con una manta de camello, que para narrarnos su dramática desaparición en el campo de batalla. Es posible que no sea más que una falsa impresión debida al contraste entre la grandeza del episodio y la parquedad del lenguaje. Sin embargo, en las últimas páginas de la novela sentimos que un ritmo se ha roto, que la acción procede demasiado rápidamente y el héroe se nos va sin darnos tiempo a acostumbrarnos a la idea de que no le volveremos a ver. La respuesta a estas objeciones no sería difícil repitiendo los principios del arte de narrar que Mann sustenta. Nos ha dicho que la cuarta semana de un mes de vacaciones pasa velozmente. ¿Cómo no ha de volar el último día de una vacación de siete años? Por otra parte, esta velocidad es relativa, la acción nos parece rápida al final porque hasta ese punto el libro ha sido lento. Si Hans Castorp muere en esa batalla, quien ha roto el ritmo de la narración no ha sido ciertamente el autor. . . ¿Y quién nos dice que el relato de su vida no volvería al *tempo lento* si Hans Castorp se salvara y se acostumbrase a las nuevas circunstancias?

Es ésta novela escrita con demasiada inteligencia para suponer que en ella se deslizaron errores que advirtiera el autor. Thomas Mann discute el problema del tiempo y expresa opiniones personales, a veces directamente, a veces por intermedio de sus personajes, aplica su teoría a la novela e incorpora una experiencia intelectual en la vida diaria obteniendo una síntesis donde no se sabe qué admirar más, si el valor estético, la significación filosófica o el sentido apasionadamente humano de los hechos narrados.

Si en esta novela no se relata el transcurso del tiempo con exclusividad de cualquier otro contenido episódico, por lo menos, el autor se posesiona de él y lo saborea de tal manera que nos deja la impresión de estar enamorando al tiempo, de asumir la actitud de un amante que

siempre especula acerca del objeto amado, mostrando las veleidades e inconsistencias, el amor total y la irritada ansiedad que son típicas de tal condición. La imagen del tiempo casi nunca es la misma a través de la historia, es una imagen que vive en la fantasía y sufre transformaciones innumerables, cambios que siempre revelan un fuerte contenido emocional. Varios personajes combaten por ganar la posesión del tiempo. Casi pudiera afirmarse que el *mojfo* del Sanatorio Internacional Berghof es: "A la conquista del tiempo". Porque en torno a él y dentro de él sucede la gran aventura de *La Montaña Mágica*.

Observemos cómo los personajes principales invaden cuidadosamente su mansión para descubrir el secreto que allí se esconde. Tan pronto como Hans Castorp llega al Sanatorio advierte que existe una diferencia esencial entre él y los pacientes. Su primo Joachim parece haber descubierto un secreto durante su permanencia en la montaña. Hans Castorp le mira con sorpresa e interés, hay algo de distante y superior en su primo que no es posible captar de inmediato en sus palabras. Desde luego, la prisa de Hans Castorp por convencer a todo el mundo de que es sólo un visitante en el Sanatorio y que ha de regresar al plano en tres semanas, levanta como una valla entre él y Joachim. ¿Tres semanas? "Para nosotros los de aquí arriba eso no es nada" —comenta éste— "volver a casa en tres semanas es la clase de ideas que se tiene allá abajo..." (15) Hay "sentimiento" en su voz, según el autor. ¿Amargura? ¿despecho? ¿o desprecio? Por supuesto, es una gran cosa tenerle de visita, "es un verdadero acontecimiento para mí —confiesa— es un cambio, una brecha en la eterna monotonía". Con la ignorancia del neófito Hans Castorp observa: "Pero el tiempo debe pasar rápido aquí arriba" y la respuesta de Joachim suena como una declaración de principios: "Rápido y despacio, depende de ti. No pasa en absoluto. No se puede llamarle tiempo, y no se puede llamarle vida tampoco". (25)

Settembrini es más preciso aún en marcar la diferencia entre Castorp y los iniciados:

“O dió! Tres semanas. ¿Oye usted teniente? Le suena a usted como una impertinencia oír a una persona decir: “Me voy a quedar tres semanas y enseguida parto de nuevo?” Nosotros aquí arriba no conocemos la unidad de tiempo que llaman semana, si me permite usted instruirle, mi querido señor. Nuestra unidad más pequeña es el mes. Nosotros contamos en gran estilo, es un privilegio que tenemos los fantasmas. Poseemos otros, todos de la misma cualidad”. (80)

Joachim ha venido a luchar contra la enfermedad, pero no ha conseguido más que derrotar al tiempo. Cuando Hans Castorp comprende la significación de esta conquista se deja llevar irremisiblemente por el impulso de compartir el secreto de los “de arriba”, adivina que en ese conocimiento del tiempo se esconde el camino para una extraña concepción de la vida y su experiencia, desde ese momento es lenta e intensa como un tejido de araña que va creciendo por zonas insospechadas y rodeando sutilmente al objeto de su deseo, hasta que el proceso adquiere las proporciones de un verdadero drama pasional. Antes de un centenar de páginas Hans Castorp estará en condiciones de decirle a Joachim:

“¡Tú dices exactamente! Pero después de todo, el tiempo no es exacto. Cuando te parece largo, entonces es largo; cuando parece corto, pues, entonces es corto. ¿Cuán breve o cuán largo en realidad es? eso nadie lo sabe”. (89-90).

A estas alturas de la narración Joachim no puede ya seguir el vuelo de las especulaciones de su primo e inútilmente

trata de forzarle a detenerse con el freno de su lógica militar. “Un minuto dura exactamente lo que demora el segundero de mi reloj en dar una vuelta”. Eso demora el segundero, pero ¿cuánto demora nuestros sentidos en dar esa vuelta? En verdad, continúa Hans Castorp, medimos el tiempo por el espacio, lo cual es tan erróneo como medir el espacio, por el tiempo. “Desde Hamburg a Davos demoramos veinte horas, es decir, en tren. Pero a pie ¿cuánto nos demoramos? ¿y mentalmente? ni un segundo”. (90)

La actividad intelectual de Hans Castorp en estos momentos es casi frenética y así lo comprende su primo al decirle: “¿y qué te pasa a ti? Parece que la estadía con nosotros se te ha subido a la cabeza”. (90). Pero no hay modo ya de detenerle. Ha venido penetrando por los aleros misteriosos de la eternidad, su cuerpo y su mente parecen encendidos por una euforia que anuncia grandes transformaciones, pues, como dice Joachim, la montaña le ha poseído y no es de extrañarse, entonces, que se plantee de una manera tan directa la verdad última:

“Ahora bien, ¿qué es el tiempo?... ¿me puedes contestar esto? El espacio lo percibimos con nuestros órganos, nuestros sentidos de la vista y del tacto. Muy bien. Pero ¿cuál es el sentido del tiempo?... Trata de responderme si puedes. Ya lo ves, estás cogido. ¿Cómo podemos medir algo sobre lo cual no sabemos nada, ni siquiera una de sus propiedades? Decimos que el tiempo pasa. Muy bien, que pase. Pero de ahí a medirlo... ¡aguarda! Para que pudiera ser medido debería pasar uniformemente ¿pero quién dijo que así sucede? En cuanto a nuestra conciencia se refiere el tiempo no transcurre de ese modo, aceptamos aquello por mantener un orden, eso es todo, y nuestras medidas no son más que convenciones” (90-91).

La crisis intelectual que este descubrimiento ha provocado tiene algo de irónica, por muy serias que sean las consecuencias. Aparte del ambiente de farsa, sin embargo, Hans Castorp consigue un reposo espiritual, una especie de dominio de su nueva condición, después de entregarse al análisis del problema del tiempo. La búsqueda ha dejado huella en su alma. Se verá tranquilo como si hubiese descubierto el secreto que le intrigaba. La presencia del tiempo, a pesar de todos sus argumentos, será real en cuanto ocupa su conciencia y la mantiene alerta con sus caprichos. Pasará siete años en el Sanatorio y se marchará tan sólo para tomar parte en la guerra, pero con el temperamento de un verdadero amante le será fiel a la abstracta heroína que descubrió en la montaña mágica. Se marchará con el convencimiento de haber atisbado el secreto de la vida después de una larga y dramática posesión del tiempo. La ironía le ha servido al autor para marcar una diferencia entre las opiniones de su héroe y las suyas propias. Pero la diferencia es más aparente que real, porque el novelista no puede dejar de emitir sus ideas a través de los personajes —no importa cuánto se divierta con ellos— y en este caso Thomas Mann expone una teoría subjetivista y, además, la aplica a la estructura misma de la novela. Por supuesto, esta actitud de experimentar con una doctrina, en vez de defenderla dialécticamente, nos sirve de advertencia para no tomar sus palabras con excesiva seriedad. Dejemos en claro, por otra parte, que el autor nunca plantea el problema del tiempo sobre bases filosóficas ni científicas y que sus personajes no discurren como especialistas. A través de toda la novela se generaliza a raíz de experiencias individuales y en términos de diaria conversación. Básicamente Thomas Mann sostiene que la duración del tiempo depende de la sensibilidad del individuo que lo experimenta y de las circunstancias en que éste se halla. Las diversas unidades no tienen, por lo tanto, un valor real, no pueden ser

rígidas y representar lo mismo para todo el mundo. Un minuto no es igual para una persona que espera su turno en la clínica de un dentista que para un espectador de un partido de foot-ball. El año de un condenado a presidio perpetuo no es igual al año de un hombre de negocios.

El visitante piensa que los enfermos de Berghof se aburren soberanamente. No se imagina como pueden vencer el tedio. La verdad es que estas gentes han adquirido tal noción del tiempo que el aburrimiento no existe para ellos. Vulgarmente se podría decir que se han acostumbrado al tedio y que no conciben otra manera de pasar el tiempo. La razón de su bienestar es, no obstante, más compleja. Una hora vacía de todo suceder es lenta y aburre, pero esta misma vaciedad acorta el transcurso de un año y, mirado en perspectiva, lo reduce a nada. Por otra parte, una hora llena de actividad vuela y, sin embargo, esa misma actividad agrega una pesadez, una densidad y solidez que hacen lentísima la duración de un año. Por lo tanto, lo que llamamos "tedio" es una manera anormal de acortar el tiempo basándonos en la monotonía. Cuando un día es igual a todos los días equivalen a uno solo. (140).

Los enfermos pasan tres horas acostados en un diván sin hacer absolutamente nada. Esas horas se convierten en "porciones" de una eternidad inmóvil, cuyos únicos restos de división arbitraria son los meses y los años. Descansar es para ellos actuar. No precisa dar al tiempo un contenido intelectual para saber que pasa, a lo sumo necesitan cierto orden, un orden artificial, movimiento acaso, como en el dominio de la música. Se levantan, van al comedor, se acuestan, vuelven al comedor, pasean, se acuestan, etc. etc. La mente aprende a volar sobre los días, las semanas y los meses, aprende a apreciar el tiempo en sí, no lo que representa, y a dominarle dominándose. Evidentemente no se concibe este ejercicio sin el paisaje apropiado: la montaña exhibe sus nieves eternas y el cielo la maravilla de los as-

tros, en todas partes se presente lo infinito y la omnipotencia de Dios, la imaginación tiende a romper los límites de la realidad inmediata y a volar en las regiones misteriosas de la eternidad.

Antes de entregarnos su palabra final sobre el problema del tiempo en forma de dos símbolos que en su belleza lírica recuerdan las imágenes de Heráclito, el autor nos prepara con una serie de preguntas que, rodeadas de silencio en la novela, adquieren una tonalidad ambigua, semi-dramática, semi-irónica.

¿Qué es el tiempo?, se pregunta, y prosigue: un misterio; condiciona al mundo exterior y es movimiento de cuerpos en el espacio. ¿No existiría el tiempo si no hubiera movimiento? ¿Y existiría el movimiento sin el tiempo? ¿Es el tiempo una función del espacio? ¿O el espacio del tiempo? ¿Son idénticos? Sólo el eco responde. El tiempo es funcional, le podemos llamar acción, decimos que el tiempo causa una cosa, ¿qué cosa? ¡el cambio! "Ahora" no es "entonces", ni "aquí" "más allá", porque entre ellos se encuentra el movimiento. Sin embargo, el movimiento que nos sirve para medir el tiempo es circular y pudiera describirse como un descanso, como una cesación del movimiento, porque el "más allá" se repite constantemente en el "aquí", el pasado en el presente. Además, nos hemos acostumbrado a considerar el tiempo como eterno y el espacio como infinito. ¿Y tal afirmación de lo eterno y lo infinito no entraña la destrucción lógica y matemática de todas las unidades o límites de espacio y tiempo? ¿Es posible concebir en la eternidad una sucesión de acontecimientos y en el infinito una serie de cuerpos que ocupen un lugar en el espacio? De nuevo es el eco quien responde. (452).

Además del eco Hans Castorp, Joachim y Settembrini trataron de intuir la respuesta a esas preguntas, y, naturalmente, si volvemos la mirada hacia el pasado... Pero no, el novelista no nos puede llevar hasta los vericuetos de la his-

toria de la filosofía para probar hasta qué punto sus chistes y adivinanzas se alimentan de la vieja discordia de los metafísicos. ¿Quién tendría el descaro de intentar una discusión de las ideas de Bergson y Einstein en una crítica de *La Montaña Mágica*? En una novela las ideas adquieren el valor que les presta la realidad de los personajes. Sucede lo mismo en una conversación. Decimos desdeñosamente que fulano habla como si estuviese leyendo en un libro. ¿Qué papel harían las figuras cenicientas de los filósofos griegos, de San Agustín o Kant expresándose en fórmulas conceptuosas frente a las encendidas metáforas de Settembrini o la impertinencia revolucionaria de Naphta? San Agustín escribió en sus *Confesiones*: "Quid ergo est tempus? Si nemo ex me quaerat scio: si quaerenti explicare velim nescio". (1) ¡Con semejantes verdades no se tiene derecho a aparecer en las novelas! No, nos movemos en el plano de la fantasía y lo justo es dejar la cuestión en manos de poetas. O de humoristas.

Hasta donde es consistente el autor dentro de su propia duda tampoco intentaremos discutir, aunque pudiera decirse, a la pasada, que se le nota una clara tendencia a aceptar el cambio como realidad más absoluta que relativa.

Su fuerte está en el simbolismo, allí parapetado en la intuición y sus imágenes, puede sugerir, asombrar, confundir, sin perder nunca la finalidad artística de su obra. El primero de los símbolos a que hicimos mención es el océano. Deliberadamente busca en la naturaleza una forma concreta que pueda servir de expresión a su doctrina, sabe que ninguna creación artística se mantiene de abstracciones y como es uno de los misterios últimos que apasiona evoca un período de pristina simplicidad en el desarrollo del hombre, de conocimiento empírico, para dejar caer sus verdades frente al océano como peces que saltan de la mano de Dios.

(1) Libro XI, Cap. XIV.

“¡Oh, el océano! Lejos de ti nos hallamos sentados tejiendo nuestra historia, volvemos hacia ti nuestros pensamientos, nuestro amor y en alta voz te invocamos, porque debes estar presente en el relato tan secretamente como siempre estuviste y siempre lo estarás. Soledad cantante, bajo el cielo gris, lleno de humedad picante que deja un sabor salino en nuestros labios. . . Caminamos por un suelo elástico, cubierto de algas y pequeñas conchas, los oídos envueltos por el viento suave y amplio que viene libremente por el espacio y aturde con dulzura nuestros sentidos. Caminamos y caminamos mirando cómo las lenguas de espuma saltan y se extienden hacia nuestros pies para retroceder de nuevo. La resaca hierve, ola tras ola choca con un sonido alto y soberbio, se retira, salta y corre con un rumor de seda sobre la arena plana, aquí y más allá en la lejanía; el ruido confuso, penetrante, cierra nuestros oídos a toda otra voz del mundo. . . ¡Cerremos los ojos, seguros en la eternidad! Pero no, ved en la extensión gris verde que se pierde hacia el horizonte una embarcación a vela. ¿Allá lejos? ¿dónde está ese “allá lejos”? ¿a qué distancia?

“No se puede decir. Una especie de vértigo turba nuestro juicio. Para saber a qué distancia de la playa se encuentra esa embarcación sería necesario conocer su tamaño. ¿Es grande y lejana? ¿o es pequeña y próxima? Nuestra mirada es incierta porque no poseemos órgano ni sentido que nos informe sobre el tiempo o el espacio. . . Andamos, andamos, ¿desde cuándo? ¿hasta dónde? ¿quién lo sabe? Nada cambia a nuestro paso. “Allá lejos” es igual que “aquí”, “ahora” lo mismo que “entonces” y “después”, el tiempo

se ahoga en la monotonía infinita del espacio, el movimiento de un punto a otro ya no es movimiento, el tiempo no es tiempo” (713-714).

¿Cómo resistir la tentación de poner junto a esta lírica evocación del océano esa minuciosa imagen de un reloj en actividad que aparece unas páginas antes en el mismo capítulo? A primera vista el reloj y el océano parecen ser símbolos de dos ideas opuestas. El océano sugiere la eternidad y el reloj nuestro afán de enmarcar al tiempo dentro de límites rigurosos. Pero la verdad es que el reloj también representa la eternidad y es la carrera sostenida y despreocupada del segundero por encima de todas las unidades, la mejor prueba de la imposibilidad de medir el tiempo.

“Se sentaba con su reloj en la mano, su reloj de oro, cuya tapa donde se hallaba grabado su monograma había levantado, y miraba la superficie de porcelana con las dos hileras de cifras árabes en negro y rojo, sobre la cual las dos agujas de oro finamente cinceladas se separaban y en donde la agujita del segundero daba la vuelta con un tic tac presuroso alrededor de su propia esfera. Hans Castorp mirando al segundero trataba de sujetar al tiempo por la cola, de adherirse y prolongar los instantes que pasaban. La pequeña aguja seguía su camino a saltitos, sin prestar atención a las cifras que alcanzaba; las tocaba, las dejaba atrás, muy atrás, se aproximaba y llegaba a ellas de nuevo. Era insensible a los límites, divisiones o medidas del tiempo. Debería haberse detenido un momento en el 60, o al menos señalar que algo había terminado y otra cosa comenzaba, pero en la manera como se apresuraba a franquear ese y otros trozos no marcados estaba

probando que todas las cifras y divisiones estaban allí porque sí y que ella seguía y seguía su marcha..." (711-712).

Por medio de estos símbolos Thomas Mann logra transmitir una clara intuición del tiempo. Una presencia concreta y me-

cánica nos sugiere el tiempo convencional que medimos; la inconsciente regularidad de ese mecanismo y la presencia semi-real del océano nos sugieren el tiempo que sólo existe en la experiencia del individuo, que es dúctil como el movimiento de las olas y se extiende hasta donde somos capaces de seguirlo.

Posición y Problema del Artista y la Epoca

Por JUANITA SORIANO DE AYALA

Se discute actualmente el significado del Arte como medio de llenar una función de utilidad social o política.

Su reconocido poder para forjar conciencia atrae a quienes militan al servicio de alguna ideología. La actitud del artista libre es agresivamente analizada, esperando de él posiciones que, si lo alejan de su propósito esencial, sirvan a determinada tendencia política, y su obra y él mismo queden subordinados a intereses ajenos al estado anímico precursor de la producción artística.

Términos familiares, de actualidad, son “la evasión del intelectual”, su “deserción” y “traición”, empleados contra el artista que sigue su propio camino.

Al intelectual se le reclama el cumplimiento de deberes y responsabilidades que, según el color político del que reclama, deben amoldarse a esta u otra forma de conducta favorable a su partido. (Aunque los que tal reclaman no den ejemplo con su actuación).

Se habla de la “dignidad” del escritor y de su “cobardía”, entendiéndose con la alabanza y el ataque que quien empleó los conceptos aprueba o resiente la conducta política de aquél, y, ejerciendo una dictadura moral, condena todo cuanto se escapa de la órbita de su personal ideología.

De esta manera al intelectual se le pide cuentas y se le sienta en el banquillo de los acusados. “¿Qué ha hecho? ¿Por qué ha fracasado? ¿Cuál es su obra?”. Desconociendo, desde luego, la que tenga, y dando por establecido —e induciendo a otros a que lo repitan—, que ha fracasado. (Ocasionalmente, estos pequeños-grandes hom-

bres que son los artistas —más pequeños y más grandes que sus detractores y jueces—, llegan hasta la ingenuidad o nobleza de rendir tales cuentas, justificarse y dar explicaciones —como todo el que justa o injustamente es acusado y cogido por sorpresa—).

Un artista es un hombre de conciencia. Es por esto quizá por lo que, a pesar de sus eventuales caídas, en las que la necesidad económica lo induce a aceptar situaciones reñidas con su ideal, no dejará de poseer el estorbo de una conciencia demasiado poética y sensible, que lo llevará, posteriormente, a hacer declaraciones en sentido contrario de aquel al que hasta entonces prestaba su apoyo.

Me refiero, naturalmente, al artista genuino y no al aficionado que se “hace” artista sin serlo de origen, pues en éste caben todas las tendencias y normas comunes al ser humano, sin la angustiada complejidad e inconformidad que atormenta al que “nació” con cierto destino inexorable que fatalmente guiará sus pasos hacia la expresión de su verdad íntima, por muy halagadores que sean los estímulos externos que pretendan apartarlo de su ruta, y por mucho que él desee seguirlos. Se trata de una necesidad ineludible que habita su cuerpo como entidad aparte, independiente y hasta rebelde, en molesta vecindad con cualquier otro tipo de deseos: la necesidad de expresarse y de ser fiel a sí mismo.

Encadenado a determinantes fijos, obligado a su búsqueda y a su desvarío, el artista natural puede dar de pronto con su realización, que le coloca —casualmente—, en el puesto que merece, así como puede también deambular desconocido y miserable, destrozado por sus demonios y sus ángeles, sin encontrar fijeza a su emoción, ni oportunidad para desarrollarla. El aficionado, en cambio, desconoce el sabor de una tragedia incomprensible para él, y recoge sus fáciles triunfos. Porque es éste quien con más perseverancia que el desorganizado y un tanto desequilibrado artista; más capacitado para un trabajo de continuidad sin interrupciones debidas a quebrantamiento anímico, realiza su obra, que puede ser importante, pero que no posee la trascendencia que tendrá la del auténtico creador. Le será fácil complacer a la mayoría y dar lo que se espera que dé: Aquel tipo de cosas respecto al cual no se puede decir nada en contra, por enunciar lo evidente, y en el que se aplaude el talento de conservar la conocida rutina, en la que vivimos familiarizados y tranquilos. Es una especie de “portarse bien”. No será él quien haga revolución sino que entrará a formar parte de una revolución ya establecida (¡y hasta vieja!), crónica, hecha por otros, y será “rebelde” de nombre, con una rebeldía también establecida, semi-oficial, a manera de diploma o título dentro de la nomenclatura de esa revolución permanente. Es decir, verá su conveniencia y se adaptará a las circunstancias, cosa fácil para él y extraordinariamente difícil para el artista; su adaptación se reflejará en la mediocridad de su obra igual a la de muchos.

El artista contemporáneo, en cambio, encuentra su conciencia perpleja ante el dilema que la vida moderna le plantea: por un lado el éxito fácil y la maquinaria de la propaganda a su disposición. Por otro, evitando el peligro de convertirse de creador en criado de sus protectores, el difícil recorrido de quien camina solo y cumple un deber para su alma.

Prácticamente desamparado ante las múltiples incitaciones de la época actual. el

hombre de letras, el artista, el pensador, mide el abismo que media entre sus posibles destinos y comprende que tiene que hacer una elección, que no le será dado permanecer impasible, ni lo deseará. Si prefiere su libertad, ésta será su soledad, pero habrá sido fiel a su conciencia y expresado su mensaje. Si complace a la dictadura moral reinante, recibirá los bienes de la tierra y conocerá la íntima tristeza de quien ha defraudado y traicionado su alma. Porque todo artista tiene su original y personalísimo mensaje, que mutilará en el momento en que tome en cuenta el gusto de la época y lo siga —por miedo o por conveniencia—, en lugar de seguir su corazón. Cada artista transforma el gusto de la época, sin proponérselo y a veces sin saberlo él mismo, y no será igual a los anteriores, de manera que no hay peligro de estacionamiento en el arte si conserva su libertad. Fatalmente será hijo de su tiempo, pero no a propósito y en forma artificial, sino genuina.

Los obstáculos que se presentan en el camino del verdadero artista, actualmente, son superiores a cualquier otro tipo de obstáculo que haya confrontado en el pasado. Lo demuestra el hecho de que pocos dicen ahora algo nuevo o personal.

Hay una causa que produce tan singular fenómeno, pero ésta se mantiene en la sombra y mueve las piezas de su juego por medio de títeres que obedecen a consignas, y alguna consigna se ha dado respecto a los hombres de pensamiento. Estos alcanzan a sentir la presión subterránea, pero no la comprenden. Se ven súbitamente combatidos o extraordinariamente ensalzados, y tal actitud les impresiona y confunde, aunque momentáneamente. Pronto perciben la naturaleza del fenómeno y un nuevo problema se plantea: aprovechar estas fuerzas, desconocerlas o combatir las.

Mientras su débil, indeciso e indefinido espíritu (que se manifiesta así respecto a esta situación, no en cuanto a lo que concierne a su arte), analiza, duda y trata de aclimatarse a la época en que le toca vivir, la efervescente avalancha de aficionados y de soldados adictos a una causa y entrenados en el arte de repetir un aprendido disco, no pierden su tiempo. Atruenan el aire con sus acusaciones, denuncias, protestas, etc., coreados por otros que, sin estar en el secreto, por espíritu de imitación o de contagio, repiten lo que oyen sin saber lo que dicen ni para quien trabajan.

Entre tanto, la Intención consciente que mueve los hilos, sonríe en la sombra, espera y observa con maternal benevolencia la labor de su disciplinado ejército de desorientadores.

Y el artista cae con el mundo en esta gran caída. Su arte se pierde, se malogra o se da fragmentado, porque temeroso de tanto ruido que ensordece sus diminutas, iluminadas e individuales voces, tiene complacencias increíbles, casi serviles, y los llamados “coqueteos” que desmerecen su personalidad y su obra.

Hoy que la humanidad envidia la vida de las abejas y su colmenar y aspira a convertirse en gemelos idénticos, si posible fuera teniendo todos el mismo rostro y la misma figura, dentro de un colectivismo avanzado hasta su perfección: una línea de pensamiento puro, independiente, que se atreva a manifestarse en el arte o en las letras, es casi un insulto si no un crimen para los partidarios de la colmena y la doctrina del odio.

Y el legítimo artista, consciente de su responsabilidad y sin miedo al porvenir, ¿qué puede hacer?

Cualquier paso suyo que no cuente con la aprobación de los fiscales del colmenar será apasionadamente combatido y su trabajo y él mismo, deprimido, menospreciado o silenciado. Asunto serio y no fácil de enfrentar, aunque por el momento no sufrirá más consecuencias que las de la guerra fría. Sin embargo, la bomba atómica posee suficiente fuerza persuasiva para cambiar al mundo en un instante, y es muy posible que ese instante esté cerca; que un día nos acostemos blancos y nos levantemos rojos, si la lejana cuna del colmenar —donde existen las más agudas diferencias sociales entre abeja y abeja—, pega primero. En ese caso, hasta la más humilde hormiga responderá por palabras como éstas ante el consejo del gran hormiguero.

Es en este sentido que la lucha del artista y su posición dentro de un mundo en crisis no tiene precedentes en la historia de la humanidad. Nunca como ahora se había desatado una plaga internacional, invadiendo todos los campos, a manera de insectos que se reproducen a fantástica velocidad, y que, como ellos, zumban coléricos y amenazadores en los oídos de todos.

Cada uno grita su propaganda, su repetición, su mentira. (Toda propaganda, toda repetición, es una mentira, ya sea en el terreno religioso, filosófico o social). Y todos cuentan con amplios medios para difundir y propagar el contagio. En un mundo así y con tales elementos se enfrenta el artista de hoy. Sabe que no se aprecia el arte en su valor intrínseco sino en razón de su aporte a las ideas políticas predominantes. Sabe que muchos han comprometido su vida y obedecen órdenes; que otros muchos, sin haberla comprometido aún, tratan de hacer mérito y ganar la simpatía de los primeros, y que unos y otros son buen trampolín para lejanos fines, entre ellos la muerte del arte libre. (Y sabido es, por experiencia, que entre más libertad tiene un artista para el desarrollo de su labor, más sutil, fino y elevado será el tema de que trate).

Por eso, al perfilarse la amenaza de un Pensador frente a la dictadura mundial a que me refiero, a toque de clarín se avisa a los afiliados, y, ante la alarma, brotan a millones con el deber de combatirlo hasta vencerlo, como los peces minúsculos, en bandada, terminan con el pez gigante. No se tomarán el trabajo de examinar por sí mismos la obra que combaten; no la estudiarán con atención ni verán si contiene algún interés para su espíritu; reaccionarán como grupo, no como individuo, y sólo alcanzarán a sentir que se trata de algo nuevo y antagónico a sus intereses creados, a su establecida ideología. Sentirán el deber y la urgencia de defender sus posiciones levemente amenazadas, defender a ciegas la seguridad en que descansan sus vidas.

Si en el pasado los artistas y hombres de pensamiento confrontaron grandes crisis en forma de revoluciones, guerras, depresiones, conflictos económicos, enfermedades, hambre, etc., todo cuanto nos sea posible imaginar como dificultad u obstáculo; y si todos estos males tuvo que superar el artista, nunca como ahora se había visto envuelto en una crisis de tipo ideológico, donde la terrible perversión de los valores, llama a lo blanco, negro, y a lo bueno, malo, sin que nadie se atreva a protestar; el

mundo parece vencido, asustado ante la furiosa imposición, y con el mundo, el artista. Anteriormente pudo haber conocido épocas crueles, pero su lucha ante ellas resulta fácil comparándola a esta invasión de ideas que pululan —muchedumbre tangible e invisible—, en el espacio. Hombres y cosas nos gritan algo, demandan nuestra atención hacia algo, nos piden algo, exigen algo; hombres o cajas de radio, bocinas y papeles impresos. Ríos de tinta para la misma cosa, y el ensordecedor sonido de las voces iguales.

Esta crisis en el terreno de la ideación es sin precedentes, porque los hombres que en el pasado hicieron mal, sabían que lo hacían y no se atrevían a llamarlo de otro modo. El mal era el mal, y el crimen era el crimen, y nadie se confundía respecto a cosas tan simples y elementales, hasta cierto punto humanas; pero en la actualidad cada uno le pone otro nombre —y todo viene a ser un gran rompecabezas. El mal es justificado para la persecución de fines nobles a favor de la humanidad. Todo se ve a través de un prisma cerebralizado, técnico, que explica en forma intelectual la conveniencia de que tal sector de la humanidad sea suprimido en bien de la humanidad. Y como el individuo ha perdido su valor, carece de importancia el número de los mismos que resulte “útil” o “necesario” suprimir; si representan un símbolo que es bueno que desaparezca, no se contentarán con suprimir el símbolo en sí, sino que con él, la sangre de quienes lo encarnan: tal destrucción no se llamará asesinato sino progreso. Y, lo repito, esta es la época en que al artista contemporáneo, al pensador, le toca vivir.

Antiguamente se podía torturar y quemar los cuerpos, pero las víctimas se mantenían firmes en su idea, y con el último aliento proclamaban su fe. Morían con libertad espiritual, mental, y a nadie se le ocurrió tampoco, profanar hasta el sagrado recinto del pensamiento. La guerra llegaba hasta los cuerpos, pero hoy invade el alma; bajo las extrañas torturas la gente cambia de personalidad, se acusa a sí misma de absurdos crímenes y admite su “equivocación”. Ni por broma se encontrará a un héroe como los que describe la historia. Porque los métodos científicos, perfeccionados, han llegado hasta el intelecto.

A las dictaduras altamente inhumanas se las bautiza con nombres que indican lo contrario, y alegan que se forman y mantienen para defender los derechos de la humanidad, porque la humanidad tiene derecho a ser “feliz” (palabra con que se denomina la máxima tragedia de quienes están “protegidos” en esa forma), y tiene derecho también a ser “libre”, (entiéndase: esclava).

Tan extraordinaria inversión de las cosas debe alcanzar, por lo menos, rozar la conciencia, no ya de un artista, sino de todo hombre y mujer que se interese en su propio destino, que es el de la humanidad.

No es de esperar que el enjambre de las Voces Iguales responda honestamente ni arroje la máscara si, en lugar de ser ellos los que preguntan y reclaman, tuvieran que responder. Han tomado la delantera o iniciativa de agresión contra quienes no tenían idea de combate; (basados tal vez en el dicho de que, quien golpea primero, golpea doble). Y nadie les pide cuentas, ni contestarían la verdad. No les interesa la

verdad humana, ni la verdad social, ni la verdad filosófica, ni la verdad artística, ni la verdad de nada, sino la implantación de un sistema político mundial. (Del que tampoco les interesa la verdad del programa que preconiza). Y, para este fin, artistas e intelectuales parecen poseer un transitorio valor: pueden cantar las excelencias de una idea, aportar a una causa el prestigio de su nombre, inducir a otros a pensar en términos de derecha o de izquierda, es decir, ser una propaganda un poco más fina que la corriente, utilizando la poesía, la pintura, la música y otras artes para el mismo objeto.

Anteriormente me referí a la situación en que la naturaleza coloca al artista: un atormentado en la búsqueda de su expresión, que ha de ser esencialmente libre, para que sea buena. Su arte es el resultado de una perturbación personal, algo que le impresionó e interesó espontáneamente (no de encargo ni por ponerse al paso con la época), y esa emoción pudo dársela una rosa (aunque dicen que la rosa está “deca-dente”), un amor, o un aspecto de la vida que, de corazón, lo lleve a escribir la poesía social, de contenido humano, porque no tuvo más remedio que escribirla: la sintió, la vió.

Obligado, pues, por la naturaleza, a ser sincero, a conservar su integridad e independencia para la máxima realización de su arte, y colocado en un mundo como el actual —donde la mentira se ha organizado, y se perfila una amenaza al pensamiento libre—, el auténtico artista y el verdadero escritor sufre una tensión muy fuerte, y comprende que tiene un deber y una responsabilidad mayor que ningún otro artista en el pasado. Todos ponen sus ojos en él. Unos y otros le reclaman para sus fines, y él —sacrificando en parte su natural libertad de expresión—, deberá tomar partido por la humanidad (ésta que sólo reclama con su silencio, su presencia misma, su desamparo y su ignorancia), y olvidarse de sus motivos más altos y espirituales, para expresar los motivos de todos. Siendo producto de su ambiente no tendrá más remedio que caminar el camino que le dicta su época y llegar al punto a que llegó la dictadura: el arte al alcance de todos y para bien común, con una diferencia esencial: estará, genuinamente, al servicio del género humano, y no de un sector político. Combatirá la imposición con sus mismas armas, y se dirigirá a todos. No será un fanático de las masas, sino lo contrario, golpeará contra ellas hasta sacarlas del estado de grupo y conciencia colectiva en que se hunden, para elevarlas a la gloria de su individualidad. Su labor será impuesta por las circunstancias y su sentido del deber, sin transformarse en convicción petrificada que le impida, más adelante, cuando el peligro esté conjurado, volver a sus temas libres, altos y puros.

Este propósito se logrará permaneciendo independiente y conservando el don de pensar, cosa imposible si se traga propaganda, repeticiones y mentiras. El artista cerrará sus oídos a cualquier tipo de insulto —y también a cantos de sirena que lo halaguen—, y se mantendrá firme y consciente de su libertad, de su posición “sin compromisos” (para emplear términos usuales), de su repudio a la hipocresía y su amor a la verdad.

Sin que nadie se lo exija o diga, y sin que él lo pretenda: aun permaneciendo li-

bre, ya nunca pertenecerá a la misma raza de artistas que sus antepasados, por más que el arte —y los motivos que lo producen— sean eternos. La vida que vivimos, con su aplastante intensidad y sus peligros, reclamará su atención por sí sola, y le será imposible seguir soñando a la luz de la luna, sin sentir la necesidad de hacer o decir algo.

Para eso es artista. Para reflejar y comentar su tiempo, encarar sus problemas y evitar, si puede, que sus contemporáneos caigan en el abismo.

Tiene que alzar su voz por encima de las masas, hacerse oír a pesar del estrépito.

Al convertirse él mismo en un símbolo de la libertad humana será violentamente odiado por quienes están por el rebaño. Pero él guardará sus oídos de las voces furiosas y no permitirá que rocen su alma. Comprenderá, disculpará y compadecerá a los que, cubiertos por su manto, no puedan evadirlas ni las miren (tendrían que mirarse a sí mismos), mas los combatirá también, porque es su obligación denunciar tan terrible ceguera y muerte en vida, tan organizada falsedad.

Representará el triunfo del individuo, sagrado en el recinto de su pensamiento, y despertará en otros el deseo de pensar.

Invitará a los oprimidos, a las “masas”, a hacer uso del máximo don que la naturaleza ha dado al hombre: la facultad de pensar su propio pensamiento, sin líderes que piensen por ellos, ni jefes espirituales o políticos. Y si cada individuo logra oírlo y “escaparse” de la masa, ésta desaparecerá y con ella el peligro de que un solo hombre mueva multitudes de autómatas.

Comentarios Sobre la Labor del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura

Publicamos a continuación algunos comentarios aparecidos en la prensa nacional y extranjera sobre la labor del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. comentarios que constituyen verdadero estímulo:

UN EJEMPLO VALIOSO

EL DEPARTAMENTO EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA SALVADOREÑO

Por ALVARO MENENDEZ FRANCO

Ayer recibimos una grata sorpresa. En el correo nos entregaron un bulto de impresos. Con la mal contenida emoción de todo amante de los libros fuimos abriendo, nerviosa y apresuradamente, el envoltorio. Allí encontramos las muestras más evidentes y promisorias de la Cultura Salvadoreña. Y no hemos dejado pasar de largo la coyuntura para hilvanar algunos conceptos, aun cuando sean mal hilvanados, sobre esta valiosa labor que encabezan como gonfaloneros infatigables el ya conocidísimo Trigueros de León, poeta y

empresario de Cultura, y Manuel Andino, de sólido prestigio en la hermana República de El Salvador.

El Gobierno de Osorio ha creado un Departamento Editorial en el Ministerio de Cultura. Valioso aporte al desenvolvimiento de su pueblo porque las Letras y las Artes, desgraciadamente, en nuestra América Hispanoparlante —la cultura en general— están sometidas a los altibajos de la marejada gubernamental. Así, si quienes se encuentran en las alturas del poder son amantes de la Cultura, la prac-

tican y la respetan, tendremos el impulso coetáneo; por el contrario, si quienes se encuentran dirigiendo el aparato estatal son adversarios enconados del desarrollo cultural de los pueblos; si no tienen sensibilidad artística, la Cultura y el Arte se resienten. Por suerte para los hermanos salvadoreños el Coronel Osorio conjugó además de su profesión castrense el interesante desvelo por las labores culturales y las auspicia a través de su Ministro Dr. Reynaldo Galindo Pohl. Recibí una agradable sorpresa porque en un país como El Salvador cuya realidad apenas si tiene variantes muy leves en relación con la realidad común de Centro América, se está gestando un intenso movimiento editorial y cultural que es orgullo para la delgada garganta americana, más conocida en el Universo por sus bananos y cafetos: por sus testaferreros y tiranos que por sus frutos del quehacer humanista.

El Departamento que está a cargo de Trigueros de León, inicia su labor con la edición de libros nacionales entre los que puedo citar: "El Libro del Trópico", de Arturo Ambrogi; "Escuela de Pájaros", de Claudia Lars; "Jicaras Tristes", de Alfredo Espino; "Las Voces del Terruño", de Francisco Miranda Ruano. Han editado también, una magnífica revista que se llama "CULTURA". Allí he encontrado a las plumas de más solidez y prestigio centroamericano: Alfonso Orantes, Miguel Angel Asturias, Gallegos Valdés,

Menéndez Leal, Cardona Peña, Juan Antonio Ayala, Alberto Velázquez, José Coronel Urtecho, Carlos Wyld Ospina, Hugo Lindo y muchos otros que desarrollan una labor encomiable. Los ensayos, cuentos y poemas de esta revista son merecedores de un análisis señalado.

Es un valioso ejemplo el que nos están brindando los hermanos salvadoreños. Al final de la revista puede uno percatarse del intenso movimiento cultural de la pequeña República cafetalera: Conferencias, temporadas de baile, teatro, discusiones literarias, jiras culturales, publicaciones y actividades de grupos jóvenes. El ejemplo es emocionante y debemos seguirlo.

Ojalá el despertar que últimamente estamos observando en Panamá, que ya comienza a notarse en las actividades musicales y culturales, en sentido mucho más amplio, no vaya a morir de pulmonía fulminante y que podamos decir con orgullo: al fin Panamá comienza a sacudir su modorra! porque es una vergüenza que en este país existan diez páginas diarias de deportes —conste que no soy anti-deportista en el sentido noble de la definición— mientras que no vive una sola página literaria ni revista cultural alguna. Que la lección salvadoreña sea chispa y no narcótico.

Panamá, 9 de Julio de 1955.

(Tomado de EL DIA, 12 de Julio de 1955, Panamá).

NUEVA EDICIÓN DE "LA EDAD DE ORO"

Por FELIX LIZASO

Con regocijo hemos de ver cómo de tiempo en tiempo se publica en algún país de América un nuevo libro sobre José Martí, o se comentan aspectos de su obra. Últimamente —en lo que va de año— hemos señalado la aparición en Venezuela de una obra totalmente desconocida, formada por notas que Martí enviaba, junto con sus importantísimas correspondencias, a "La Opinión Nacional" de Cara-

cas, y que aparecían sin su firma en una columna que tenía por título *Sección constante*, notas que ahora, reunidas en volumen con ese mismo título, han venido a constituir un aporte importantísimo a la obra martiana, no obstante su carácter de cosa menor, pues constituyen una confirmación de cómo Martí vivía alerta a lo que en el mundo se publicaba o hacía, anticipándose a dar cuenta de libros,

acontecimientos científicos, actividades culturales. Casi en los mismos días en Buenos Aires se publicaba, ordenada y prologada por Dardo Cúneo, una selección de trabajos de Martí con el título *Argentina y la Primera Conferencia Panamericana*. Así, pasado el Centenario, continúa rindiéndosele en toda América el homenaje más unánime y ferviente que hijo suyo haya merecido, sencillamente porque en toda ella se ha ido conociendo más y mejor su pensamiento, y existe ya una conciencia martiana en todo el continente.

Uno de los mensajes más hondamente americanistas es el que Martí envió a los niños de América, desde las páginas profundas y tiernas a la vez, sencillas y hondadas de su revista *La Edad de Oro*. Aquel iluminado, que no daba tregua a su pluma ni a su espíritu para alumbrar los caminos de la dignidad, de la justicia y de la libertad, tuvo el pensamiento de que precisaba llevar a las mentes infantiles una preocupación por los deberes que ya desde la infancia debían ir constituyendo la base de su formación de hombres. Y escribió páginas no de triviales amenidades, sino en las que asomaba el concepto de la responsabilidad, de modo tal que el niño pudiera pensar en lo que le rodeaba, formándose por propia reflexión su sentido del respeto y la dignidad, el amor a la verdad y al trabajo, todo en las más delicadas formas, y con un sentido del deber señoreando sobre todo pensamiento. Martí, que no fué niño nunca —recordemos que ya en la cárcel—, antes de haber cumplido los 16 años de edad, escribía a su madre estas amargas palabras: “todos me dicen que parecezco un viejo”, sintió la necesidad de trabajar por un hombre nuevo en América, un hombre que había que ir formando desde la raíz. Y esa fué sin duda su intención cuando concibió la idea de aquella revista maravillosa, en que dijo esta esencial palabra: “Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del

mundo”.

“La Edad de Oro” no es aún, como debía serlo desde hace mucho tiempo, lectura diaria en todas las escuelas del país. Tampoco lo es en América. Pero tenemos la esperanza de que llegue a serlo. Por lo menos ese libro merece que se edite como obra nacional en todas las repúblicas americanas, porque fué escrito para los niños de todos y cada uno de nuestros países. Ya algunos han hecho ediciones, y la última que nos llega merece especial mención. La consideramos superior a todas las que con anterioridad se han editado en Cuba, Costa Rica, México, Uruguay y Argentina, por la belleza de su presentación, la nitidez con que ha sido impresa, el valor artístico de sus ilustraciones, el cuidado puesto en la edición. Todos los detalles, desde la cubierta hasta la calidad del papel, denotan la sobresaliente atención que se ha puesto en este libro.

¿Y de dónde nos viene esta bellísima edición de “La Edad de Oro”? Nos la envía un escritor de grandes calidades, que ha consagrado algunas páginas a José Martí: Ricardo Trigueros de León, Director del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura de El Salvador. Pero Trigueros de León no solamente ha dirigido y cuidado del aspecto exterior de este libro, sino que ha tenido el acierto de escoger para prólogo un trabajo que no encuentra igual entre los consagrados al estudio de este aspecto de la producción martiana: el maravilloso ensayo que la gran poetisa y ensayista argentina Fryda Schultz de Mantovani escribió sobre “La Edad de Oro” de José Martí, publicado en “Cuadernos Americanos”, de México y posteriormente como prólogo también de la edición de la misma obra, que apareció en 1953 en la Editorial Rial, de Buenos Aires.

Así vemos con íntimo regocijo cómo Martí sigue encontrando amigos en América, donde se le rinde culto por el valor guiador de su pensamiento, y la enorme fuerza creadora de su personalidad.

(Tomado de EL MUNDO, Habana, martes 19 de Julio, 1955).

ALABA UN SALVADOREÑO RESIDENTE EN ESPAÑA LA OBRA DE LA EDITORIAL DEL MINISTERIO DE CULTURA

Conceptuosa carta sobre la labor del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura ha enviado al titular del Ramo, doctor Reynaldo Galindo Pohl, el escritor Ramón Hernández Quintanilla, desde su residencia en Barcelona, España. —“Acabo de recibir el mensaje espiritual más estupendo que llegar pueda a manos de un salvadoreño que está lejos de su patria, dice Hernández Quintanilla. Me refiero con agradecimiento sin fronteras, a un lote de libros sacados a luz bajo la magistral dirección del Departamento Editorial del Ministerio de Cultura. Por su magnífica presentación y por su tipografía impecable, estos libros están a la altura de las mejores ediciones que pueda ofrecer cualquier país de Europa o América, dicho esto sin exageraciones tropicales, afirma el joven escritor. Y continúa: “por primera vez en mi vida estoy presentando con orgullo ante ojos extranjeros un libro realizado en El Salvador, donde estos esfuerzos editoriales casi siempre han naufragado entre oleadas del peor gusto,

tanto por el continente como por el contenido de tales impresos. Y en cuanto a la selección de obras y autores en esa labor a que me refiero con entusiasmo, el acierto es completo: insuperable en nuestro medio”.

“Merece párrafo especial la revista “CULTURA”, cuyos dos primeros números recibí junto con los libros en cuestión. La esencia centroamericanista de esa publicación, aparte de otros méritos, que no son pocos, complace a todos aquellos salvadoreños que, guiados por realidades de orden étnica, social, política, económica y cultural, anhelamos permanentemente la reconstrucción de la patria grande como imperativo ineludible para la transformación progresiva de nuestros pueblos”.

Tales los conceptos expresados por Hernández Quintanilla al señor Ministro de Cultura Popular.

(Tomado de TRIBUNA LIBRE, 27 de Agosto, 1955).

REVISTA DE REVISTAS

Revista llegada últimamente a la Biblioteca de la Escuela Normal Central de Varones:

CULTURA: Revista bimestral del Ministerio de Cultura, N^o 1. Enero-Febrero, 1955. San Salvador, El Salvador. Director, Manuel Andino.

Felicitemos al Director y a los altos patrocinadores de este magnífico primer número de la Revista CULTURA. El depurado buen gusto de su presentación, el elevado nivel de los artículos que contiene, la acreditan como una de las revistas de mayor rango en nuestro Continente, comparable sólo con Atenas, de Chile; Letras, del Ecuador; Revista Nacional de Cultura, de Venezuela; Cuadernos Americanos, de México.

Lamentamos no poder dar cuenta a

nuestros lectores de cada uno de los artículos que encierra esta revista, por tantos aspectos digna de estímulo y alabanza.

De Hugo Lindo es “De la Historia a la Vida”, en que analiza la profunda conciencia que de su propia historia posee el pueblo chileno. Propone que los países de Centro América, en especial El Salvador, su patria, se apliquen “a la consideración y exaltación de los valores nacionales de hoy y de ayer”. Es una iniciativa merecedora de encomio y de todo apoyo.

Julio Icaza Tigerino, sociólogo nicaragüense, publica una “Exégesis sociológica de un libro de Poesía”. El libro que da tema a este brillante ensayo es “La insurrección solitaria”, de Carlos Martínez Rivas. Tesis Central: el libro de Martí-

nez Rivas, excelente poeta, responde a una posición crítica y polémica frente al mundo que rodea al artista. "Este joven poeta no es un escapista de su mundo, sino un insurrecto contra su mundo", dice Icaza Tigerino. Es problema interesante, muy agudamente planteado, que daría motivo a muchas reflexiones.

Véase cómo un sociólogo de sensibilidad artística enfoca la obra del poeta:

"Los poetas son los hombres claves de su tiempo. Ellos viven su tiempo con mayor intensidad. Ellos escudriñan su mundo hasta las profundidades abismales. Son los grandes buceadores sociales y por eso son los más finos sociólogos. El poeta percibe la realidad humana que lo rodea y nos la da transformada en poesía".

Reiteramos nuestras felicitaciones a los directores de CULTURA.

(Tomado de NOVEDADES, 22 de Julio de 1955, Managua, Nicaragua).

OPINION DE AGENOR ARGÜELLO

El escritor nicaragüense Agenor Argüello nos escribe de Managua una carta cordial expresando su opinión sobre la revista "CULTURA". De esa carta son los siguientes párrafos:

"Acabo de recibir los dos primeros números de su revista "CULTURA". No puedo menos de felicitar a Ud. y compañeros por labor tan conspicua, que tan bellamente habla no solamente por Uds. los salvadoreños, sino por Centro América toda, en la que se siente un afloja-

miento intelectual inexplicable.

Realizan Uds. una labor ejemplar. Se constituyen en pioneros del pensamiento ístmico y afirman y confirman nuestros comunes valores.

Esto a mí me complace por sentirme hermano de Uds., pues nunca he dejado de sentir a El Salvador como una Patria, con extenso campo en mis afectos personales. Por favor no deje de enviarme la revista y cuanto Uds. publiquen".

COMENTARIOS DE ECA

Alberto RIVAS BONILLA.—Andanzas y Malandanzas.—Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, (1955). Págs. 140.

Este libro del literato-médico es la historia de un perro que lleva una vida perra. El autor se ha complacido en acumular "malandanzas" en un pobre perro de indio y ha querido impresionar al lector con tantas desdichas, haciéndole sufrir a la manera de las novelas de Dickens. La única diferencia es que el célebre escritor inglés nos hace sufrir resaltando la miseria del hombre, y Rivas Bonilla la del animal.

Pero yo creo que ambos pretenden lo mismo: compadecerse de la injusticia y remediarla. Porque veo yo una continua alegoría en lo que dice de ese desgracia-

do perro con lo que pasa con mucha gente.

Aquí Alberto Rivas Bonilla hace gala de un estilo verdaderamente castizo como el de los mejores autores de la Edad de Oro. La ironía fina campea por todas partes.

Nos alegramos de que este libro haya sido ahora reproducido por la Biblioteca Popular del Departamento Editorial de Cultura.—*A. Landerech, S. J.*

Manuel ANDINO.—Vocación de Marino. Departamento Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, (1955). Págs. 121.

El Departamento Editorial del Ministerio de Cultura acaba de publicar un librito de Manuel Andino con este título "Vo-

cación de Marino". No sabíamos que el conocido periodista tenía estas aficiones, si no propiamente de marino, si de enamorado del embrujo del mar.

Estos apuntes —nos dice él— son impresiones recogidas en mis andanzas por el mundo, a veces como turista y otras como viajero sentimental. Notas fugaces sobre puertos, barcos y algunas cosas y tipos de los caminos del mar.

Y eso es este librito: impresiones, no a lo Gómez Carrillo o Ambrogì, para no

citar más que centroamericanos, en impresiones detenidas, sino instantáneas. Nada de descripción de lugares o de tipos, consideraciones breves, anecdotario de sus viajes por el mar o de cosas relativas al mar.

El autor parece que ha pretendido sólo insinuar con unas ligeras pinceladas o detalles sus vivencias y aficiones marinas. A veces es la anécdota lo que le hace el capítulo siempre como una pildora.—*A. Landerech, S. J.*

(Tomado de ECA --Estudios Centroamericanos-- Agosto de 1955).

NOTAS Y NOTICIAS

REUNION ESPECIAL DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

Los doctores Enrique Córdova, Alberto Rivas Bonilla y Manuel Alfonso Fagoaga representarán a la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente de la Española, en la reunión especial que la Real Academia Española de la Lengua celebrará en Madrid del 21 de Abril al 2 de mayo de 1956. En dicha reunión se discutirán y resolverán asuntos relativos al idioma.

MILES DE PUPITRES PARA LAS ESCUELAS PUBLICAS

El Ministerio de Cultura ha recibido de la Pan American Comercial S. A., representada por la empresa José Damián Guírola, la cantidad de diez y

siete mil seiscientos pupitres modernos y elegantes, contruídos en Estados Unidos, pero armados aquí por obreros salvadoreños. Esos miles de pupitres serán distribuidos entre numerosas escuelas públicas del país. Su costo es de trescientos cincuentiséis mil diez colones.

VISITA DE NORMALISTAS HONDUREÑOS

En la última semana de julio estuvieron de visita en San Salvador numerosos estudiantes normalistas hondureños, siendo huéspedes de la Escuela Normal Superior, con cuyos alumnos hicieron viajes a varios lugares del país. Visitaron la Escuela Normal de Señoritas "España", la Escuela Normal de Varones "Alberto Masferrer", el Instituto Central de Señoritas y otros centros docentes de esta capital.

BIBLIOTECAS CIRCULANTES

Actualmente funcionan en distintos lugares del país doscientas bibliotecas circulantes con un total de veinte mil novecientos noventa y nueve volúmenes. Las mencionadas bibliotecas están divididas en pedagógicas, rurales, infantiles, populares y mínimas. Son controladas por el Departamento de Bibliotecas Ambulantes, dependiente del Ministerio de Cultura.

DISTINCION PARA UN MAESTRO

El Gobierno de Francia, por medio de su Ministro en El Salvador, impuso al profesor Francisco Morán, Director General de Educación Secundaria, las Palmas Académicas en el grado de oficial de Instrucción Pública. El señor Morán ha sido muy felicitado por esa honrosa distinción.

SEMINARIO INDIGENISTA INTERAMERICANO

A fines de junio, en el salón de honor del Ministerio de Economía, se inauguró el Seminario Indigenista Centroamericano, bajo la dirección técnica de los americanistas mexicanos doctores Manuel Gamio y Juan Comas.

Las delegaciones por países estuvieron integradas así: Costa Rica, señorita Doris Stone y doctor Guido Barrientos; Guatemala, profesor Juan de Dios Rosales y licenciado David Vela; Honduras, doctores Raúl Agüero Vega y Ernesto Alvarado García; Nicaragua, doctor Pablo Antonio Cuadra y doctor Salvador Cardenal; Panamá, Sr. Rubén Pérez Kantule; y El Salvador, Dr. Francisco R. Lima y bachiller Jorge Lardé y Larín.

Como observadores: por Guatemala, señora Lily de John Osborne, señorita Elida Cabrera y don Earl Adams; por Costa Rica, señorita Rosa Faut; y por Honduras, señor Jesús Núñez Chinchilla.

Presidente fué electo el periodista guatemalteco David Vela. Secretario, don Jorge Lardé y Larín.

Los delegados Doris Stone, de Costa Rica; Juan de Dios Rosales, de Guatemala; Ernesto Alvarado García, de Honduras; Pablo Antonio Cuadra, de Nicaragua; Rubén Pérez Kantule de Panamá y Jorge Lardé y Larín, de El Salvador, dieron informaciones importantes sobre las actuales áreas de distribución geográficas de los núcleos indígenas en la América Central.

De esa información se sacó en conclusión que los problemas indigenistas revisten mayor gravedad en Guatemala, pues de una población de 3.000.000 de habitantes el 53.5 por ciento (o sean 1.491.725 habitantes) son indígenas.

En segunda importancia, está Panamá con una población indígena de 45.400 guaymíes, cunas y chocoes, con reservas como la comarca de San Blas y Bocas de Toro.

En Honduras, Nicaragua y Costa Rica, el problema es muy insignificante y sólo en El Salvador no existen problemas de esa índole, ya que toda nuestra población está incorporada en la civilización occidental y habla el castellano.

NORMALISTAS GUATEMALTECAS EN SAN SALVADOR

A fines del mes de agosto estuvo en San Salvador una delegación del Instituto Normal de Señoritas, "Belén", de la

capital de Guatemala, compuesta por alumnas y profesoras de dicho plantel docente.

El objeto del viaje de las normalistas guatemaltecas fué realizar un intercambio educativo y trabajar por el acercamiento entre las escuelas normales de allá y de aquí. Presidían la delegación los profesores: Ana Luciana de Rojas, Velia Ruth Acevedo Sagastume, Carmen Tejada Aragón, Leda Medrano, Adrián Orantes y Oscar González.

TERMINARON SUS ESTUDIOS

En el próximo mes de octubre egresarán de la Universidad Nacional 168 estudiantes que han concluido sus estudios; así: Derecho, 35; Medicina 55; Ingeniería, 47; Odontología, 10; Humanidades, 8; Economía, 6; Farmacia, 7.

A dichos estudiantes les será entregado un diploma por el Rector de la Universidad, doctor Romeo Fortín Magaña, en un acto en el Paraninfo. También se les agasajará en el Centro Social Universitario.

ESTUDIOS DE TENEDURIA DE LIBROS

Han sido organizados con carácter oficial los estudios de Teneduría de Libros, en un plan de cuatro años sobre el sexto grado de primaria.

Los jóvenes que han terminado la enseñanza primaria tendrán con esa disposición la oportunidad de seguir una carrera corta que los capacite para trabajar ventajosamente en el comercio y la industria.

La edad mínima para el ingreso a esos estudios es de 16 años.

La Dirección General de Educación

Secundaria ya dió a conocer el decreto respectivo a los directores de los colegios de comercio y hacienda.

CONCURSO DE TEXTOS ESCOLARES

El Ministerio de Cultura ha organizado un concurso de textos escolares para la instrucción primaria, así: dos libros de lecturas ejemplares o escogidas para quinto y sexto grados; un libro complementario sobre estudio de la Naturaleza; un libro complementario de agricultura y pequeñas industrias. Los premios ascienden a veintidós mil quinientos colones.

MOVIMIENTO DE LECTORES EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

En los últimos años ha aumentado el número de lectores en la Biblioteca Nacional. En el período de julio de 1954 a julio de 1955 se registró un movimiento de setenta mil doscientos sesenta y cuatro lectores. También en las sucursales de la Biblioteca Nacional, en barrios de esta capital, ha habido aumento de personas visitantes. En el lapso mencionado hubo en esas sucursales un total de veinticuatro mil setecientos doce lectores.

En la Biblioteca Nacional se trabaja con gran actividad en la organización del Departamento de Bibliografía Salvadoreña, clasificándose en él obras de autores nacionales desde 1830.

CONCURSO LITERARIO DEL DEPARTAMENTO DE ALFABETIZACION

El Departamento de Alfabetización y

Educación de Adultos, con motivo del Día de la Raza y de Alfabetización, 12 de octubre, promueve un Concurso de Composición, con tres temas distintos, entre estudiantes de Sexto Grado de Primaria; Plan Básico, Normal, cursos de Bachillerato y cursos superiores de la Escuela Militar y de Comercio, de acuerdo con las siguientes bases:

1ª—Los alumnos de Sexto Grado escribirán una composición desarrollando el tema: "EL ANALFABETO".

2ª—Los estudiantes de Plan Básico escribirán una composición, desarrollando el tema: "HACED LEER AL PUEBLO".

3ª—Los estudiantes de Bachillerato, Normal, Cursos superiores de Comercio y Escuela Militar, escribirán una glosa del folleto "LEER Y ESCRIBIR" del Maestro Masferrer.

4ª—Dichas composiciones deberán sujetarse a los requisitos siguientes:

- a) Estar escritas de preferencia a máquina, a doble espacio en el papel tamaño oficio, así: un frente para los de Primaria, dos para los de Plan Básico, y tres para los últimos, como mínimo;
- b) Deben contener atinadas consideraciones sobre los perjuicios que causa el analfabetismo a individuos y pueblos;
- c) Despertar el interés por el aprendizaje de la lectura y la escritura.

5ª—Los profesores de Castellano y de

Literatura orientarán el trabajo de los alumnos y remitirán las mejores composiciones firmadas con los seudónimos correspondientes, al Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos, Calle de Concepción, N° 2, San Salvador, y, en sobre por separado, enviarán también el nombre y dirección completos del autor de cada composición firmada con seudónimo.

6ª—El plazo para recibir los trabajos expira el 30 de septiembre próximo entrante.

7ª—El jurado calificador, compuesto de tres miembros para cada grupo, entregará los resultados a más tardar el día 5 de octubre.

8ª—Habrá tres premios: primero, segundo y tercero, para los autores de las tres mejores composiciones de cada grupo, y uno para el profesor del alumno que obtenga el primer premio.

9ª—Visto el dictamen de los jurados calificadores, el Departamento hará la adjudicación de premios; los cuales serán otorgados en un acto especial, el día 12 de Octubre.

10ª—Como material de consulta recomendamos la lectura comentada del artículo intitulado "El Analfabeto", por Stefan Zweig; "Enseñad a Leer al Pueblo", fragmento de un estudio por José Ingenieros; y el folleto "Leer y Escribir", del Maestro Masferrer.

San Salvador, a los dieciocho días del mes de agosto de mil novecientos cincuenta y cinco.

Armando Martí,
Jefe del Depto. de Alfabetización y
Educación de Adultos.

JURADOS PARA EL CONCURSO NACIONAL DE CULTURA

El Jurado que calificará en el Concurso Nacional de Cultura ha quedado formado en la siguiente forma:

De Medicina:

Doctor Rolando A. Chaniz, de la República de Panamá; doctor Carlos Martínez Durán, de Guatemala, y doctor Carlos González Bonilla, de El Salvador.

Pintura:

Carlos Zúniga Figueroa, de la República de Honduras; Francisco Amighe-tti, de Costa Rica y Salvador Salazar Arrué, de El Salvador.

Poesía:

Poeta Alberto Velázquez, de la República de Guatemala; poeta Pablo Antonio Cuadra, de Nicaragua y poeta Arturo Agüero, de Costa Rica.

ESCUELA PREVOCACIONAL AGRICOLA

El Departamento de Educación Agrícola del Ministerio de Cultura, de acuerdo con las direcciones generales de Educación Primaria y Secundaria y del Departamento de Alfabetización y Educación de Adultos, está desarrollando un plan para que el año entrante, 1956, funcione una escuela prevocacional agrícola y cursos para la formación de profesores de agricultura.

El Ministerio de Cultura prepara una granja escuela, que será el centro de

provisión y enseñanza para la primaria y secundaria. Para realizar tan importante obra el Ministerio de Cultura cuenta con la colaboración del Centro Nacional de Agronomía.

AYUDA A UN MAESTRO INVALIDO

Una delegación del Ministerio de Cultura, compuesta por los señores Coronado Delgado, Ricardo Santiago Martínez y Vicente Ortiz, entregó al profesor Coronado Aguilar la cantidad de C. 5,233.68, suma con la que el Gobierno le ayuda para sufragar los gastos que en atención médica tuvo que efectuar con motivo de un accidente automovilístico sufrido por él en la carretera de esta capital a San Miguel, en el mes de noviembre de 1954. El acto de entrega del cheque se efectuó en el salón de actos de la Escuela Normal de San Miguel.

OBSEQUIO DE ANIMALES AL ZOOLOGICO

La Tela Railroad Company, de Lima, Honduras, ha obsequiado al Jardín Zoológico "José Marías Delgado" de esta capital, por intermedio del Cónsul de El Salvador en San Pedro Sula, los siguientes animales: dos leones africanos, dos macaguas, dos pajuiles, diez monos, dos coyotes, dos jaguares, dos panteras negras, dos pezotes, una pava, un coatí, un zorro, un mico de noche, un rey zope, un cocodrilo, una danta, dos jabalíes y quince venados.

NUEVO GRUPO LITERARIO

En la Universidad Autónoma de

El Salvador ha quedado organizado un círculo literario integrado por estudiantes universitarios. Ya fué comunicada dicha fundación al Rector doctor Fortín Magaña. La directiva está formada por los siguientes bachilleres: Presidente, Roque Dalton; Secretario de Organización, de Sojo; Secretario de Propaganda, Otto René Castillo; Secretario de Relaciones, Gilberto Vassiliu; Secretario de Actas, Miguel Carías Delgado; Secretario de Finanzas, Pedro Mancía Cerrito.

EXPOSICION DE INVENTOS DE LEONARDO DA VINCI

El 31 de Agosto, a las once horas, en el local del Departamento de Artes Plásticas de Bellas Artes fué inaugurada

por el señor Ministro de Cultura, doctor Reynaldo Galindo Pohl, la exposición de inventos de Leonardo da Vinci, preparada por Ibm World Trade Corporation, asistiendo al acto numerosos diplomáticos, profesores, escritores y estudiantes. La exposición ha sido visitada por centenares de personas de todas las clases sociales.

FESTIVAL DE COROS

El 15 de Octubre se efectuará en el Estadio Nacional un gran festival de coros de Secundaria de la República. Participarán en él cinco mil alumnos. Los profesores de música y los alumnos que se distinguan por su actuación recibirán premios.

